

# Memorias Vivas de una Luz...



...Reconstruyendo una  
Verdad Histórica

Publicación de Homenaje a  
MUJERES DE ESPERANZA

# **Memorias vivas de una luz...**

## **...reconstruyendo una verdad histórica**



**Memorias vivas de una Luz...**  
**...Reconstruyendo una verdad histórica**

© Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala  
**ODHAG**

6ª calle 7-70 zona 1  
Guatemala, Guatemala C.A.  
Teléfonos: 2322226, 2324412, 2324604, 2324412  
Fax. 2328384  
Correo electrónico: [ddhh@odhag.org.gt](mailto:ddhh@odhag.org.gt)

Guatemala, Abril de 2002

Coordinador General CM.	+Monseñor Mario Ríos Mont
Director Ejecutivo	Nery Rodenas Paredes
Subdirector Ejecutivo	Edgar Rodríguez
Coordinador Area Cultura de Paz	Carlos Alarcón Novoa
Coordinación de Publicación	Ninfa Alarcón Alba
Revisión:	Claudia Agreda
	Cristian O. Calderón
	Carlos Alarcón Novoa
	Julio Barrios
	Oscar eyes
	Rodolfo Arévalo
Diseño de Portada	Gabriela Jiménez Paz
Impresión de Portada	Serviprensa
Diagramación e impresión	Magna Terra Editores

Gracias al apoyo financiero de PDHR-USAID

**Memorias vivas de una Luz...**  
**...Reconstruyendo una verdad histórica**

© Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala  
**ODHAG**

6ª calle 7-70 zona 1  
Guatemala, Guatemala C.A.  
Teléfonos: 2322226, 2324412, 2324604, 2324412  
Fax. 2328384  
Correo electrónico: [ddhh@odhag.org.gt](mailto:ddhh@odhag.org.gt)

Guatemala, Abril de 2002

Coordinador General CM.	+Monseñor Mario Ríos Mont
Director Ejecutivo	Nery Rodenas Paredes
Subdirector Ejecutivo	Edgar Rodríguez
Coordinador Area Cultura de Paz	Carlos Alarcón Novoa
Coordinación de Publicación	Ninfa Alarcón Alba
Revisión:	Claudia Agreda
	Cristian O. Calderón
	Carlos Alarcón Novoa
	Julio Barrios
	Oscar eyes
	Rodolfo Arévalo
Diseño de Portada	Gabriela Jiménez Paz
Impresión de Portada	Serviprensa
Diagramación e impresión	Magna Terra Editores

Gracias al apoyo financiero de PDHR-USAID

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
Constructora, sujeta y protagonista de la historia YOLANDA AGUILAR	9
Esa memoria histórica nos ha regresado a nuestras raíces GRACIELA AZMITIA	17
“...lo que realmente hicieron fue enterrar una semilla, la semilla de la libertad y de la justicia” MARIA LUZ ESTRADA MUÑOZ DE CASTILLO	39
“Son cosas que dan la fuerza para seguir adelante, vencer, hacer justicia y salir...” AURA ELENA FARFÁN	47
Su espíritu inquebrantable siempre la hacía dar otro paso más HERMANA BARBARA FORD	53
Buscando cumplir con la promesa que le hice a mi Calín: ¡Encontrarlo! MARTA LÓPEZ HERRERA	59
Nosotras no hemos cerrado los ojos, esto sigue caminando ANTONIA LÓPEZ HERRERA	67
Cuando se vive en carne propia las injusticias... ¡hay que luchar! HELEN MACK	77

“El tesoro más grande que tengo en la vida es la capacidad de soñar...” RIGOBERTA MENCHÚ TUM, Premio Nobel de la Paz	83
“Gracias a los golpes, me he fortalecido” NINETH MONTENEGRO	87
No deseo que esta violencia vuelva a repetirse MARÍA ESTELA PÉREZ	91
Desde los caminos de San Juan Comalapa ROSALINA TUYUC	97
Tenemos el valor de hablar porque es la verdad LAS MUJERES DE LA COMUNIDAD DE TULULCHE	101
Anexo VIOLACIONES A LOS DERECHOS HUMANOS CONTRA MUJERES DURANTE EL CONFLICTO ARMADO EN GUATEMALA DE 1962 A 1996, SEGÚN LA COMISIÓN DEL ESCLARECIMIENTO HISTÓRICO	107

## **PRESENTACIÓN**

La presente publicación es un sentido homenaje y reconocimiento que la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala -ODHAG- les brinda a las mujeres como ejemplos de lucha, de vida y esperanza.

En Guatemala, nuestro país, hace 20 años vivimos un holocausto de muerte, dolor, violencia indiscriminada y destrucción; que nos ha dejado a todas y todos, huellas y marcas profundas, que incluso han guiado a nuevos senderos de vida.

En estas historias de dolor, nacen también preciosos ejemplos de vidas que se han enfrentado con valentía al horror de la tragedia que les inundó tan directamente.

Con esta publicación la ODHAG ha querido reconocer la valentía de estas grandes mujeres, varias de ellas heroínas anónimas, pero que con su dolor y esperanza continúan ofreciendo sus aportes a la construcción de la paz en Guatemala. No es un homenaje al dolor, sino un profundo reconocimiento a la lucha por la vida, a la esperanza, a las posibilidades de futuro que siempre se abrirán y estarán presentes.

Este libro contiene las historias de vida de 12 mujeres y un caso colectivo de la comunidad de Tzululche, para ustedes Yolanda, Graciela, Marílu, Aura Elena, Bárbara, Martita, Tonita, Helen, Rigoberta, Nineth, María Estela, Rosalina, Elena, Jacinta, Candelaria, Micaela, Manuela, Isabel, Petronila, Tomasa, Sebastiana, Natalia, Josefa, Micaela, María, Jacinta, Elena, Tomasa, Dolores y otras más.

Grandes mujeres, quienes con mucha confianza relataron sus experiencias de vida con la esperanza de que sean útiles y constructivas para las actuales y nuevas generaciones.

Todas ellas, algunas más conocidas que otras, tienen en común su fortaleza, temple, sensibilidad, dignidad y ternura, y el gran sentido de darse y proteger a sus familias, pero sobre todo la actitud digna de salir adelante a la vida con una identidad fortalecida.

Es importante rescatar que las vidas de ellas son parte de la historia de muchísimas más mujeres y hombres de nuestro país, en donde la magnitud y dimensión de la violencia fue tan grande, y en la que fueron precisamente las mujeres las que han contribuido fundamentalmente a construir la memoria histórica, contando lo que pasó, en los testimonios recogidos tanto en el informe REMHI como en el informe de la CEH.

---

Se presenta esta publicación de homenaje a las mujeres precisamente en el marco del 4to. aniversario de la muerte de Monseñor Gerardi, porque él, como buen visionario, comprendió lo que significaban las voces de dolor y esperanza de tantas, y tantas víctimas de la violencia en Guatemala. Esta publicación constituye una mirada desde las mujeres del dolor del pasado y la esperanza firme de un futuro distinto, fundamentado en el respeto a los derechos humanos y en la construcción de la paz. Es una forma de reconstruirnos como nación con dignidad y aporta un granito de arena a la construcción del NUNCA MÁS.





**Constructora, sujeta y protagonista de la historia**

**YOLANDA AGUILAR**



**H**ablo para salir del dolor, y dejar la queja. Después de REMHI me dio una crisis profunda, que me tuvo 15 días en cama durmiendo ¡pero durmiendo quince días! Además, yo soy epiléptica, entonces me dieron muchas convulsiones seguidas ¡fue terrible!

Entonces dije:

—Tengo que hacer algo ¡definitivamente! Porque la crisis fue patética, terrible.

El asunto es que fui invitada a asistir al Tribunal Internacional contra Crímenes de Guerra de Índole Sexual, realizados por el Ejército Japonés contra mujeres, durante la Segunda Guerra Mundial. Al llegar, me encontré con un panorama terrible; eran más de cien mujeres, ancianas todas, diciendo (muchas) por primera vez, lo que les había pasado ¡En público!... ¡Hacia 50 años!... ¡Era terrible!... ¡Por primera vez!... ¡Era terrible! Muchas ya lo habían comentado, pero en público ¡era la primera vez!

Me encontré con unas sesenta mujeres de América, de Asia, de África, de Europa ¡inclusive!, que habían sufrido violencia en sus países durante los conflictos armados. Esa violencia que nadie considera importante, como lo que sucedió aquí...

Entonces yo dije...—Bueno, yo ya no quiero dar mi testimonio. Yo voy a leer esta ponencia,<sup>1</sup> titulada “Un futuro luminoso”. La misma habla de cómo es necesario que las mujeres... bueno... no sólo digamos lo que pasó, sino que ya no permitamos, nunca más en nuestras vidas, ni un centímetro, ni un milímetro más de violencia

Mi ponencia, creo que fue muy importante para todas las personas que lo escucharon, yo creo que les dio esperanza. La terminé diciendo que si hay tanto dolor y tanta violencia en el mundo; las mujeres, lo que hacemos es dar amor, criar hijos, alimentar, dar vida. No puede ser que nosotras ¡que damos tanto! no recibamos “eso”, pero que sólo lo vamos a recibir, en la medida en que nosotras nos creamos capaces de poder salir de eso.

El asunto es que, después del evento en Japón, me di cuenta que mi vida tenía que cambiar. Así, en el año 2000 terminé con todas las instituciones de derechos humanos y me dedico a construir la resiliencia de manera conciente, a escribir mi vida, estoy haciendo mi tesis... Creo que la memoria histórica la estamos construyendo todas, sólo que creo que creo que tiene que construirse a partir de ¡Cómo nosotras nos estamos convirtiendo en protagonistas de la historia! No sólo defender los derechos humanos de los demás, sino construir nuestro protagonismo en defensa de nuestros derechos humanos. Bueno...ahora creo en los procesos, ya no creo en el activismo del estrés de 24 horas; ¡Creo en el respeto a mí tiempo, a mi persona, a mi dignidad!. Antes tenía mucho discurso, pero me lo creía menos, ahora me lo creo profundamente. Mi papel en este espacio, en esta vida, tiene que ver básicamente con decir que sí se puede salir de eso; y con darle esperanza a muchas mujeres y a los hombres que quieran. Porque también a los hombres les va mal ¿Verdad? pero encima de eso, los hombres afectan y violentan a las mujeres. Entonces, estoy en una etapa, en donde parte de las cosas que estoy proponiendo, que yo propongo, es que tenemos que construir identidades que nos contengan; y ya no las identidades de todos los demás, que no tengan nada que ver con lo que realmente nosotras somos.

Si existe una lucha social, que está legítimamente comprobada, que es auténtica, ¡Es la las mujeres!, porque las mujeres, desde antes de nacer, tenemos una historia asignada, (nos han dicho), que es la del dolor y la del sacrificio; y yo, sinceramente digo ¡Ya no me quiero sacrificar!

¡Voy a seguir luchando por la justicia! pero no en base a mi sacrificio; ni porque lo plantee la iglesia, los derechos humanos, o sea quien sea, sino porque creo en ello y porque me parece, que hasta ahora, hay mucho discurso volando sobre las mujeres pero hay muy pocas prácticas. Creo que la memoria histórica debe estar construida, básicamente, en función de que nosotras las construyamos, y que nosotras seamos sujetas de esta historia.

A propósito de cómo se utilizan, a veces, hasta con morbo las cosas: resulta que me llamó un amigo, un conocido...eh mi amigo; y me dice:

—Fíjate que me han contado que tu testimonio y no se que...

Yo le respondí:

—¡Yo testimonios ya no doy!

¡Bueno! porque te estoy hablando de este año, principios de este año.

—Ya no doy testimonios. le dije —porque ya no estoy en eso, porque ¡Ay!... ¡Qué pesado! ¡Qué aburrido! ¡Que cansado! ya no...

—Bueno pero... Me dijo —...yo te llamo y te aviso, porque quiero una entrevista con vos en las radio.

—Bueno. Le dije. —Esta bien, pero te anticipo que testimonios ya no doy.

—No importa. Me dice.

Me llama como tres días antes y me dice:

—Mira, es tal día, tal hora, es de nueve a once de la noche.

Y le pregunté

—Y ¿qué gente la oye?

—Adultos todos. Me dijo, y agregó: —...pero te quiero pedir que me des “detalles” de tu testimonio, para que la gente se entere.

—¿Cómo así? Le dije yo

—¡Sí! Me dijo.

—¡Mira! Le digo yo —y... ¿Cómo se llama el programa?

—Se llama “Atrevido”.

Resulta que era un programa de radio, para despertar el morbo. ¡Imagínense! a las once de la noche quién va estar oyendo un programa. No es precisamente para algo educativo ¿Verdad?

—Mira... Le dije. —... creo que te equivocaste, primero porque ya no doy testimonios; y luego, no soy payaso. No voy a permitir que se use el dolor, porque finalmente ya no es mi dolor el que se usa, sino los simbolismos de lo que significa el que a una mujer la violen y etcétera, etcétera, etcétera. Y voy a agregar algo: yo valoro profundamente mi dignidad ¡y no hay nada!...



—Ah bueno. Me dijo. —...entonces sabes que: si no se puede hacer así... Porque la verdad es que sé es para despertar el morbo. Me dice...

Una cosa que nunca pensé: que de esta persona viniera, en primer lugar; segundo, que una gente así se preste... Lo entiendo porque hay necesidad de trabajo... pero conscientemente...

Por eso yo no doy más testimonios. En la línea de que “ni un centímetro, ni un milímetro permitir violencia”, empezando en la cama ¡Empezando en la cama! Si no hay respeto de las personas más íntimamente vinculadas conmigo, yo no puedo exigir respeto en los espacios públicos. A veces sí se da, a veces se dan contradicciones y retrocesos en este movimiento de mujeres que tenemos, pero una no puede permitir ¡Es más! No se puede tener un discurso que no te represente coherentemente, mejor no decís nada. Y esa es una crítica al movimiento de derechos humanos, me parece a mí: Nosotros tenemos un desarrollo discursivo, que no corresponde con nuestras realidades y nuestros poderes. Y las mujeres, creo, en estos espacios debemos ser m\*s cuidadas ¡Todavía m\*s!...por eso yo renuncié de esta institución....

Creo que...!Bueno! yo trabajo en función de eso, como dijo una amiga, una cosa que me gusto mucho: “Mi vida no esta en función de la política, mi vida esta en función de la ética, pero es una ética basada en la vida de las mujeres ¡Y en mi vida!

Creo que a las mujeres es a quien menos debemos temer contarle lo ¡Jodida! que es la vida ¿A quien más que a las mujeres? Entonces el sentido, yo creo, tiene que ser de esperanza, de que ¡sí se puede salir!. No de lo terrible que ha sido, porque cada quien tiene su propio rosario, y cada quien tiene que trabajarlo. Pero mejor...es más fácil, es menos difícil si es con otras mujeres.

## Un futuro luminoso\*

Me llamo Yolanda Aguilar Urizar y soy de Guatemala. Al igual que muchas de las mujeres que estamos aquí, fui víctima de violencia sexual y de tortura. Perdí a mi familia y soy ahora sobreviviente de un conflicto armado, que después de casi 40 años, nos destruyó la vida, nos arrebató a los seres amados, nos quitó el sentido de la estima y la razón de vivir.

No estoy segura de estar hoy al otro lado del océano, ni de haber recorrido tantos miles de kilómetros para hablarles unicamente acerca de lo que ya sabemos: que las mujeres nos hemos reconocido en la locura del dolor causada por la violencia, que ésta ya lleva demasiados milenios y que los ejércitos y gobiernos de nuestros países han sido sus principales promotores, ejecutores y toleradores durante los conflictos armados.

Mas bien estoy aquí porque hace ya veintiún años, cuando todavía era muy joven para entender lo que sucedía, empecé a preguntarme el sentido que tenía sobrevivir en medio de una cotidianidad llena de muerte, en medio de compañeros desaparecidos cada día; de familiares o amigos secuestrados o asesinados. La violencia era tan fuerte, que en cualquier momento era posible perder la vida. Desde entonces, he pensado que el único sentido de haber sido víctima de

violencia, es la convicción de estar en este mundo para luchar contra ella, no sólo desde el dolor sino desde la esperanza.

Caí en manos de los esbirros cuando tenía 15 años, era estudiante de la secundaria y apoyaba a sindicatos que se organizaban. La vida dejó de ser una aventura, y en ese momento empecé a sentir la impotencia del miedo, un cuerpo que iba siendo desnudado y amordazado con las propias cintas de mis zapatos, y el peligro inminente ante el que no se puede hacer nada. Me preguntaba entonces, como adolescente, lo que implicaba tener cuerpo femenino en esas condiciones. Ahora lo sé.

### **Intentando destruir la dignidad**

Recuerdo que me violaron unos veinte hombres, entre ellos dos torturadores que tienen juicio pendiente como violadores de derechos humanos, uno de apellido Valiente Téllez y otro de apellido Arredondo. Recuerdo que mientras uno tenía relaciones sexuales conmigo, algunos otros se masturbaban, otros me sobaban, ponían las manos en los pechos. Perdí varias veces el conocimiento, allí me golpeaban y otros me ponían cigarrillos en el pecho. Cada vez que yo lograba tener algún sentido, veía a otro hombre encima mío y me daban golpes en la cara.

Recuerdo que cuando ya no tuve esa sensación de que estaba alguien conmigo, estaba en un charco de orines, de semen y de sangre. Fue sumamente humillante. Sentí como una mezcla de odio, una mezcla de frustración, una mezcla de impotencia absoluta. Pase mucho tiempo así, con mucho dolor en mi vagina y en el abdomen. Cada vez que un hombre tenía relaciones conmigo, era como bajarme más, más y más el deseo de seguir viviendo. Después de violarme me golpeaban, porque era como decir: ¡ya te usé! Además, utilizaban todo tipo de insultos. Me pusieron la capucha de gamezán (que es una bolsa que adentro tiene un insecticida) en la cabeza y me la amarraron por el lado de las orejas y sobre los ojos, me golpearon duro, me asfixiaba, y luego me metían a una pila con agua llena de excrementos. Sentí que en cada ocasión me moría.

Pero estando allí, faltaban peores cosas. Me llevaron a ver una crucifixión para darme terror. ¡Y lo lograron! Me lo dieron. Entré a un cuarto oscuro. Ví a un hombre desfigurado, que ya tenía gusanos, no tenía dientes, ni pelo, no era posible identificar ninguna parte completa de su cara, estaba colgando, crucificado. Después de un buen rato de estar allí, llegó uno de los torturadores y con un instrumento de metal, similar a una hoz pequeña, le tomó el pene y se lo cortó. Escuché un grito tan terrible, tan terrible, que aún ahora lo recuerdo.

Por fin salí de esa pesadilla. Me llevaron a un centro para la detención de niñas, no sin antes advertirme que si decía algo de lo visto o lo vivido, me matarían. Más tarde entendí que las presiones internacionales y las movilizaciones sociales para exigir mi liberación fueron tan importantes, que contribuyeron a salvar mi vida. Unos meses más adelante, ya nada valió y las masacres indiscriminadas y los asesinatos a líderes sindicales, estudiantiles o campesinos fueron en espiral hasta llegar a las 200 mil víctimas. Yo tuve la suerte de vivir para contarlos.



Estuve como dos meses en Guatemala tratando de sobrevivir, mientras lograba salir al exilio. Recibí gran amor y solidaridad de mi mamá y mi familia, mis amigos fueron mi principal red de apoyo. Había quedado embarazada, pero de eso nadie se percató, yo misma lo supe mucho después. Era mi conciencia la que necesitaba recuperarse. Mi vida sólo la explicaba desde el dolor y la vergüenza. Mi cuerpo, después de ser violado, sólo quería cariño, pero no sabía si era digna de recibirlo. Soñé noche tras noche los gritos de mi recuerdo, el sueño repetía la tortura, los golpes, la impotencia. La memoria y el dolor de lo sucedido comenzaron a golpearme. ¿Cómo seguir viviendo con el terror del recuerdo?

Mi cerebro necesitaba recuperarse, necesitaba tomar distancia. Empecé a perder la vista. Dormir era una pesadilla, pero al despertar ya no veía. Los golpes en los ojos los inflamaron. Los golpes en el alma, impidieron que viera. Dormía y al día siguiente amanecía sin vista. Decidí en mi inconciencia, poco a poco, perderla. Era una manera de no recordar, de borrar lo pasado. Quedé ciega por tres meses. Era una manera de esconderme. Pensé que el dolor me acompañaría siempre.

### **La sanación del cuerpo y el alma**

Salí del país el 31 de Enero de 1980 y a partir de entonces estuve en México, en Cuba, en Nicaragua. En Cuba me terminé de recuperar por la medicina, la atención y el ambiente de paz, seguridad y solidaridad, que contribuyeron mucho a mi recuperación.

Mi mamá había contribuido mucho a mi sanación y a mi fortaleza espiritual. Cuando estuve en las torturas siempre me alimenté de ella, creí en su ejemplo, pensé en su esfuerzo y en su vida. Mi modelo de ser humano era ella. Me había enseñado por qué luchar. A luchar por la vida y que vale la pena vivirla. Pensaba entonces: si pudiera ver por última vez a mi mamá, me sentiría satisfecha. Esa era la idea fija: “!No me voy a morir, voy a ver a mi mamá, quiero ver a mi mamá!”, eso me sostuvo.

Mi mamá desapareció en el año de 1983, cuando regresó a Guatemala, mientras era Jefe de Estado el genocida Ríos Montt. Perdimos toda información sobre ella y nunca supimos su paradero. Mi núcleo familiar desapareció. Estuvé en México hasta el año 92 y luego, después de 12 años de exilio, regresé a Guatemala.

En Guatemala existen más de 25 mil casos de mujeres que fueron violadas, torturadas, desaparecidas o asesinadas durante el conflicto armado. Muchas de ellas no han hablado ni una sola vez sobre lo que les sucedió. Yo he tenido muchas veces esta oportunidad, aunque siempre duele. Una de las cosas que he aprendido es que nunca habrá tiempo suficiente para sacar todo el dolor que las mujeres llevamos dentro.

Supongo que hay tiempos para todo. El período largo de callarse y llevar el duelo dentro, como compañero de viaje, es una parte; pero tomar conciencia del pasado, vivir la crisis y seguir

adelante, es lo que ahora me ha tocado. Este testimonio, que ahora cuento, costó un año para poder sacarlo. No podía ser antes, solamente salió.

Hoy que les hablé, tengo un año de vivir en paz, sin culpas por el dolor sentido, ni por creer que sufría el dolor ajeno, el de todos y el de todas. Hace un par de años que empecé a cerrar mis duelos, a llevar mis dolores de compañía, pero sin que sean la vida misma.

Hoy que les hablo, enfrento a la vida sin temores. Lucho cada día para no vivir nunca más violencia, ni un centímetro, ni un milímetro de violencia. No la tolero de nadie, no me parece justo que las mujeres durante los conflictos o en épocas de paz, vivamos siempre tolerando la violencia.

Las mujeres no tenemos que ser valientes, aguantadoras y tolerantes, si siempre es a costa nuestra. No me parece justo, ni pacífico, ni equitativo que siempre tengamos que ser nosotras las que suframos de violencia. Muchas veces en países en conflictos, pobres o con guerras, aún más, se nos pide a las mujeres el sacrificio.

Mi vida, como la de muchas, podría ser un grito de auxilio para ser víctima cada día. Pero luchamos, vivimos y construimos nuestra vida, la de otras y otros. Formamos hijas e hijos, damos amor por el mundo, construimos una ética de la vida a pesar de todo lo que ya vivimos. O precisamente por eso.

Gracias por la oportunidad de estar aquí, junto a ustedes. Gracias por compartir lo que ha sido doloroso, pero también por lo que está lleno de esperanza para seguir viviendo, desde nosotras las mujeres del mundo. Está aquí, nos habla de que es posible creer y construir un futuro luminoso.

---

<sup>1</sup> Que se publica, inmediatamente después de esta entrevista.

\* Ponencia presentada en Japón, diciembre 2000, ante el Tribunal Internacional Contra Crímenes de Guerra de Índole Sexual, realizados por el Ejército Japonés contra mujeres durante la Segunda Guerra Mundial.



**Esa memoria histórica nos ha regresado  
a nuestras raíces**

**GRACIELA AZMITIA**





• Bueno! vamos a empezar ahí con datos de mi vida, para empezar... provengo de una familia con una gran tradición católica. Mi mamá y mi papá trabajaban mucho en el movimiento familiar cristiano y eso nos fue enrolando, como familia, en la comunidad donde vivíamos: en la Parroquia, de la zona seis, en el Proyecto 4-4<sup>1</sup>; así nos fuimos enrolando, y de lo que tengo memoria, lo que empiezo a recordar era de que...!bueno! Mi hermana empezó a trabajar en grupos juveniles desde los doce años; y ya mis papás venían trabajando, para construir la parroquia allí en el 4-4. Se hacían baratillos, venta de comida para recaudar fondos y construir la iglesia. Así fue como se fue conformando un grupo, el grupo que se llama “de los setentas”. Así se llama ahora, se volvieron a reunir en estos momentos, y continúan haciendo el trabajo social que se hacía antes.

En ese entonces, este grupo empezó a reunirse, a hacer todo lo que era acompañamiento en las comunidades y los barrios cercanos, que eran marginales. Entonces estuvimos yendo, ¡Bueno! yo iba acompañando, porque estaba pequeña en ese entonces, en los años setentas, digamos. Entonces, siempre nos llevaban de cola, mis papás y mis hermanos. Es ahí como tomamos conciencia de la realidad y de lo que estaba pasando, verdaderamente.

Empezamos a trabajar con grupos juveniles, yo era más que todo como apoyo de mi hermana, porque ella ponía las planas a revisar y de repente me decía:

—Mirá, andá con estas señoras y ponelas a leer, escuchálas...

Así, mientras una iba creciendo, la responsabilidad iba siendo diferente.

Se participaba mucho en los grupos juveniles de ahí, en lo que era catequesis; ayuda en la iglesia. Se centraba toda la ayuda a lo que era la parroquia en sí; lo que se organizaba ahí, con estructura y los jóvenes.

Mi hermana, por lo regular, se iba a la comunidad que se llama “El Carrizal”, abajito de la zona seis. Se estaba, a veces, hasta un mes trabajando ahí con el sacerdote de la parroquia. Lo que más hacía era la alfabetización y el trabajo de llevar la coordinación de los grupos juveniles, ayudándolo en la alfabetización y en la coordinación de los grupos juveniles; trabajaba con jóvenes, enseñándoles cantos, bailes... todo lo que fuera la cuestión cultural.

Conforme iba pasando el tiempo, se iba haciendo más trabajo; ya la iglesia ya estaba construida, ya los grupos estaban... invitaban a más jóvenes. Todo ese trabajo se iba haciendo cada vez más grande, se cubrían más comunidades, sobre todo en la ciudad; pero también se logró trabajar en Santa María de Jesús, en la Antigua, en las faldas del Volcán de Agua. Ahí nos íbamos, durante un mes, a trabajar con la gente de la comunidad, haciendo lo que la misma gente hacía: ir al molino a las cuatro de la mañana; ir por agua, también a las cuatro de la mañana, al chorrillo y llenar nuestros tinacos y ¡bueno! Era así como acompañar a la gente desde ahí... Comíamos en sus casas, y aceptábamos todo lo que la gente nos daba lo que la gente nos daba; a cambio, nosotros íbamos y participábamos con grupos juveniles y grupos de adultos, para alfabetizarlos.

<sup>1</sup> Barrio de la zona 6, de la ciudad de Guatemala.

Y así se les fue... como capacitando, era una especie de capacitación para ellos, enseñándoles formas de organización y qué hacer, por ejemplo: qué hacer si les faltaba agua, o cómo hacer para que pongan más agua, o más chorritos; o si no hay luz, cómo hacer para gestionarla. Todo esto se iba haciendo durante un mes, todo el mes de noviembre, nos íbamos; durante tres años hicimos eso. Incluso ayudamos a hacer letrinas, los hombres ayudaban a hacer letrinas en las casas, enseñaban cómo hacer letrinas, porque a veces los gases provocaban intoxicaciones. Entonces había que enseñarle a la gente:

—Mire hay que echarle cal, hay que hacer esto y ...

¡Bueno! en equipo como que era más alegre, también ¿verdad?

Todo eso se iba haciendo, mi hermana, en el colegio, también participaba en un programa (que era del colegio) en el que, las que ya se iban a recibir, voluntariamente podían participar en el programa de “Operación Uspantán”. Entonces participaban las jóvenes que ya se iban a graduar, iban al Quiché a alfabetizar a la gente, en ese momento...

Se iba un mes con las compañeras de estudio, que también hacían ese servicio social, que lo fomentaban en el colegio, como una manera de hacer un llamado de conciencia a esas jóvenes estudiantes, que también había que hacer un servicio hacia los demás, y el trabajo siempre se continuó.

Yo siempre, como que viví en eso, nos mantuvimos en eso y siempre era como trabajar por la gente, luchar por la gente. Se alfabetizaba mucho, era lo que más se hacía, eso era lo que principalmente se hacía.

Luego, con lo del terremoto del 76, me recuerdo que el grupo de jóvenes, que estaba ahí en la colonia, se dedicaba a hacer muchos baratillos; recolectaban la ropa y luego la vendíamos o la regalábamos en La Reinita, en la zona 6. Se logró ayudar a mucha gente, llevándoles víveres. Recuerdo mucho que mi hermana decía:

—Yo no quiero nada de regalo, lo que quiero que me regalen es cinco libras de frijol, mis regalos quiero que sean víveres

Y mis tías ¡todo mundo! Mi mamá haciéndole la fiesta, y todo mundo le llevaba víveres. Entonces los llevamos a La Reinita, porque ella conocía a mucha gente de ahí, que ella alfabetizó. Mucha gente se murió ahí.

Incluso porque le tocó vivir esa parte, que para poder recibirse también tenía que alfabetizar, entonces se dedicó y le gustó. La conocía todo mundo, les ayudaba. Ella feliz haciendo ese trabajo.

En ese entonces, ya mi papá trabajaba con el Cardenal Mario Casariego, trabajo 38 años ahí en Catedral (desde la época de Monseñor Rossell) que era el secretario particular de Mario Casariego. Trabajó mucho tiempo ahí, entonces también el trabajo era muy cercano a la Iglesia.

Por otra parte, mi mamá trabajaba de secretaria en el hospital Roosevelt, y mis hermanos estudiaban en la Universidad. Mi hermano estudiaba Ingeniería, estaba en el primer año, mi hermana ya estaba casi en el segundo año de Pedagogía, y también daba clases en el colegio donde



estudio: en el Belga; seguía trabajando con los grupos de jóvenes. Y les digo, ¡siempre fuimos y estuvimos!, los fines de semana era de dedicarle el tiempo a la gente.

En el 81 se agravó la situación, ya empezaba a decirse que “todo el que estuviera haciendo ese tipo de trabajo, era tachado de guerrillero”. Ya no era bien visto ese trabajo: de organizar a la gente para que exigiera sus derechos. En el 81 ya era mal visto, ya no había una tolerancia para ese tipo de trabajo.

Entonces en septiembre del 81, mi hermano decide ir con un compañero de la universidad a estudiar, y a estarse ahí unos días. ¡Bueno! dos días antes del 19 se había ido. El 19 fue viernes, y ese día lo secuestran de esa casa, la casa era ahí en El limón, en la zona 18. Lo secuestran junto con el compañero de la Universidad y se los llevan.

Mucho antes de eso ocurre lo de la Embajada de España, y se empezó a crear aquí una situación muy difícil para vivir, políticamente se estaba creando una tensión muy grande. A raíz de eso mi hermana estaba en la Universidad, apoyando mucho en hacer comida; mi hermano igual, en entretener a la gente y había que hacer comida para los niños y señoras, en el momento que estuvieron ahí hospedados, el grupo.

Entonces a raíz de eso (digamos que eso fue en enero del 81,

Y mmm....del 80 fue ¿verdad?) se vino trabajando con grupos de campesinos, ya más directamente.

Luego ya en septiembre .... el 19 de septiembre, mi hermano es secuestrado de esa casa, y yo me entero el domingo 20, el 20 de septiembre ¡un día después! de lo que había pasado. Pero mi mamá lloraba tanto el sábado que... ¡el 20, sí! me entero yo.

Entonces mi mamá lloraba tanto

Mi mamá lloraba tanto y me decía:

—¿Por qué tu hermano ya no se vino? ¿Por qué tu hermano no viene? ¿Por qué tu hermano no viene?

Entonces le dije:

—Mire, mañana voy a ir a correr... (porque yo corría por San Pedro Ayampuc y como me quedaba El Limón) ...yo ya sé donde vive su compañero, voy a ir y le pregunto, y le digo que se venga para la casa ¡Ya! porque usted lo está esperando.

Cuando llego ahí al lugar, encuentro abierta la casa, encuentro abierta la casa, estaba todo tirado, todo estaba revuelto, cosas afuera de la casa, las cámaras les habían dado vuelta, tierra suelta como que habían sacado o sea excavado cosas. En ese momento ¡Me entró un pánico horrible! Me salgo de la casa porque no había nadie, ni un alma ahí afuera, no había nadie.

Pero en eso, una muchacha en una ventana me hace señas, hizo que me acercara a ella. Yo ya la había conocido, porque con mi hermano ya había ido varias veces a esa casa, como íbamos a correr juntos. Entonces yo me quedaba platicando con ella, en lo que él terminaba su trabajo de la universidad. Entonces ya nos íbamos a correr después, o andábamos en bicicleta; pero, mientras

tanto, me quedaba con ella. Así nos conocimos con ella, de vista, como unas tres veces si mucho, por lo que era aquella amistad no tan grande. Ella, entonces, me llamo y me dijo:

—Mirá, fijate que tu hermano era el que estaba aquí anoche ...

—Si... Le dije. —... él se vino a quedar aquí unos días para estudiar, porque tenía exámenes en la Universidad.

—¡Pues fijate! que vinieron como 15 a 20 hombres, encapuchados, de negro, y se los llevaron a él y al muchacho de la casa, porque él era casado y no estaba la esposa.... Solo estaba él y mi hermano, me dijo.

—...fijate que los llevaron amarrados, los fueron pateando y se los llevaron arrastrando con lazos, como a las cinco de la mañana de ayer.

En ese momento ¡No sabía qué hacer! Se me agudaron las piernas, totalmente, al haber visto todo lo que estaba ahí, oír lo que ella me estaba contando, y que me haya dicho que ¡Mi hermano no estaba! Yo tenía 15 años, iba a cumplir 16 a los pocos días.

En ese momento pensé: “tengo que buscar a mi hermana”. Ella ya se había casado y ya no vivía en la casa con nosotros.

“¡Bueno! tengo que ir a avisarle a mi hermana, para ver qué hacemos, porque no aparece y ya fue desde ayer, y ya a estas alturas ya son 24 horas, ya no... y que pasó, ¿Por qué no apareció?”

Voy a la casa, porque no sabía que hacer. Voy casi, casi llorando, y con miedo y un montón de cosas. No le podía decir nada a mi mamá, porque yo sabía que es diabética, y si le decía, la iba a matar con la noticia. Mi mamá, en ese momento, no estaba porque había ido al mercado; yo no la había acompañado porque iba a ir a buscar a mi hermano. Cuando llegué, era tanta mi desesperación que le tuve que decir a mi papá:

—¡A Mario! ...dice que un grupo de hombres, así encapuchados, que les llaman escuadrones de la muerte, se los llevaron!

—Mi papá en ese rato se puso igual ¡sin saber qué hacer!

—¡Bueno! llamemos a tu hermana... Me dice. —¡Llamémosla!

—¡A Dónde? ¿Cómo?

O sea, de los puros nervios no sabíamos qué hacer ¡al final logramos hablar con ella! Llegamos a la casa con su esposo y luego mi papá decide que vayamos a hablar con el padre Vidal, que era el párroco de la parroquia, para que él le diera la noticia a mi mamá, porque ninguno de nosotros se atrevía ¡Total de que fuimos con él! Y él le dio la noticia, y mi mamá ¡obviamente! se puso mala.

¡Bueno! Teníamos que tomar algunas medidas para ver qué hacer

Mis papás deciden que nos fuéramos de la casa, lo hicimos y fuimos a donde una hermana de mi mamá, porque como estaba mala, las hermanas son enfermeras y la podían atender. Entonces bueno... nos dirigimos a la casa, sacamos las cosas y nos fuimos.

Nos dio ahí la noche, mis papás buscaron ese día a... mi papá tenía contactos con gente en la policía, porque ayudó a mucha gente cuando hacían casas (que el mismo Cardenal hizo una colonia)



digamos la iglesia proporciono terrenos para una colonia, la “Juan Pablo II” que era en la zona 7; mi papá había ayudado a mucha gente, para que lograran sacar ahí una casita. Entonces, conocía a gente que le podía ayudar a ver y buscar en las cárceles, averiguar ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba?

El día 21 ya no fuimos a estudiar con mi hermano pequeño, como éramos cuatro hermanos (dos mujeres y dos hombres) entonces los dos mayores, eran este... mi hermana era mayor y después era mi hermano, y él era el que había desaparecido.

Nos fuimos con mi mamá a su trabajo y dos de sus hermanas, quienes la ayudaron a caminar, porque ella tenía que presentar su renuncia; porque mi papá, en ese momento, dijo:

—¡nos vamos del país! Saquemos a tu hermano de aquí y nos vamos todos fuera de aquí.

Igual, él iba a poner su renuncia; mi hermana mayor acompañó a mi papá a catedral, y nosotros a mi mamá al Roosevelt.

En eso, mi papá llama, como tipo ¿Qué será? 10 u 11 de la mañana, diciendo que Mario había aparecido; nos pide que nos juntemos en el Hospicio, donde mis papás se habían casado, entre...no se si era 14 o 15 calle de la zona 1

—Entonces junyémonos, vamos y ahí nos miramos.

Cuando ya nos juntamos todos mi papá nos contó que mi hermano había llamado y le había dicho.

—¡Sí! Estoy bien papá, mire...este necesito el teléfono de mi novia. Le dijo.

Pero esa novia tenía como dos meses de haberla dejado, y él, obviamente, no tenía su teléfono. Entonces mi papá le dijo:

—Mirá, aquí está tu hermana, tal vez ella lo tiene si quer.... tal vez ella lo tiene —le dijo mi papá, y le pasó a mi hermana. Entonces mi hermana habló con mi hermano y le dijo:

—Vos ¿Cómo estás? que mira, ¡Qué estamos aquí con la pena!

—Yo estoy bien, mira juntemos ahí en el hospicio, en la 4ª avenida. Ahí junyémonos, yo estoy bien y que... ahí nos miramos. Pero ¡llega vos sola!. Le dijo así, pero eso ella nunca nos lo dijo a nosotros, hasta ya que estábamos en el lugar:

—¡Llega vos sola!

Entonces de la emoción de que ya había él llegado, todos fuimos, la familia completa estábamos ahí en la parada de buses, esperando que él llegara. Mientras tanto, nos metimos todos a un restaurante porque mi mamá no podía estar parada mucho rato. En esas, yo veo que estaba un carro blanco; como es una parada de buses, es difícil que un carro esté mucho tiempo parado ahí. En eso bajan el vidrio y yo alcanzo ver a cuatro hombres armados, el carro era un blanco, de marca toyota, creo, no se de que año. En ese entonces me gustaban mucho esos carritos, así polarizado, en eso logran bajar una ventana y yo alcanzo a ver a cuatro tipos armados.

En eso le digo a mi hermana:

—¡Mirá! ahí están esos, ¡De plano son judiciales y están armados!, ¡De plano andan buscando a mi hermano o nos andan buscando a nosotros!

Yo tenía quince años y a mí no me hacían caso, yo era así como la chiquita y eso fue el 21 cuando estábamos... En ese momento, cuando ella se volteó a verlos, ellos se movieron y dieron tres vueltas. En eso ¡Ya era tanta la desesperación! porque no llegaba a la hora que había dicho, porque más o menos era a la una. Estando ahí me dice mi hermana:

—¡Pasémonos del otro lado!, tal vez él ya esta ahí y nosotros no lo hemos visto. Me dijo mi hermana, porque había mucha gente.

Nos pasamos ahí, a la puerta del hospicio; mi mamá se queda a la mitad de la cuadra. Yo me... ¡Bueno! nos fuimos mi papá y mi hermana, nos fuimos a una esquina a la parada del bus. Entonces mi papá va a ver a mi mamá, son cuadras chiquitas, pero en lo que él iba ahí, mi hermana me dijo:

—Mirá, fijate, que él me dijo que viniera sola.

Ahí es donde me entero que le dijo que viniera sola.

—¡No vos! y ¿Por qué? te dijo que eso... ¿qué pasó? Y así a hablar.

—Mirá ¡sabes que yo ya no aguanto!... me dice —Voy a ir a la otra esquina, vos quedate en esta esquina, y mis papás que se queden en el centro, porque de cualquier lado que venga, cualquiera que lo mire nos llamamos. En eso ella se va ¡Pero así en cuestión de segundos!

En lo que ella se va a la otra esquina, mi papá regresa a decirme:

—¡Bueno! y tu hermana ¿donde está?

—Se acaba de ir a la otra esquina, para ver si mi hermano esta ahí —le respondo.

Yo seguí en la parada, esperando. En eso, mi papá llega ahí a la esquina y no la encuentra, regresa conmigo, y pregunta:

—¿Tu hermana ya vino?,

—¡No! Le dije.

—¡Es que no está en la otra esquina!

—Pero si se acaba de ir, ¡Acaba de irse! Le digo

Entonces nos fuimos a darle la vuelta a la manzana, a ver si ella se había ido a caminar, a rodear la cuadra y ¡No la encontramos!. Ahí nos vuelve a dar otra vez el pánico y el miedo, aquello de que bueno...

¿Qué hacemos? Aquello de que dices ¡Aquí nos llevan a todos juntos! En ese momento ni modo... mi papá llega con mi mamá, sus dos hermanas y mi hermano menor, nos dice:

—Bueno....También se acaban de llevar a Menchi, porque no aparece

Mi mamá casi se desmaya con la noticia. Entre todos la agarramos para que no se cayera. Una de mis tías le dice a mi papá:

—Vamos a la esquina a preguntar qué pasó.

Llegamos a la esquina y había un chiclero, le pregunta mi papá:

—No vio usted a una jovencita vestida de cuadros, de pantalón azul y tenis y colocha.

Él no quería hablar en ese momento, pero viene mi tía ¡ya así desesperada! le dice:



—¡Háblenos!, ¡Díganos por favor! ¿Qué pasó? ¿Usted vio qué pasó aquí?

Entonces el señor le respondió:

—Mire, pasó un carro, bajaron unos hombres y se la llevaron.

Entonces en ese momento se confirma, que fue secuestro. Mi papá en ese momento dice:

—¡Vámonos de aquí!

Así, veo en ese momento que mi hermana no gritó, porque sabía que estábamos ahí y que si ella gritaba llegábamos, entonces pensó:

“Aquí sólo yo y no los demás”

Otra de las hipótesis que hicimos (porque uno va pensando un montón de... cosas, como buscar respuestas a eso) fue que ella vio a mi hermano en el carro, se acercó y de ahí se lo llevaron. O bien, que él mismo bajo y los tipos y le dijeron —Querés ver a tu hermano ¡No sé!...

Mi hermana estaba muy desesperada por mi hermano, y nosotros dijimos:

—Ella de plano se fue porque tenía, o no quiso gritar en ese momento por salvarnos. O también ella nos quiso..., O vio a mi hermano y se fue..., O de una vez se la llevaron en el carro.

En ese mismo momento nos fuimos, salimos pero desbandada, jalando a mi mamá. Nos preguntábamos:

—¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos?

Teníamos que salir de ahí era... ¡Peligrábamos pues! sentíamos que peligrábamos ahí. Nos dirigimos al colegio Belga, ya en el lugar les hablamos a las madres y les contamos lo sucedido, que se habían llevado a Menchi.

Antes de que se llevaran a mi hermana, mi papá ya había hablado con el Cardenal y le había dicho:

—Ayúdeme a sacar a mi hijo, nosotros hemos ido a sacar gente de a... de... gente del país. ¡Ayúdeme! a sacar a mi hijo y nos vamos del país. Le dijo mi papá, y él le respondió:

—Mire Mario no se preocupe ¡váyanse! Nosotros vamos a ver qué hacemos.

Pero cuando después sucedió eso, nos fuimos al Belga y les contamos la situación a las madres.

En eso ya llegó mi cuñado, el esposo de mi hermana, el pobre se puso ahí como loco, o sea desesperadísimo ¡no! ¿y ahora? ¿Qué hacemos?.

No teníamos ni rumbo a dónde ir, no podíamos ir a la casa, ya no nos fuimos donde mi tía (donde habíamos pasado la noche anterior) por el miedo de que mi hermana sabía dónde nos habíamos quedado; y si ya se habían llevado a mi hermano, que habían tendido una trampa ¡De plano sabíamos que igual nos iban hacer! Entonces mi papá decidió, mis papás decidieron que fuéramos a la casa de unos amigos de mi mamá.

En esa casa nos quedamos y recuerdo que me dijeron:

—Bueno... vete acostar

Pero nadie tenía sueño ¡Nadie quería nada! Todo mundo lloraba, me recuerdo que ¡Esa noche lloró tanto mi papá! ¡Nunca lo había visto llorar tanto!

Mi papá le decía a estas dos personas, a los amigos de mi mamá "Que si encontraban los cuerpos que los enterraran, porque nos íbamos a ir del país." Él lo único que pedía era:

—¡Qué se enterraran! Que logaran encontrarlos y que los enterraran. Por favor les pedía eso y lloraban... Miren era algo así ¡Horrible! y esa noche paso. Dijo mi papá:

—Mañana vamos con el Cardenal, vamos a contarle lo que pasó, que ahora no es uno, sino son dos

Al día siguiente, vamos y llegamos con el Cardenal, recuerdo que a la hora que entramos a la Catedral, habían dos tipos ahí, me recuerdo ¡Muy bien! porque uno fue el que se llevó a mi papá. Cuando entramos había un hombre, alto, moreno, colocho, que se nos quedo viendo, cuando entramos y medio hizo una risa burlona; entonces yo me le quedé viendo porque, igual él se quedó viendo a todos los que íbamos entrando.

En eso mi papá llega y le dice

—¡Ay Cardenal! fíjese que esto y esto pasó..., y ahora es mi hija mayor. Necesito que usted me ayude

—Vaya no tenga pena ¡Váyase a su casa! yo voy a ver qué hago ¡De todos modos yo no sé también en que estaban sus hijos! y que por eso les pasó algo.

Mi papá confiaba mucho en él y creía en él ¡Total! Decidimos irnos y vamos a arreglar la salida del país, ya teníamos los pasaportes; pero en lo que va uno hablar y que vamos ir a visitar a... como a irse a despedir de la gente. Entonces me dice mi papá:

—¡Vamos a ir con las madres del colegio ¡Pues! para decir adiós y que ya no sepan de nosotros.

Entonces, íbamos caminando sobre la 7ª avenida, para dar vuelta a la izquierda en la novena calle de la zona 1, cuando en eso yo empiezo a escuchar un carro ¡Así a toda velocidad!, ya estábamos bajando por ahí por La Lectura, creo que hay una, o ... El progreso, una librería que esta ahí ... sobre la novena calle.

En eso oigo el carro que venía rechinando las llantas, venía a toda velocidad, y se vino contra la vía toda la 7ª avenida, desde catedral, ¡se nos deja ir el carro casi de frente! nosotros íbamos en la banqueta y nos lo atraviesan en la calle, se bajan seis hombres armados y nos dicen:

—¡Deténganse!

En ese momento empiezo a correr —No me dejo agarrar de estos hombres—Me dije a mí misma y empecé a correr hacia la 7ª avenida, al llegar a la esquina, y seguía pensando:

—Porque si me m... o me matan o me mato pero ¡yo no me dejo agarrar de estos!

Y eran hombres civiles en un carro celeste, polarizado; y en esa época eran los judiciales. Sólo recuerdo que me dijeron: —¡Deténganse!

Se bajaron y alcancé a ver ¡Que agarraron a mi papá!

En eso que yo iba corriendo, me fuí sobre la 7ª avenida, porque pensé: "con todos los carros que hay aquí, ya no me van a poder alcanzar pero si me van a poder dar vuelta sobre la calle" Pero yo corría tanto ¡Del puro miedo! y decía:





—¿Qué hago? ¿Me meto aquí? Si escucho disparos ¿Regreso a ver? ¿Qué pasó?

Yo volteaba a ver sino me venían siguiendo, y pensé:

¡De plano aquí en una carrera me alcanzan!

Eso ya fue el 22; mi hermano el 19, mi hermana el 21 y mi papá el 22.

Yo corría y corría ¡Y que logro alcanzar llegar a la otra esquina! En eso vi que venía alguien corriendo, pero eran tales mis nervios, que yo no miraba quién era, y dije yo:

—¡Ya vienen por mí!

En ese momento ¡Cómo que se te va el mundo! Alcanzo a... ya cuando casi que lo tenía cerca de mí, era mi hermano pequeño, y le pregunto:

—Vos que viste contame ¿Qué pasó? ¿Se los llevaron a los dos? ¿Los mataron? ¿Qué fue lo que pasó?

—Yo sólo me fui yendo para atrás y para atrás; y vi que corriste y me vine detrás de ti- Me dice. ...sólo recuerdo que tenían a mi papá agarrado de los brazos y a mi mamá la estaban apuntando ¡De plano a los dos se los llevaron! ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

Yo tenía...yo al día siguiente cumplía 16 años, y él tenía 13 años. Y digo:

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ¿A dónde nos vamos?

La novia de mi hermano trabajaba en una compañía de petrolera, en ese entonces, entonces yo le dije.

—Mira, vamos con ella y como mi hermano ya tiene rato de que no la ve ¡Ni nada! No creo que la busque. Vamos ahí con ella, no podemos ir a la casa, no podemos....

Le dije a mi hermano:

—Mira, aquí hay muchos extranjeros y si nos siguen, si nos vienen siguiendo aquí vamos a prendernos de uno de ellos y que nos saque del país, de todos modos somos menores de edad, bueno podemos... ¡No sé!

Yo no sabía qué hacer, porque yo era la mayor... ¡En eso esta mi amiga! y vivía en la misma colonia que nosotros, recuerdo que llamó a su papá:

—¡Ay! mira que me siento mal, vení por mí, y llegó el señor

Entonces nos escondieron en la parte de atrás del carro, para poder salir de ahí, porque dijimos:

—¡De plano nos están vigilando! y saben dónde andamos y qué estamos haciendo.

Nos escondimos en el carro y nos sacaron, yo en eso... ellos nos iban a llevar a la casa de la... de un familiar del señor. Yo decía

—Ni los conozco ¿Qué voy hacer? ¡No! ¡No! ¡No!

Entonces, busqué un amigo de..., una familia, el papá de una compañera del colegio, ahí en Nimajuyu, me recuerdo que era ahí en la Colonia Venezuela; creo que era la que estaba al principio, y le dije a mi amiga (la novia de mi hermano):

—Mira sabes que, yo aquí me voy a quedar. No quiero que vean a dónde vamos, porque si saben que con ustedes estábamos... No quiero que sepan a dónde vamos a ir a dar. Bueno y ¡Muchas gracias!

En ese rato me fui con mi hermano, no llevábamos, ni dinero, ¡Ni nada! ni suéter, ¡Nada! sólo lo que llevábamos puesto

Y llego a la casa de ahí de... y sólo estaba la señora. Le conté qué fue lo que paso ¡Íbamos muy mal! y ¡Ni modo! ella nos acogió ahí. Y la familia... el papá, como a los ocho días se entera que mi mamá estaba bien, porque al final a mi mamá no se la llevaron, solo le dijeron:

—Señora no se preocupe, no le va a pasar nada a su esposo, sólo a él lo queremos.

¡Mi papá todavía alcanza a tirar los pasaportes que andaba! porque él llevaba en su saco nuestros pasaportes (y como éramos menores) él logra todavía tirarle los pasaportes, y el poco dinero que llevaba en la bolsa y le decía:

—¡Andate!

Porque él ha de haber visto que nosotros nos fuimos corriendo, y que no nos habían agarrado, entonces él le dijo:

—¡Andate!

Mi mamá regresó a la Catedral, a decirle al Cardenal:

—¡Miré! Es que ahora es también mi esposo.

—¡Ayyy! señora... -le dice. —... váyase tranquila a su casa y yo le llamo ahí.

—Miré, es que ¡Quiero que haga algo! Llame ¡Por favor!

Entonces como que él llamó a Donaldó ahí y... a la Policía ¡Y todo! Como que hablaban, dice mi mamá. Decía cosas:

—Es que mire, ahora es mi secretario que se llama así, pues aparte de los hijos, pues él también y ¡Por favor! Tome nota ¡Hablo con la secretaria?

Entonces, le dijo el señor a mi mamá:

—Mire, váyase, yo le llamo ahí a su casa.

O sea ¡Qué consuelo ahí!

Mi mamá en ese rato sale de ahí, y los mismos que iban en el carro azul (que se llevaron a mi papá), estaba ese mismo señor colochó, que se rió al entrar ¡Me recuerdo tanto de él, porque fue quien se bajó primero.

De ahí, parece que siguieron a mi mamá hasta el Belga (parece o ¡No sé! cómo estuvo la cosa) pero creo que había una persecución. Mi mamá dice que se atravesó todas las calles, ¡No supo como llegó al colegio! Y caé en estado de shock, ella por ser diabética ni se acordó de que existíamos ¡Ni nada!

Pasa, durante unos 15 días (más o menos) en ese estado, estuvo con sedantes, porque no respondía a nada, sólo lloraba y lloraba, dicen las madres. Había un doctor que las monjas le pusieron para que la estuviera revisando y viendo. Bueno ¡Las monjas nos ayudaron un montón!, y no sólo aquí sino también afuera. Estuvo ahí como quince días, hasta que se logró recuperar.



Todos decían:

—Démosle el aliento a la mamá, para que ella se reestablezca.

Y empezaron a decirle que nosotros estábamos bien, que nos iban a juntar pero que ella se tenía que recuperar, que se tenía que poner bien. Porque mi mamá no comía, no hablaba, no despertaba, pasaba durmiendo. Hasta que logra reaccionar y salir de su trance.

Entonces, ya cuando nosotros estábamos ahí, el señor nos dice (el papá):

—Creo que tenemos problemas, vamos a tener que separarlos y sacarlos de aquí de la casa, porque creo que ya saben dónde están.

Entonces ahí empieza otra vez el ¿Qué hacemos? A mi hermano se lo llevaron donde otra familia, y ahí estuvo otra semana. Digamos, nosotros estuvimos una semana con este señor y otra semana en otra casa. Pero a mí me tuvieron de un lugar a otro, porque era tiempo de colegio y ¿Qué hacía yo ahí? A donde iba me preguntaban:

—¿Por qué estás aquí?

—Es que estoy de vacaciones, vengo de Jutiapa y sólo vine unos días, pero mis papás no están.

Era de estar mintiendo, era de estar de casa en casa. Me decían:

—Vamos a regresar por ti

—¿Y mi hermano? ¿Dónde está? ¿Ahora qué hago si pasa algo? ¿Y si viene alguien?

—Tenés que ver cómo salir de aquí ¡Te tenés que escapar! ¡Tené cuidado! ¡No salgás a la calle! Si llega visita ¡cerrate en tu cuarto! Que no te vea nadie.

Era de estar cuidando eso. ¡Al fin! Mi mamá logra reestablecerse, nos juntan, cuando la vemos... ¡Bueno! ... casi igual se desmaya... Y todos lloramos. Nosotros creíamos que ella ya no estaba, y ella creía que no estábamos, tampoco. Ya nos estuvimos juntos ¡Pero igual! Pasábamos en una casa, después en otra casa, porque no podíamos estar muchos días en una casa. Cuando llegamos a la última casa, no podíamos ni salir ¡Ni nada!, ni comunicarnos por teléfono con nadie ¡Ni nada!.

Logramos visa mexicana, porque intentaron llevarnos para asilarnos en la Embajada Mexicana, y nos dijeron:

—¿Saben que nos dijo el Embajador?

—"No los puedo dejar entrar por el problema que había pasado en la Embajada de España, anteriormente. Pero si mandan una carta poder, con mucho gusto les doy las visas para que salgan del país"

Y así se hizo; arriesgando que tal vez no nos las dieran. ¡Y el señor nos da las visas!, con eso nos llevan al bus de Galgos para irnos.

Sólo recuerdo que mi tía nos fue a despedir, porque al final lograron avisarle que nos íbamos, y ella obviamente no nos podía ni decir adiós, ni abrazarnos ¡Ni nada! sino sólo nos vio pasar. Y ahí sí que de tripas corazón, ahí tuvimos que pasar enfrente de ella y sin decirle nada de nada.

Salimos de allí y llegando a la frontera... nos preguntamos:

-¿Qué hacemos?

-Miren ahí en la frontera... Nos dicen las personas -Van a llegar y hay un puente donde está México y donde esta Guatemala. Logren salir al puente, donde diga México y ya están a salvo.

Se imaginan ¡Nadie había salido! Mucho menos el puente ¿Cómo era? Mi hermano era pequeño, Yo (cuando llegamos a la frontera) le digo:

-Andá a ver cómo es el puente. Preguntá ¿Dónde está? Yo me quedo aquí con mi mamá, deteniéndola. Porque ella estaba muy débil.

Llevábamos una maleta, que nos habían regalado ropa que ni nos quedaba, que la llevábamos con tal de llevar una cosa en la mano, para que no nos dijeran "estos ya se van".

Recuerdo que era la guerra en el Salvador, estaban separando: guatemaltecos, acá; salvadoreños, allá; y Nicaragüenses, aquí. Entonces, primero pasen los guatemaltecos, los únicos éramos nosotros y ... aquí nos agarró.

Me dice mi hermano -El puente es el que está allá.

-Mirá... -le dije yo- ...vamos a entregar ahorita los pasaportes. Mi mamá entrega los pasaportes... -y le digo a mi mamá- ...Juan le va a agarrar el brazo y yo el otro, si hay que correr ¡corremos!

Le digo a mi hermano -Vas a correr y a arrastrar ¡Cómo sea! Probamos sacarla al puente. ¡Mirá bien dónde está el puente! -le digo a mi hermano. ¡Lo que uno pensaba! Pero ¡Bueno! era pequeño uno.

Llegamos, y en eso había un señor, un vecino que vivía en la casa de enfrente, en la zona seis, y nos dice:

-Doña Coni.

-¡Ah sí! don Luis. -Le dice al señor.

-¿Cómo están mis niños?

-¡Bien! Muchas gracias

-Permítanme sus pasaportes

-¡Hay mira que son mi familia!, le dice al señor que iba a recibir los pasaportes.

Entonces, nosotros así como el mismo nos... porque ¡Él sabía! Nos entrega o nos ayuda.

Entonces el señor nos pasó, con sello, los pasaportes y todo.

-Sí, es mi familia, que ya van de paseo

-¿Ah sí?

-Ah... venganse, que yo los voy a llevar del otro lado.

Total que se desentendieron de nosotros. Les importaba a los de migración, ver a los salvadoreños y nicaragüenses. Entonces dijeron:

-Ayy... deshagámonos de esta familia, que se vayan.



—Yo me encargo de ellos -dijo este vecino. Entonces así, como que fue un respiro más de que íbamos a salir de ahí. Él nos pasa el famoso puente y nos dice:

—Ya están a salvo aquí, ya aquí es México.

Nos lleva con migración de México ¡Igual! como él se conocía la gente de ahí:

—Mire, es mi familia que va de paseo y ...

El señor muy fino, nos llevó hasta tomar el otro bus, hasta el D.F. y nos dijo:

-Miren, ya están a salvo, espero que les vaya bien... Y nos dejó ahí.

Íbamos en el bus y ¡Bueno! una nueva aventura. Porque eso era salir a otro país y sin conocer nada, ni a dónde ir, porque ni direcciones de nadie ni... Yo llevaba, nada más, la dirección de Rudy, el que ahora es mi esposo; llevaba el apartado postal, tendrá que llegar algún día. Mi tía nos había dado la dirección de un hotel, en el centro del D.F. para irnos a quedar ahí, que era cómodo y que estaba céntrico y que no tenía problema ¡Qué! Si con el tiempo nos enteramos que ese hotel ya no existía, mi tía había ido años atrás.

Llegamos a la estación, en el trayecto rebasamos un bus que se había descompuesto ¡Y ya tenía tres horas de haberse ido! Lo pasamos, ahí iba una sobrina de una madre del Colegio Belga. Entonces la Madre dice que ella sentía una necesidad de ir a la estación por su sobrina.

—Pero miren ¡Yo no sé! -les decía a las otras hermanas- Tengo que ir por ella ¡Sí! tengo que ir por ella

—Pero ¿Ppara qué va? Si va ir su papá a recogerla a la estación. Ya con uno es suficiente

—¡No! yo me voy y ¡Yo me voy!

Total de que suspendieron la salida, porque el bus no llegaba a la hora que... El bus, cuando nosotros llegamos, llegó veinte minutos después. Pero la madre insistía en ir y dijo:

—¡Bueno! Yo voy y ¡Tengo que ir! (eso en México).

Ella decidió irse por segunda vez, todo el mundo le decía ¡No, no vayas! ¡No vayas! ¿Para qué vas?

Ya estando ahí, mi mamá me dice:

—Esperame aquí, con la maleta y Juan (mi hermano pequeño) Yo voy averigüar cuánto nos cobran los taxis, porque dicen que aquí cobran... que son ladrones y nos van a llevar vueltas, para cobrar de más.

Y no llevábamos dinero, o sea ¡no teníamos dinero! Entonces a la señora que le llega a decir:

—¿Mire, disculpe, dónde queda el centro?

—¡Doña Coni! -le dice la madre.

—¡Madre!

O sea ¡Fue un milagro! fue un milagro eso ¿No?

Y se quedan ahí las dos, se abrazan y lloran y...

—¿Cuántos son? ¿Cuántos quedaron? Yo creí que les había pasado todo a todos. Yo creí que estaban en Nicaragua, o que se habían ido a Costa Rica. Pero ¿Qué pasó? ¡Cuéntenos!

—No, pues... bueno... sólo están ellos dos y yo...

¡Bueno! Total que de ahí... ya sea el panorama que llevaba mi mamá... Nosotros no tanto porque éramos bien chiquitos. Mi mamá ya ahí como que descarga, ya se siente mejor, llora y ¡Todo!

Logramos irnos y nos estuvimos con ellas, ahí en México.

El primer año fue muy duro, no habíamos... no teníamos con quien... ni cómo ... estudiar porque ya las clases habían empezado en México y no teníamos papeles ¡Era un relajo eso!. Teníamos que trabajar, más bien, para poder subsistir, vivíamos de la solidaridad, vivíamos de lo que las madres nos ayudaron. Vivimos un tiempo con ellas, después mi mamá se enfermaba mucho, recuerdo que había que llevarla al hospital seguido, o había que tenerla en tratamiento, bueno ¡el primer año fue muy duro vivir allá! Incluso el desconocer todo, la cultura y todo.

El siguiente año fue menos duro, pero igual, o sea. Los dos primeros años sí fueron muy duros. Vivimos así, tratando de adaptarnos a México. Al final vivimos once años allá. Mi mamá y mi hermano todavía viven allá, mi hermano, por lo menos, no quiere regresar; mi mamá viene, se está un tiempo, se va allá a estar otro tiempo con él y así se está. Pero para ella es una vida muy sola y aparte, está separada de sus dos únicos hijos. En un principio quería que fuéramos a Estados Unidos, para irse con sus hermanos (porque ella tiene cinco hermanos en Estados Unidos). Entonces le habían dicho:

—Te ayudamos y venite para acá.

Total que paramos viviendo en Guadalajara un tiempo, y los señores estos le dijeron a mi mamá:

—Mire, se va a poder ir, pero tienen que irse mojados para Estados Unidos. Pero tienen que ir separados.

Mi mamá dijo:

—Yo no me vuelvo a separar de ellos. Mi hija tiene 16 años ¡Le puede pasar algo!, mi hijo tiene 13 años. Yo no me voy.

Entonces decidió mi mamá que nos quedáramos, nos regresamos al Distrito. Nos volvieron a ayudar las monjas y muchos mexicanos. Logramos ir saliendo adelante, logramos entrar a estudiar. Mi mamá logró un trabajo más estable. Se estabilizó emocionalmente ¡Qué Bueno! Recibió mucha ayuda de muchos sacerdotes jesuitas y de las monjas. Esto fue lo que nos fue ayudando, bastante, para poder sobrevivir ante esa situación y ¿Qué hacíamos?

Luego, yo me casé allá, tenemos tres hijos, ya estaban... Bueno la decisión la tomamos de regresar, mi esposo también es guatemalteco. Decidimos regresar por la cuestión de que los niños iban a crecer, y ya no iban a querer regresar. Y también, a mí algo que siempre me quedaba así ... era el recuerdo de mi papá que decía:

—Encuéntrennos y entiérrennos.



—Hay que ir... —le decía a Rudy— ...tenemos que ir, porque hay que hacer algo.

—Yo no me siento tranquila si no hago algo, —le dije a mi mamá— ...nos vamos a regresar. Pero téngalo por seguro ¡Voy a hacer algo por ellos!

Me sentía con la necesidad de hacer algo, no me podía quedar tranquila, aunque me implicaba miedo regresar.

Para mí era un gran miedo regresar a Guatemala, y decía aaaa... tenemos una historia que no la podemos dejar, y mis hijos tienen que conocer esa historia.

Para mí era algo ... que yo le decía a mi mamá

—Mire, regresémonos... Tenemos que regresar...

Empezó Rudy a Trabajar en México, igual seguíamos trabajando con la gente. Ayudábamos a gente que seguía saliendo de Guatemala, además del Salvador.

Vivió con nosotros una familia salvadoreña, que fue torturada. Vivieron un año en la casa, con nosotros. También una hondureña, un sindicalista guatemalteco.

Ayudábamos a mucha gente que iba saliendo. Ayudábamos porque comprendíamos lo que pasaba y lo que seguía pasando. A nosotros nos costó mucho adaptarnos a México ¡Y qué bueno! Queremos muchísimo a México, porque fue nuestra segunda casa.

Recuerdo que cuando regreso, no sabía qué hacer. ¿Qué hago? ¿Cómo lo hago? ¿A quién ayudo? ¿Cómo lo puedo hacer? No teníamos amigos... más que la familia. Mi familia es muy poca acá. Y ¡Bueno! ¿Cómo adaptarnos nuevamente? En Guatemala era otra vez difícil, porque aparte de los miedos y traumas que traes ¡Había que superar eso! Y para superarlo había que estar aquí.

Recuerdo que cuando ya estábamos aquí, empezamos a oír todos los Acuerdos de Paz, ¡Qué bueno! Se va hacer la firma. Y hay una comisión, la Comisión de la Verdad que va a funcionar. Empezamos a oír el REMHI... y ¡Bueno! que vengan, que den su testimonio, que la recuperación de la memoria histórica ¡Hay que hacerlo! Decidimos en familia ir.

Dimos el testimonio en REMHI, luego en la Comisión de la Verdad; pero daba la casualidad que conocíamos a una persona mexicana, que estaban trabajando ahí el esposo, y me dicen:

—Mirá ¿No querés trabajar?

—Ahorita no estoy trabajando porque —le digo yo— mis hijos están pequeños.

—Pero podés entrar a trabajar, porque ahorita están necesitando gente en REMHI... —dice— Tú has estado trabajando con la gente, y sabemos que han estado trabajando allá con los refugiados. Sería bueno que fueras ¿Por qué no vas y te entrevistas?

—¡Ah bueno! Esta bien —dije yo. Fui al REMHI y me entrevistaron. Y bueno, para mi parecer, yo que el proyecto en sí, para mí fue una experiencia tanto este... para superación personal, familiar; porque yo creo que leímos unos cuatro mil testimonios, así contando rápido. Nos tocaba leer testimonios, y yo decía ¡Púchica! lo que a mí me pasó no es nada a lo que le pasó a otra gente. Yo

no sufrí hambre, no sufrí frío, no sufrí caminata, no sufrí que me hayan hecho algo físicamente. Por lo menos logramos salir del país.

Y creo que tengo que hacer algo, decía, ¿Qué? Y ¿Cómo? Me acercaba mucho a la cuestión de exhumaciones, porque dije:

—Por aquí puedo empezar a ver qué hacer, si por aquí los veo, en las fosas comunes.

Pero ¿Dónde? ¿Dónde buscarlos? Porque... tiene que ser aquí en la capital, pues aquí fue ¿No?

Al final, siento que eso me fue ayudando para ir superando, tanto el miedo ¡Incluso hasta el proceso del perdón! Que uno dice puedo... perdonar me cuesta, pero necesito algo más para llegar a un perdón, una reconciliación ¡Y que es bien difícil! Porque no puedo decir:

—Sí, ya perdoné

Y se siguen cometiendo las cosas, no hay arrepentimiento de la otra parte, tampoco. Empezaba, entonces, a conocer incluso a Hellen Mack, a mí si alguien me ha llevado mucho a moverme, a ver ¿Qué hacer? Ha sido ella. Porque yo la veía, y que si por su hermana, Myrna, lo que hacía. Yo me preguntaba ¿Pero cómo lo hizo? ¿Cómo lo ha hecho?

Yo no sé qué debo de hacer, para también hacerlo. Era como una incertidumbre, una incapacidad de no saber qué hacer, quién me asesorara.

Dije: —¡Bueno! No voy a poder pagar un abogado para que me ayude.

Mientras tanto, seguía trabajando en REMHI, y el trabajo de ahí me ayudó muchísimo. Hay mucha gente que conocí en el REMHI, y que seguimos viéndonos, que nos ha ayudado a reconstruir nuestras vidas. Hemos platicado lo que nos ha pasado, y creo que eso es lo más importante. Sí que no olvidar y seguir en esa memoria histórica, porque esa memoria nos ha regresado a nuestras raíces, nos ha regresado a la estabilidad; y a tener, incluso, hasta la valentía de decirlo. Antes yo no podía ni siquiera hablar de mi vida, así como contar testimonio, era llorar y llorar, y no podía ¡No podía superarlo!, porque es parte de tu proceso de perder el miedo, incluso, el trauma.

El miedo creo que siempre lo mantenemos porque, al final, seguimos trabajando en lo mismo. Digamos de ayudar a la gente, de seguir apoyando a la gente. Porque igual como me pasó, que no sabía qué hacer, habrá mucha más gente que no sabe leer ni escribir, y también quieren saber ¿Cómo hacer? ¿Qué hacer?

Puse una demanda contra el Estado, está en la Comisión Interamericana, estamos en un proceso, ahorita, de dos años. Llevamos ya dos años de estar llevando el proceso, eso me ha alentado muchísimo, cada batalla o cada paso que damos ha sido una lucha para mí, no sólo para mí, yo creo que para toda la familia, incluso, hacer que mi hermano regrese a sus raíces.

Una lucha, que al principio me decían, mi mamá y mi hermano

—¿Para qué te vas a meter a eso? No lo hagas porque te puede pasar algo yo no quiero que vuelva a pasar nada- Decía mi mamá





Mi hermano igual: –Si le va a pasar algo, no quiero que se meta a nada.

–Mirá ¡Hay que hacerlo! –le digo yo– ...tenemos que hacerlo porque se me está presentando la oportunidad, y si no lo hago en este momento, no lo voy a poder hacer. Le digo yo.

Sólo de haber presentado el caso, ya me siento satisfecha. Y pienso, en que no quiero que sea sólo mi caso... sino ver la posibilidad de que si el mío logra algo, o tiene algún avance; ver la posibilidad de que otros casos puedan entrar. Que sea una forma de animar a más gente a que lo haga. Una de las cosas que me gustaba mucho del Proyecto REMHI, era que se decía:

–Dejémos los números de testimonios ahí, porque va haber un momento en que la gente va a querer denunciar, y que aquí estén listos los testimonios, para poder ser presentados a la justicia.

Ha sido recolectar toda una vida, toda... o sea ¡Veinte años!, es recolectar del 81 para acá. Hacer los testimonios por escrito, buscar gente que dé los testimonios, gente que dé información; todo para reconstruir todo lo que pasó. Después de veinte años, dice uno, y ahora ¿Qué? y que, gracias a la solidaridad, tanto de Guatemala, como de fuera del país, hemos logrado muchas cosas. Siento que hay que tener esa valentía para hacerlo.

Y qué bueno que no nos quedemos en que lo mío es mío, que aquí quedó. Sino tratar de ... a quién más... de cómo asesorar a otra gente ¿Qué hacer? Porque yo les digo, yo me enfrenté con la situación de ¿Qué hacía? ¿Con quién lo hacía? ¿Cómo lo hacía?. Entonces, era así como... ¡Bueno! ¡Necesito, Necesito que me ayuden! Y les digo, se me fueron presentando las cosas, así como que casi ... como que me empujaban a hacerlas.

Un día, fui a dar una plática, que estamos capacitando personas, y al Abogado que estaba ahí, le conté lo que pasamos, y se ofreció a ayudarme sin cobrarme ningún centavo. ¡Y eso! ¿Quién me va hacer eso así?

Le dije, aparte, no es un caso tan sencillo, o sea, lo que implica hacerle una demanda al Estado, lo que implica tener una familia y decir “que no quiero que les pase lo que nos pasó”. Pero, también, si nos quedamos callados no podemos, o sea, no se puede cambiar nada. Y en parte, esa ha sido como la lucha constante que he tratado de llevar, no sólo quedarme en la denuncia, sino proponer cosas.

Hemos propuesto cosas, tanto a la Comisión Interamericana como a COPREDEH, para poder llegar a un arreglo amistoso. O sea, tratar de arreglar las cosas y llegar a una reconciliación, a una paz, a un proceso de perdón, por medio de la reconciliación, pero también por medio de una justicia. Tal vez no la veremos nosotros, pero le estamos preparando el camino para más gente, otra gente. Si no se logra nada ahorita, les digo, si se estancan las pláticas (o lo que sea) con el Estado, yo esperé 20 años, puedo seguir esperando más. Pero podemos seguir en esa lucha y podemos mantenernos, y podemos seguir viendo ... podemos seguir esperando a que más gente se anime; porque va a llegar un momento en que el Estado en sí, no va a poder con tanta gente que le esté reclamando, exigiendo justicia, exigiendo que se aclare la verdad.

Pues yo creo que es muy importante que nos vayamos dando cuenta de que no debemos

quedar en denuncia; no debemos quedar sólo callados. ¡Debemos hablar! A mí, el Proyecto REMHI me dio ese valor, y creo que es una... a veces mucha gente se dice que no es una lucha, que ¡Por gusto! ¿Para qué lo seguís haciendo? ¡Te va a pasar algo! Entonces, digo...

—Miren, eso me hace sentirme bien, y lo voy a hacer. Y la familia lo entiende, mis hijos lo entienden...

Y como que ya están concientes que no lo voy a dejar, por lo que me dicen:

—... ¡Qué les vaya bien! Hay nos cuentas al regresar...

En esto estamos toda la familia, hay varios amigos; abogados que nos están apoyando no directamente, pero sí asesorando.

Lo que propongo realmente, lo que le diría a las mujeres (porque creo que son muchas mujeres) que la sociedad nos ha dado la sociedad un papel muy difícil, un papel de callar y decir “Sí” a todo. Sin embargo, podemos llevar una lucha constante, una lucha de protesta, pero también de propuesta. Podemos proponer, podemos decir “qué hacer”, “cómo queremos que se hagan las cosas” “Cómo nos gustaría que fueran las cosas”. En este sentido, mi hermana estaba embarazada de tres meses, y creemos que el niño pudo haber nacido en cautiverio, por lo que llevamos una lucha para lograr proponer leyes... Ver que posibilidades hay que se investigue el hecho, qué pasó... si nació o no nació el niño o niña.

Y así como nosotros, habrá mucha más gente que ... probablemente nacieron los niños, o que están los niños y fueron dados en adopción. Creo que el Estado va tener, en algún momento, que ceder ante esta situación.

A veces siento que podemos hablar de reconciliación, pero a los que nos va a costar es a nosotros; podemos dar nuestro brazo a torcer, decir que vamos a perdonar, que vamos a llegar a una reconciliación, a una paz, a un proceso de perdón... Pero ... ¿Y qué más?

Cuando seguimos viendo la corrupción, cuando seguimos viendo que hay impunidad, que vuelven otra vez los secuestros. Cuando se siguen entrando a las oficinas, que siguen acosando a las personas que hacen exhumaciones... Entonces uno se pregunta ¿Vale la pena o no? Entonces, de repente, sí le da a uno sus bajones; porque creo que eso a cualquiera nos pone bien y nos pone mal. Pero siempre hay alguien o algo, en el momento en que uno se encuentra emocionalmente mal, más de alguien llega y te dice:

—¡Muchas gracias! Fíjate que logré conseguir ayuda para tal persona...

Entonces uno empieza a sentirse mejor, y hasta se dice:

—¡Bueno! No funciona por aquí, pero funciona por acá

Es una lucha constante y silenciosa ¡Muy lenta! Uno, a veces, quisiera que todo fuera rapidísimo, pero siento que tenemos que trabajar más. Tenemos que acompañar más a la gente... Todo eso tiene que ver mucho con la educación, creo que es básica la educación que se le pueda dar a la gente, a la que la necesita, a la que pueda (en un futuro) ver cómo defenderse ante la



situación que estamos pasando. Siempre hay gente que nos apoya, siempre hay gente que nos tiende la mano ¡Nunca lo desampara a uno! ¡Uno nunca esta solo!

A mí me ha dado mucha..., otra de las cosas que a mí me ha dado mucha fuerza, han sido las mujeres viudas porque ¡Al final! Incluso se han quedado con los hijos de otras personas, los han absorbido, los han cuidado, los han mantenido, han tenido que lograr incluso hasta... aprender a trabajar. Me imagino yo que habrán habido muchas mujeres que no sabían trabajar, o no trabajaban. Se quedan sin sus esposos y se enfrentan a una vida... Ellas piensan:

—Ahora ¿Qué hago? Aparte que tengo que mantener a mis hijos ¡Tengo que aprender a trabajar! ¡Tengo que ver qué hago con mi vida! ¿Cómo la vuelvo a reconstruir?

He tenido la suerte de haber tenido a mi mamá, de haber quedado mi mamá, mi hermano y yo. Que hayamos logrado sobrevivir a toda esta situación y que lo que pasamos no fue nada, en comparación a lo que le ha pasado a otra gente...

Mi hermana decía una frase, que me ha gustado siempre, y ésta dice: “Por qué tiene que sufrir un pueblo ¡Tanto! Por qué debe de sufrir tanto un pueblo, para poder alcanzar su liberación”

¡Se ha dado tanto! ¡Se ha dado sangre! ¡Se ha dado mártires! ¡Se ha dado gente luchadora! Gente que ha luchado por las demás ¡Ha sufrido tanto esa liberación! Así como decir:

—¡Bueno! Vivimos en un país democrático, vivimos en un país que se puede hablar, un país donde la tolerancia es..., se tolera la diversidad de pensamientos y de ideología, incluso de cultura, de religiones...

Recuerdo mucho esta frase que ella decía: ¿Por qué el pueblo tiene que sufrir tanto para alcanzar su liberación?

No sé cuánto más nos tendrá que tocar seguir sufriendo, pero tenemos que preparar a la gente que viene atrás de nosotros, para que realmente podamos tener (en un futuro) una semilla que dé frutos. Porque los que están corruptos, los que están en la impunidad, ya no los podemos (tal vez) recuperar. Pero ¡Sí! por lo menos los que vienen atrás de nosotros, podemos irles cambiando su forma de pensar, su forma de sentir, su forma de ser, para que sean más tolerantes, más abiertos a lo que pasa, a la situación.

Nos debe alentar que mucha gente todavía sigue sufriendo, eso nos debe alentar a seguir luchando. Nosotros que podemos, que tenemos los medios, que nos... tuvimos la posibilidad de haber estudiado. Entonces, tenemos la posibilidad de ver, en qué manera, seguir ayudando. Eso nos debe de alentar de que todavía podemos, y de que hay mucha gente que puede hacerlo también, no sólo nosotros. Se puede, en la demás gente, despertar ese sentimiento de ayuda, de capacidad de proponer.

Por todas esas mujeres que murieron (y no sólo las mujeres), los niños, los jóvenes, los hombres, que es muy... tenemos una historia muy triste. Pero de esa historia debemos de aprender, y que ya no existe más holocaustos ¡Qué historia de este mundo! De estos países que están en

guerra y que sirva ¡Pues! Para que ya no exista más holocausto, y que la gente debe entender que hay otras maneras de vivir.

Que ¡Nunca Más! Vuelva a suceder, porque realmente no es... para mí, pasar por esta experiencia, ha sido muy doloroso, muy triste... A veces, si alguien no lo ha pasado, es muy difícil que te entienda. Pero habemos tantos.

Todavía hay mucha gente que no ha podido hablar, hay una amiga, que el esposo desapareció en el 82, y aparece en el listado de los desclasificados de la CIA; la señora se ha puesto muy mal... Y vemos ¡pues! Que todavía el pueblo esta como enfermo. Que hay que ver de qué manera se soluciona este problema. Todavía no se habla, ella no fue al REMHI, no fue a la Comisión de la Verdad, su proceso de reconciliación, de paz (en ella misma) no se ha dado, por lo mismo mantiene miedo; se mantiene encerrada en sí misma. A ella le digo:

—Mire, en lo que le pueda ayudar... ¡Es más! Puedo llevar a mi mamá y se entenderán, pues perdieron a sus esposos, a sus hijos.

Hay que ir viendo a la gente que tengamos más cerca, de manera que la podamos ayudar. Y si creo que es una lucha muy larga, tal vez no la vamos a ver, ni a finalizar nosotros pero, por lo menos, que no quede en nosotros: el que no hicimos nada, que realmente vivimos una vida con esperanza ¡Con mucha fe! Eso es lo que lo mantiene a uno. De repente uno está así de bajón y no quiere nada... pero al final, más de alguien te llega y te dice:

—Gracias por tal cosa.. - o - ...Mirá, ayúdame para tal cosa ...

¡Y yo aquí sufriendo! y ella está más necesitada que yo, o él está más necesitado que yo. Entonces digo:

—Mejor entrémosle y miremos qué hacemos

Yo digo que siempre hay que mantener esa fe y esa esperanza. Para mí, eso es lo principal, rescatar los valores morales, los valores éticos en la familia, con los amigos, con la gente que nos rodea.

Tratar de rescatar esos valores que se han ido perdiendo, para mí eso es muy importante, y yo creo que uno de mujer puede influir mucho en sus mismas familias. Pues yo creo que uno tiene un papel muy importante en la educación de los hijos. Y no sólo de los hijos sino de la gente que viene atrás de nosotros, la más pequeña ¡Pues! Que van a ser la semilla del futuro. Podemos pensar que más adelante esta gente va a crecer y va a llevar valores que los... estos valores nos van a llevar a un cambio, realmente.

Esta es mi real y verdadera historia...



**“ ...lo que realmente hicieron fue enterrar una semilla, la semilla de la libertad y de la justicia”**

**MARIA LUZ ESTRADA MUÑOZ DE CASTILLO**



Me llamo Maria Luz Estrada Muñoz de Castillo, casi todo el mundo me dice Marilú de esa cuenta mi adorada hija se llamaba Aida Marilú Castillo Estrada. Vengo de una familia de Quetzaltenango, nací el 28 de enero de 1936, mi madre fue una maravillosa mujer, soy hija única pero siempre a la mesa nos sentábamos ocho, diez, doce niños. A veces no tenía dinero, sin embargo, se las arreglaba para darnos de comer. Así, crecí en un hogar donde vi cómo ella luchaba por ayudar a los demás.

En el año 60 me casé en Quetzaltenango, posteriormente nos trasladamos a Guatemala, mi esposo vino a trabajar en la Superintendencia de Bancos. Nace mi hija Aidita Marilú, fue la bendición para nosotros, ella, muy sanita, delgadita, llenita. Aidita creció con el amor de su abuelita, mi mamá, de quien aprendió esa actitud de darse a los demás. De esa cuenta, siempre la veíamos regalando su ropa, sus zapatos, sus juguetes, sus cuadernos, sus libros. Con mi esposo somos contadores públicos y auditores y a Aidita nunca le faltó nada. Estudió la primaria en el Colegio Capoulliez e ingresó al Colegio Belga. Ahí se conocen con la madre Raquel Saravia, directora del colegio y con las hermanas gemelas Rosario Meléndez Cobar y Marta Lidia Meléndez Cobar, también con las hermanas Flores con quienes forman el grupo NALMARI. Así, van a las Iglesias y a los asentamientos a realizar diferentes actividades. Participan en Operación Uspantán. Al entrar en contacto con las familias de esos lugares, se dio cuenta de la pobreza en que vivían, de sus carencias y de las injusticias que se cometían con ellos y se identificó mucho, así fue como ingresó a la rama cristiana del Ejército Guerrillero de los Pobres –EGP–.

Yo no sabía absolutamente nada, sólo me decía que se iba con la madre Raquel o con Magali y la Chiqui, las gemelas. Recolectaban medicina, ropa y dinero. A finales del gobierno de Lucas García, se da la noticia sobre el cateo en la casa de las hermanas Meléndez Cobar. El Ejército Nacional allanó el lugar pero ellas habían salido a México. Me aflijo mucho porque no estaba enterada de las actividades de mi hija.

Platiqué entonces con los papás de estas niñas y me dijeron que, efectivamente, Rosario estaba en la guerrilla, que se había ido a la montaña y Marta Lidia había desertado de la guerrilla y estaba en México, y esto me preocupa por que a mi hija también la podían haber agarrado. Yo hablo pues, con unos amigos a México y ellos aceptan ayudarnos, preparamos los papeles y se fue para allá. Le rogué que se fuera a los Estados Unidos pero ella ya estaba muy comprometida con el movimiento, puesto que no quiso ir. En el avión, un amigo le comenta que en México la están esperando esta niña Marta Lidia y una de las hermanas Flores. Yo ya no volví a saber más de ella, había salido con su pasaporte y su visa legal por lo que pensarían que podía regresar en cualquier momento a Guatemala, y lo hace sin mi consentimiento. Estando allá llama para mi cumpleaños en el 82 y avisa su regreso. Regresó con unas cartas de las madres que están allá en México y las hermanas de Marta Lidia para las patojas que están en la montaña. Estaba con otras amigas y cuando iban a entregar las cartas, ya las estaba esperando el ejercito, seguramente algunas ya

habían hablado, entonces la apresan junto a la Lucky Cueto (que le decían la “cuetitos”) el 28 de marzo de ese año (1982).

En ese momento yo era Auditora del Ministerio de Finanzas y estaba auditando una empresa en la zona 10. Al llegar encontré una tarjetita del papá de las gemelas, donde me dice que lo busque en su oficina de la zona 2. Ahí me explicó que las habían capturado. Me dijo: fíjese que ayer entró Marilú con la Cuetitos de México, pero las agarró el ejército, la llevaron a la casa de mi hija grande, Silvia, porque parece ser que traían una carta para Rosario la que esta en la montaña. Entonces dice que todavía Marilú cuando lo vio a él, a don Mario, Mario Meléndez Cobar se llama el papá de las gemelas, le dijo: “si ve a mi mamá dígame que no tenga pena que ya me van a soltar”.

Así, inmediatamente la busqué en la policía, presenté recursos de exhibición personal, recorrí todas las cárceles, en todos lados. La vuelven a llevar a la casa de la hija de don Mario, va acompañada de dos elementos del ejército en un carro de esa institución. Claramente le dicen que van a buscar a la hija de don Mario, Rosario, pero ellos le dicen que ya tienen mucho rato de no saber de ella y que no saben dónde está, ya hace mucho rato que esta en la montaña.

Pido audiencia al general Maldonado Schaad. El funcionario niega conocer sobre su paradero. Entonces, le pido audiencia a la esposa del señor Ríos Montt, la señora, como loca, se ríe en mi cara y me dice:

“No, aquí no la encuentra vaya a otro lado, hable con la esposa de Maldonado”.

Decido ir con la señora de Maldonado. Expongo mi problema y la señora, muy especial, me dice:

—Usted es católica, yo soy evangélica, pero es un mismo Dios, oremos. Yo le prometo que, si en mi está encontrar a su hija viva, se la devolveremos, aunque en ello haya un riesgo—.

Nos hincamos a orar en su sala. Cuando quise levantarme, mis piernas estaban totalmente rígidas. No podía caminar, entonces, el guardaespaldas de la señora y el chofer me suben al carro y me van a dejar a mi casa. Me tienen que aplicar inyecciones para volver a caminar. Todo era cuestión de los nervios. Me quedé esperando la llamada, pero nunca llegó.

Cambian al general Maldonado y a Gordillo, y se me va toda esperanza. Me mandan a decir que deje de estar buscando a mi hija, sin embargo, sigo buscándola, preguntando por todos lados y un día me voy a esperar al general (Ríos Montt), que fue a almorzar. Está rodeado de todos sus guardaespaldas. Yo iba con mi otra hija y la dejé escondida en una puerta, llevaba también un periódico bajo el brazo. Espero que se retire la prensa y me pongo en frente y aunque le llego sólo a la manga, le digo:

—¡Usted me va a escuchar!—.

Me ponen las ametralladoras.

—No traigo nada, sólo le quiero pedir la vida de mi hija, para mí es valiosa, tal vez para usted no, si quiere una vida, tome la mía, aunque no vale nada, deme la de mi hija —le digo.



Entonces me pregunta ¿quién es mi hija?. Le digo quien es, donde la apresaron y que tiene 21 años. Y que si tiene algo que reprocharle, que la lleve a los tribunales de justicia, que yo me encargaré de ponerle abogados y liquidar para sacarle. Y me dice: –Señora, fíjese que no estoy enterado de nada –me responde.

Me humillo, me hincó, le beso las manos al señor. Y lo que me contesta es:

–mire y usted ¿qué hace? ¿en qué trabaja?–

Y le digo que soy auditora del Ministerio de Finanzas Públicas. Entonces él ve su reloj y me dice: –señora no debería de estar trabajando ahorita–.

–Si mas no recuerdo, hoy es 10 de mayo y estoy en mi feriado por el día de las madres, entonces por eso aproveché en venir a pedirle por la vida de mi hija–. Él como que se avergüenza y me pide disculpas, toma mis manos y me dice:

–Mire señó, disculpe, vamos a encontrar a su hija, pase con mi secretario privado–. Éste me recibe peor:

–Todos los curas, las monjas, todos los católicos, son un tajo de comunistas, a mi papá lo tienen secuestrado y no lo han dado, a su hija dela por muerta, ya no busque más –me dice.

Entonces le digo yo: pues tiene razón, pero yo ya le puse un abogado, él está sobre todos los ejércitos y su nombre es Dios.

Salgo de su oficina muy asustada, porque el señor es muy violento, terrible y cometí la imprudencia de llevar a mi hija pequeña. Nos da mucho miedo, salimos de ahí como a las seis de la tarde, y claro, con las manos vacías.

Continué pidiendo audiencias, primero con Mejía Vítores, con su Ministro de Defensa y nada. Bueno, admiten tenerla, gracias a la ayuda de un Monseñor.

Luego con Vinicio Cerezo, quien me dice:

–Los militares tienen el sartén por el mango y no podemos hacer nada–.

El desgaste físico fue tremendo, mi cuerpo empieza a hacer tumores, tengo diez operaciones. En Siglo Veintiuno leo las declaraciones de Martita y Tonita López Herrera, están denunciando la muerte de sus hijos. Dicen que con Gisela iba Carolina, el alias de mi hija. Yo no lo sabía y dicen el nombre completo: Aida Marilú Castillo Estrada.

Hasta allí me entero de todo. Hablo con los demás compañeros que estuvieron con ellas en Casares. A mi hija la agarró el ejército y la tuvo en las cárceles clandestinas. Ahí se conocen con la hija de la Tonita, con Gisela, de 19 años, joven y bonita, la mía tenía 21 años y también era bonita. Era muy bonita y quería ser monja, trabajar por los niños de la calle, decía cuando se graduó de bachiller que iba a estudiar medicina. Bueno, ya detenidas, son sacadas por oficiales a una casa de Vista Hermosa, con el propósito de divertirse sexualmente con ellas, en una de esas noches, sacan a Gisela y a Marilú, las llevan pero el militar que se queda a su cuidado toma mucho licor, entonces aprovechan a registrar la casa, no hay nadie más cuidando, encuentran una granada en un cajón,



la sacan y se salen por la puerta de atrás. Empiezan a correr desde Vista Hermosa hasta el hospital Herrera Llerandi. Consiguen un taxista que incluso las confunde con prostitutas. ¡Gracias a Dios que él las ayuda!, le dicen primero que necesitan ir al Hospital General, porque mi hija tiene un cólico. Luego le dicen que ellas son guerrilleras y que huyen del ejército. Le piden que no las entregue, porque ellas prefieren matarse o detonar la granada, no están dispuestas a sufrir de nuevo los vejámenes y torturas. Las lleva al Trébol, les regala dos quetzales para su camioneta. Son como las tres ó dos de la mañana, se les acercan toda clase de personas que deambulan a esa hora, prostitutas, ebrios, en fin toda clase de gente.

Cuando ya empieza a aclarar, toman una camioneta y se van a la casa de un amigo. Llegaron enfermas, en todo el sentido de la palabra, con una anemia grandísima, el color de su piel amarillo. En la casa le piden una máquina de escribir y casetes para grabar y narrar lo sucedido: las prisiones donde estuvieron, las gentes de la guerrilla que daban por muertas, los métodos de tortura y el nombre de los infiltrados en la guerrilla y nombres de los guerrilleros vendidos al ejército.

Varios casetes y 60 hojas resumen su odisea. La información no fue del agrado de la dirección del EGP, porque los comprometía enormemente, ya que como se vio, ellos entregaron el movimiento y estaban comprometidos con el ejército. Las únicas personas que no estuvieron de acuerdo con que a Aídita Marilú y Gisela las mataran, fueron dos dirigentes, dos comandantes de la organización, ellos no acceden a que sean ejecutadas después de que dan su informe.

Otros las sacan con engaños a Nicaragua, primero a Aida Marilú y después a Gisela. Les dicen que las van a curar en hospitales de Nicaragua y Cuba porque estaban muy mal. Ellas creen porque naturalmente son sus compañeros, ellas creen totalmente lo que ellos les dicen. Se van en junio, las recibe un comandante y una señora de las dirigentes, ambos, responsables de la Escuela de Formación de Cuadros de Casares, en Managua, Nicaragua. Son sometidas a torturas psicológicas, porque son interrogadas por miembros de la dirigencia del EGP, los sandinistas y los cubanos. Lo cierto es que son sometidas a vejámenes muy grandes. Algunos de sus compañeros dicen que cuando regresaban de los interrogatorios regresaban muy alteradas, lloraban demasiado o se sumían en un silencio absoluto, se les veía el sufrimiento tan grande. Para mí es una ironía de la vida que los dirigentes del EGP no fueron capaces de tomar en cuenta su condición de mujeres, su juventud, su entrega y su lealtad al movimiento. Por lo que ellas creyeron que era todo, por lo que dieron su vida, porque bajo crueles torturas nunca hablaron, nunca entregaron a ninguno de sus compañeros, todo lo que sufrieron en el ejército y sin embargo...

La misma señora que estaba de responsable de la Escuela de Formación de Cuadros de Casares, en Managua, recomienda que las maten. Salen un día de la escuela de Casares con engaños, no obstante, como vuelvo a repetir, se opusieron los dos comandantes que antes mencioné. A ellas las sacan de la escuela, una amiga cercana de la responsable de la escuela, van con su valijita, con su ropa, muy confiadas de que van a ser internadas en un hospital de Cuba. Después, la mujer les



dice a los demás compañeros de que a ella la dejó el avión y que las únicas que se fueron a Cuba fueron Aidita Marilú y Gisela, es mentira, se las entregan a uno de los maridos de esa señora responsable de la Escuela de Cuadros Nuevos, el papá de su hijo, el señor este murió en Brasil el año pasado. Las mataron en una base militar sandinista, en la carretera de León. A partir de esa fecha ellos no quieren decir nada, todo lo ocultan, pero dos años después, esa amiga de la responsable que supuestamente iría con las niñas a Cuba, se encuentra en México con la mamá de Gisela, Tonita, y le cuenta todo. También uno de los comandantes que se opuso a la ejecución contó todo, absolutamente todo, y pidió perdón por omisión. Él entregó esta confesión a Frank Larue.

Tonita, Martita y yo sabemos que la confesión existe, no se por qué no la han entregado al proceso, este ha sido nuestro peregrinar. Estuvimos mucho tiempo auxiliados por Frank, pero la verdad es que él tenía las manos atadas, casi no podía hacer nada. Entonces Enrique Corral Alonso tuvo varias entrevistas con nosotros. Siempre se nos dijo que diéramos tiempo, para decir dónde estaban los restos. Los restos están mapeados en Nicaragua, ellos saben dónde están. Se hizo un viaje a Nicaragua, pero en lugar de averiguar, se fue a pedir que no se moviera el asunto, eran tiempos de elecciones.

En la última entrevista no se nos dio nada. Siempre han causado risa nuestros sentimientos, nuestro dolor, se nos pedía plazos, que los esperaríamos. Nunca se accedió a darnos los lugares. Ellos han puesto sus condiciones, no hablar con la prensa ni divulgar nada, todo lo hemos aceptado con tal de recuperar los restos de nuestros hijos.

Queremos eso y más que todo hacer conciencia de que ellas dieron su vida por lo que para ellas fue su verdad, su ideal. Que nunca, pero nunca, ni en un sólo momento fallaron a ese ideal. Ha sido muy duro para mi porque perder un hijo es como perder una parte de si mismo, jamás la vida vuelve a ser igual. Y están mis otros dos hijos, son médicos, también a ellos les hizo mucho daño el que mataran a su hermana, sobre todo ella que era una persona tan buena, tan humana, les dolió muchísimo porque si el ejército la hubiera matado, bueno, era lo lógico, se suponía que ella estaba en un bando contrario, pero que hayan sido los propios amigos, las personas en quien ella creyó. Ella no pasó privaciones, no tenía por que haber estado involucrada, pero ella tenía mucha conciencia de los que sufrían, las gentes de escasos recursos, pensando que le hacía un bien a su patria, a sus amigos, a sus compañeros y a la gente que más lo necesita. Ese fue todo el error de mi hija, ser muy buena ser de verdad como dice el señor: entregar la vida por los demás. Así fue ella y esto ha repercutido mucho en mi salud y me ha hecho llegar a la conclusión de que la vida en sí todo el tiempo es una lucha, una lucha total y que ella nos señala en camino, nosotros nunca vamos a ser tan perfectos como mi hija, no, nunca, pero queremos imitar su valor y su amor para sus semejantes.

Ahora, después de tantos años, en la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, Mario Domingo y Nery Rodenas nos han ayudado mucho y por medio de ellos se nos permitió que

presentáramos la primera denuncia ante el Ministerio Público. No hemos tenido ninguna resolución. Se nos habían cerrado las puertas y aquí nos las abrieron y nos siguen ayudando.

Pues esto es el relato de la vida de mi hija y lo que ha marcado nuestra vida, quisiera tener tal vez más tiempo y más oportunidades para hacer obras, para ayudar un poco más a la gente que lo necesita y también un mensaje para aquellas pobres mujeres que tuvieron la desgracia de tener a sus hijos como nosotros, es cierto que ya no las podemos recobrar físicamente, pero por lo menos denunciar lo que motivó su muerte, la violencia que se ensañó especialmente en la mujer y que tengan la valentía de hacerlo porque es necesario que se conozca para que como dijo monseñor Gerardi Nunca Más se vuelva a repetir Yo le hice un poema a mi Aidita Marilú y a Beatriz y quisiera dice :

“A Aidita Marilú y Beatriz las asesinaron cobardemente “los valientes” dirigentes del Ejército Guerrillero de los Pobres no nos quieren indicar el lugar donde enterraron sus cuerpos, pero desde ese día todo el territorio de Guatemala y de Nicaragua donde las enterraron es el sepulcro de ustedes niñas mártires esto quiere decir que en cada palmo del territorio en que no están sus sagrados cuerpos ustedes ya han resucitado por obra del Señor los cobardes asesinos de la dirección nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres creyeron que las mataban con una orden de fuego creyeron que si las enterraban en un lugar muy lejano nunca las encontraríamos, pero lo que realmente hicieron fue enterrar una semilla, la semilla de la libertad y de la justicia”.



**“Son cosas que dan la fuerza para seguir adelante,  
vencer, hacer justicia y salir...”**

**AURA ELENA FARFÁN**



**M**i nombre es Aura Elena Farfán, soy originaria de Oriente, específicamente de Jutiapa, tengo cinco hermanos, de estos, sólo tenemos dos. En el 68 murió mi hermano pequeño en una discusión, que hasta la fecha no sabemos bien las causas de lo sucedido. Otro hermano desafortunadamente tuvo un tumor en la cabeza, a pesar que lo operaron cuatro veces, falleció. Yo Soy enfermera con especialidad en sala de operaciones, he trabajado 37 años en un hospital privado, donde aprendimos a sentir el valor de la vida. Además porque nos ha tocado vivir en un tiempo difícil, de mucha represión.

Mi hermano Amílcar trabajó en la editorial de la Universidad de San Carlos, también era miembro del sindicato de la U., con ideales progresistas de buscar el bien común. En la familia le apoyábamos. Así, a veces a algunos de sus compañeros no les alcanzaba el salario para comprar los útiles a sus hijos, entonces él organizaba colectas dentro de la familia para comprar cuadernos, libros, a veces zapatos.

El 8 de marzo de 1984, a las seis de la tarde, llegó un grupo de maestros del Instituto Primero de Julio a preguntarme ¿qué le había pasado a mi primo hermano Marco Antonio Santizo? *Nosotros no sabíamos nada. Nos dirigimos a la casa de su hermana y ella ya está enterada de que la casa de él, a medio día, había sido allanada, en el lugar, su compañera de hogar Luz Aidé Méndez de Santizo, es torturada y secuestrada enfrente de sus dos niños, uno de nueve y el otro de once años, allí empezamos nosotros a luchar, interponiendo recursos de exhibición personal, visitando las policías y las morgues. Sin embargo resultó infructuoso, hasta la fecha no sabemos qué fue de ella, lo único que sé es que en unas sinagogas, según el doctor Meyer (ex rector de la USAC) en entrevista que tuve con él, en una de las paredes decía: "Luz Aidé estuvo aquí"*.

Meyer nunca nos dio una explicación mayor. Hemos luchado para saber el paradero no sólo de Aidé como mujer, sino de todas las mujeres que no están en Guatemala. Hasta por quienes no nacieron, porque en las exhumaciones nos pudimos dar cuenta de que fueron masacradas muchas mujeres embarazadas Así entonces es como empieza nuestro calvario. Mi familiar (Marco Antonio Santizo) tiene que salir al exilio, conjuntamente con otros de mis hermanos, tengo cinco familiares en el exilio desde 1984, que se vieron en la necesidad de salir dado las amenazas e intimidaciones y bueno, lo único que les quedaba era poner tierra de por medio.

Creo que como personas tenemos un hermano que es más allegado. Con él (Amílcar) pues teníamos mucha afinidad tal vez por el trabajo que ellos realizaban y que era muy humano; siempre andar viendo el bien común de las personas, apoyar a quienes no los conocen y era allí donde yo le apoya, porque tuvimos una abuelita que sí nos enseñó mucho de dar lo poquito que tenemos. Ese ejemplo pues nosotros lo recibimos y nos pudimos desenvolver. Así habían veces que Rubén Amílcar pedía el apoyo para ir a hacer ciertos mandados de los cuales yo con mucho gusto los hacía y bueno, era el tratar de ayudarlo a él.

El 15 de mayo Rubén Amílcar, mi hermano, salió al trabajo, pero a las seis de la tarde, un grupo de compañeros de trabajo y estudios —él era estudiante de la facultad de Humanidades,

cursaba el último semestre de pedagogía— nos dicen que varios hombres armados lo habían capturado en uno de los campos de la Universidad. Lo habían golpeado, aunque él no puso resistencia y lo metieron a uno de los carros, en una panel blanca. Desde esa fecha, me he constituido en una piedrita en el zapato, buscándolo en las morgues, en la policía, incluso en los lugares más cercanos de aquí de la capital, aquí antes estaba el departamento del Dit que era el departamento de Investigaciones Técnicas, sabíamos que más que todo había gente del Dit y de la G2 y que ahí llevaban a los que capturaban. Sin embargo, a través de 18 años de búsqueda, todo ha sido infructuoso.

Son años los que llevamos de estarlo buscando y por supuesto no sólo a él, porque vecinos también fueron capturados de la colonia 1ro. de julio. Así podría ir enumerando tantas personas que de alguna manera no están con nosotros, que fueron arrancados de nuestros hogares por la desaparición forzada y asesinatos.

Esto cambió totalmente mi vida, dio un giro de 180 grados. Yo era una mujer pasiva, no exigente, muy condolente con las personas. La situación me provocaba mucho coraje, más cuando solicitaba audiencias con Mejía Victores y nos decía: —Bueno, sus familiares son raros, son trabajadores o son estudiantes, por qué se los habrían de llevar, nosotros a los que capturamos es a la gente mala, guerrillera, comunista —.

En la última reunión que tuve, lloré, supliqué porque me diera información sobre Amílcar. Sin embargo, no fue posible, a él nada le conmovía, al contrario, era prepotente y digo esto porque teníamos la oportunidad de redimimos, ya que andábamos en la búsqueda de nuestros seres queridos y fue así como en este ir y venir de la morgue, de la universidad, los hospitales, de la policía, conocí a Fernando García, a Catalina, a Raquelita. Hablamos con monseñor Próspero Penados para ver qué podía hacer por nosotros la Iglesia. La represión era terrible, gente ametrallada en las paradas de los buses, desapariciones entre amigos, pero monseñor Penados, a pesar de ser una persona tan humana, no ofrecía ninguna certeza.

—Vamos a ver qué hacemos —nos decía. Nosotros comprendíamos la situación, sin embargo, logramos que él nos diera un pedacito en el salón, para reuniones con familiares. Así inició la revolución de los desaparecidos. Empezamos a reunimos y hacer el trabajo para llamar a más familiares que estaban sufriendo la misma desaparición forzada.

Nos reuníamos con Monseñor casi cada ocho días, hasta que nos dijo que buscáramos otro lugar donde pudiéramos reunirnos, porque él tenía mucho temor que pasara alguna tragedia. En el 83 ya habían venido dos extranjeros, no me recuerdo de los nombres y ellos prestaban su sede para que empezáramos hacer el trabajo. Ahí fue donde se llamó a la mayoría de personas de diferentes comunidades. Vinieron a dar sus testimonios de lo que sucedía en las diferentes comunidades, específicamente del Quiché, Chimaltenango, San Martín Jilotepeque, Petén. Trabajaba ocho horas diarias, pero después del trabajo hice otra búsqueda de desaparecidos. Dos



años estuve trabajando sólo de noche para tener unos días libres y poder movilizarme, estaba muy mal física y mentalmente, porque cada vez que se escuchaba los testimonios resultaba muy doloroso, el saber de los allanamientos, de las desapariciones forzadas...

Trabajamos siete años, pero en el 91 fui víctima de una agresión. Ese día, 18 de febrero del 91, había una reunión de paz y teníamos que ir. Me entró un poquito la tarde y llegué como a las 10:30, al llegar al lugar vi un carro color gris afuera, con una persona, pero no me percaté de lo que quería hacerme. Quitando yo el clavo de la puerta... cuando yo sentí que me pusieron un trapo en la nariz, en la boca y en la nariz. Y empecé yo a forcejear pero el olor a... Hasta la fecha no recuerdo, no me explico qué era. Me metieron al carro y cuando vine a despertar era porque yo estaba toda mojada, me habían violado y mi bolsa toda registrada. No me robaron nada y estaba en un lugar que tampoco sé. Pienso que por la Universidad.

Estuve muy mal alrededor de dos meses, sin llegar a trabajar, me sentía mal, moralmente deshecha. Sin embargo, saqué todo el coraje para vencer lo que sentía, el miedo. Como mujer me sentía sucia, avergonzada, porque bueno, uno de pueblo, son otras enseñanzas y bueno el pudor... Pero me alienta a seguir cuando veo las injusticias, el dolor de todo un pueblo, eso es lo que me alienta y lo que me da valor para seguir adelante.

Nosotros lo único que tenemos es la verdad de lo que pasó. Ellos tienen el poder y la forma cómo intimidar, aún así, tenemos que seguir adelante. Duele ver a los niños y niñas, muriéndose de hambre y que quienes tienen que ver por la salud, por la alimentación, no hacen nada, al contrario, disfrutaban sus dólares y los guatemaltecos muriéndose de hambre, eso es lo que más duele.

En estos 18 años ha sido una lucha muy peligrosa porque tuvimos la oportunidad de formarnos como familiares de desaparecidos en el 91. Estamos cuatro mujeres para platicar, reunimos, informarnos y es ahí donde damos nuestro granito de arena en las diferentes comunidades donde tanta gente fue masacrada.

Hemos realizado 32 exhumaciones, donde hemos encontrado a más de mil personas, entre mujeres y niños de diferentes edades, por supuesto, que todo este trabajo ha sido acompañado por la represión. En las exhumaciones ha llegado el ejército a través de especialistas o comisionados militares. Nos controlan, nos juzgan y nos intimidan. Ese fue el caso de las exhumaciones de Dos Erres. Una noche creímos, los antropólogos y el personal que algo malo nos iba a pasar. Empezaron a disparar, primero una cuadra y luego otras, al aire. Después de esa noche, sonó la ametralladora, nos tiraron piedras, y entonces lo que hicimos nosotros fue juntarnos y esperar, gracias a Dios que no pasó nada.

Caminamos con el ejército también, a la par de ellos. En una oportunidad que se dirigió el ejército a la par de nosotros caminando, se metieron al pozo a mover las osamentas, se robaron instrumentos que servían a los antropólogos como cucharas, azadones, palas, un lazo que, como eran pozos, no se cuantos dólares les costaba. La verdad era bastante fuerte la represión.

En las Dos Erres se encontraron más de 163 esqueletos de adultos, mujeres y niños. Nosotros teníamos nuestra propia forma de identificación, sin embargo, el Ministerio Público tenía mucho trabajo, decía que tenía 2000 casos por resolver. Se nombró a un fiscal especial, pero habían cambios y cambios, hasta que el Licenciado Melgar le echó ganas. En el proceso se logró escuchar a 12 militares de varios rangos, ahí se escuchó a Ríos Montt, a Mejía Víctores, a Carlos Carias.

En el 2000 allanaron nuestra sede cuatro hombres fuertemente armados, que para mí no parecían delincuencia común, el aspecto que tienen estos hombres que hacen ejercicio y su vocabulario no es de delincuencia común. Buscaban información sobre Dos Erres. En el allanamiento nos tiran al suelo, dicen que nos van a matar. A las mujeres nos meten al baño, a los hombres hacen que se desnuden. Nos dijeron luego que habían agarrado a unos sospechosos en Mazatenango, fuimos, pero no creemos que hallan sido ellos.

Bueno, se sigue trabajando y sigue la intimidación, hay hombres en un carro que tienen tomadas las placas de los carros, llamadas telefónicas con palabras obscenas, sin embargo, nos dejan respirar, es importante verdad que nos dejen respirar para que salgamos adelante trabajando. El caso de las Dos Erres es importante.

En abril se logra que se forme una comisión no gubernamental de COPREDEH, para negociar el caso de las Dos Erres, ellos se comprometen a cinco puntos muy específicos, la investigación, el castigo a los responsables, el resarcimiento de las víctimas sobrevivientes, la ayuda psicológica y un documental que se hizo. Todo el trabajo está organizado ente COPREDEH y FAMDEGUA.

Nosotros, más que nunca, exigimos que las personas señaladas sean castigadas, porque hay pruebas, documentos que demuestran lo que ellos hicieron. El caso está paralizado por 26 amparos interpuestos por los militares. Hay orden de captura para ellos, pero la PNC nunca lo ha ejecutado, sino por el contrario, ha dado oportunidad para que ellos se defiendan, aunque claro que tienen todo el derecho.

El año pasado, en mayo, saliendo a una diligencia con chofer de FAMDEGUA, llegan dos hombres con armas, golpean los vidrios, nos obligan a quitarnos el seguro del carro, nos llevan por la fuerza, dando vueltas por el camino de Amatitlán; me ponían el arma en la cabeza, preguntándome cuál era mi trabajo, qué era lo que hacía. Se llevaron el carro que nunca apareció, no sabemos nada de él.

Bueno, lo importante es que podamos contar esto. Son cosas que dan la fuerza para seguir adelante, vencer como dije anteriormente todos los obstáculos para poder salir adelante, ver algún día que los guatemaltecos podamos vivir en verdadera democracia, en paz, con dignidad donde no haya hambre, donde los niños sean respetados como tales, que otra cosa.





**Su espíritu inquebrantable siempre  
la hacía dar otro paso más**

**HERMANA BARBARA FORD**



Nace el 26 de julio de 1938, en un lugar llamado Mount Kisco; creció en un barrio que de Bronx, en el estado de Nueva York, siendo la segunda de 3 hijos. En 1956 hace sus votos como Hermana de la Caridad de Nueva York, vocación que llevó con dignidad durante 45 años.

Se gradúa en la Escuela Primaria de Nuestra Señora del Refugio, y entró con las hermanas de la Caridad, después de graduarse de la Secundaria de San Bernabé. Haciendo sus primeros votos en 1959 y sus votos perpetuos en 1964. Durante un tiempo de su vida religiosa, se le conoció como Hna. Juana Regina.

Ella terminó estudios de historia en la Universidad del Monte San Vicente, y también estudio la carrera de Enfermería especializada en Ginecobstetricia, en la Escuela de Santa Clara de Maniatan, en Nueva York. Fue maestra en la Escuela de San Agustín, en el barrio sur del Bronx, en la Escuela de San Pablo en Manhattan, y en la Escuela de San Benito en la ciudad de Nassau en la isla de Las Bahamas.

Hermana Barbara deja atrás a su mamá, Dorothy Ford, y su hermano John, ambos de una ciudad llamada Tarrytown, y a su hermana Dorothea Ford, de Tucker, en el estado de Georgia en Estados Unidos.

Viene a Guatemala en abril de 1978, donde sirvió como misionera junto a un equipo médico, que incluyó a otras Hermanas de la Caridad. Ellas trabajaron con los pobres, ayudándoles a recuperarse de una serie de devastadores terremotos que mataron a 400,000 personas. Luego comenzó un trabajo específico en salud, en la Diócesis de Sololá; concretamente en las regiones de Novillero, Nahualá y Santa Catarina Ixtahuacán, siendo allí precursora del Programa de Salud Comunitaria, a través del cual formó promotores de salud y prestó atención durante 10 años, en la clínica que instauró junto a otras religiosas de la región. Regresando a Nueva York para servir como instructora para enfermeras clínicas, durante tres años, en el Hospital Lincoln, en el barrio del Bronx del Sur de Nueva York.

En 1989, se traslada a la Diócesis de Quiché, con el objeto de ayudar a formar y consolidar la comisión diocesana de salud, trasladando su residencia al cantón Chupol del municipio de Chichicastenango, lugar donde inició su largo caminar por esta diócesis, y donde fortaleció también su deseo de gastar la vida por los demás.

Con la ayuda de otros agentes de pastoral consolidada, a partir de 1990, la puesta en marcha de los Programas de Formación de Salud, agua potable y letrinización; y el de Salud Mental, de la subcomisión de salud de Cáritas Pastoral Social de Quiché. Con éstos pretendió, siempre, transformar los resabios de enfermedad, dolor y muerte dejados después de 36 años de guerra, así como buscar consensos que ayudaran a sanar las heridas del alma, generadas por el conflicto armado interno.

Pero su deseo de ayudar y su espíritu inquebrantable siempre la hacían dar otro paso más, entre algunas de las actividades que realizó, se pueden señalar las siguientes:

- Creó y participó activamente en la coordinación de cursos de salud a través de los que se ayudó a miles de personas pobres y necesitados.
- Colaboró con el programa de ayuda a las víctimas de la violencia, formando equipos que sirvieran especialmente en el área Ixil.
- Fue cofundadora del consorcio de salud mental en Quiché.
- Coordinó la Pastoral de Salud en Quiché durante 7 años.
- Fue miembro de la Comisión Diocesana de Pastoral Social.
- Fue miembro del Consejo Diocesano de Pastoral.
- Colaboró en la elaboración del curso de Salud Mental Comunitaria en coordinación con la Universidad Rafael Landívar.
- Fue cofundadora de la Asociación de Servicios Comunitarios de Salud (ASECSA)
- Fundó la Asociación Utz K' aslemal de Salud Mental Comunitaria en 1999.
- Fue coautora de dos ediciones de la Guía de Salud Mental 1995 y 2000.
- Escribió la Guía para la Salud Mental de los niños en 1997.
- Fue coautora del curriculum para la fase de capacitación, de los educadores de Salud Mental.

En pleno día, en una calle muy transitada en la Ciudad de Guatemala, el 5 de mayo del 2001, mientras viajaba desde su misión, a 150 km de distancia, comprando un calentador para agua, la Hermana Barbara Ford, de 62 años fue asesinada a tiros, en un aparente robo de carro.

De acuerdo a la Policía de la ciudad, el cuerpo de la Hermana Barbara, fue encontrado en la calle, donde le dispararon en la cabeza, durante el intento de robarle su vehículo, su pick up Toyota, de doble cabina, el cual (según las autoridades) se quedó detenido, encontrándose a pocas cuadras de distancia, abandonado con el motor en marcha. Los detalles del tiroteo, son escasos, pero los testigos dicen que a la monja le dispararon dos hombres bien vestidos, no mayores de 25 años.

Cientos de dolientes llenaron las Catedrales en Guatemala y en los Estados Unidos, para decir adiós a Hermana Barbara. Hubo tres liturgias fúnebres, así como dos noches de velación en Guatemala y en Quiché, que se hicieron para honrar su vida y servicio.

Después de su muerte el 5 de mayo del 2001 y que las autoridades de la capital entregaran su cuerpo, miembros de la Iglesia la transportaron de vuelta a Santa Cruz Quiché, donde la Diócesis la veló en las instalaciones de Caritas - Pastoral Social. Monseñor Julio Cabrera Ovalle, Obispo de Quiché, presidió una Misa en la Catedral de Santa Cruz del Quiché, el domingo 6 de mayo.

El lunes 7 de mayo, cientos de personas indígenas de Quiché, acompañaron a Hermana Barbara mientras se transportaba de vuelta a la Capital de Guatemala, allí Monseñor Julio celebró otra Misa, en la Catedral Metropolitana, que estaba llena de cientos de guatemaltecos. Trasladándose luego el cuerpo a la Casa San Benito donde fue velado.



El martes 8 de mayo fue entregado nuevamente a las autoridades para que fuera transportado a los Estados Unidos.

El jueves 10 de mayo en la Capilla de la Inmaculada Concepción en la Universidad de Monte San Vicente en Nueva York, se celebró otra Misa. Cientos de personas llegaron a la Misa, presidida por el Padre John C. Flynn, Párroco de la Iglesia de San Martín de Tours, del barrio del Bronx, donde nació Hermana Barbara.

Luego de la Misa Hermana Barbara fue enterrada en el Cementerio de San José, en el barrio de Yonkers, en Nueva York.

Mucha gente hoy en día dice: "Gracias a ella estamos vivos" ... vivos en nuestro cuerpo, en nuestra mente y en nuestro espíritu.



**Buscando cumplir con la promesa que le hice a mi  
Calín: ¡Encontrarlo!**

**MARTA LÓPEZ HERRERA**



Mi nombre es Marta López Herrera, nací en San Antonio Huista, en Huehuetenango, un 15 de mayo de 1940. Soy la primera de nueve hermanos, tuvimos una infancia feliz, porque mis padres no eran ricos, pero siempre fueron personas de mucho esfuerzo. No nos dieron un estudio académico alto, pero sí fuimos a la escuela, esto para que no nos quedáramos en el pueblo. Éramos felices, no recuerdo haber visto un pleito entre mi mamá y mi papá, él siempre fue muy callado y mi mamá un poco más rebelde. Pienso que nuestra rebeldía la heredamos de ella.

Mi mamá fue y es una persona revolucionara de nacimiento, su misma vida, su mismo sufrimiento en la niñez le cambió la vida. Nosotros siempre vimos en ella un ejemplo para ser personas de buenos sentimientos y compartir con los demás, lo poco que teníamos. Nuestra casa siempre fue albergue de mucha gente que venía de lejos, de las aldeas, en especial el día domingo, que era el día de plaza. La gente encontró en la casa, al menos, un vaso de agua o un poco de café.

El día domingo, a mediodía, no se podía entrar a la cocina porque estaba llena. Otra mi hermana se enojaba por eso, pero mi mamá decía:

– Ustedes nacieron en la gloria, esa gente madruga, viene con sus hijos en la espalda a vender lo poquito que tiene y ni siquiera ha comido. ¿Por qué no se les va a brindar donde calienten su comida? Ellos van a seguir el viaje de regreso, hasta sus aldeas.

Creo que eso nos hizo más sensibles con la gente y, pienso que en esa misma forma criamos a nuestros hijos. Por ello, los muchachos, cuando llegaron a cierta edad, ya que habían sacado una carrera (como mi hijo, él ya había sacado su perito contador), decidieron entrar a la lucha, que para nosotros era justa. Siempre pensamos que la revolución era un proceso muy hermoso, porque significaba cambios radicales contra tanta injusticia que se veía, contra tantas cosas tan disparejas. Que uno aprendiera a convivir con sus hermanos, compartiéndose lo poco o mucho que se tuviera.

Creo que si de algo somos culpables es de haber inculcado en nuestros hijos esa clase de sentimientos que venimos trayendo de años, y cuando se empezó a hablar del proyecto revolucionario, veíamos eso como una alternativa que iba a cambiar muchas cosas ¡claro uno no podía prever lo que iba a pasar! Fue así como nos fuimos involucrando, tanto mis hermanos como nosotros. En mi casa el que estaba al margen era mi papá, porque su familia era evangélica y esto lo obligaba a no ingresar, pero creo que mi papá quizá no entendía.

Nos había criado el papá más lindo del mundo ¡más bueno que uno puede imaginar! Nunca lo vi borracho, ni tener ningún vicio. Yo, en mi niñez, había sido traviesa pero nunca supe lo que fue un golpe de mi padre, o una mala palabra; y cuando las cosas llegaron a un punto en que ya nosotros grandes... ya metidos en la lucha, el que llevó la peor parte fue mi papá, porque el ejército llegó a mi pueblo y fue a la primera familia que del pueblo reprimió, y la primera que se va al exilio.

Una noche de 1980 llegó el ejército, buscaban a mi hermano, casi derribó las puertas, entró, sacó a mi papá y se lo llevaron, lo torturaron. Creo que esa vez fue cuando mi papá comprendió lo que en realidad era para nosotros el ejército. En ese momento, mi madre tuvo una actitud muy

madura, porque ella no se opuso a que se lo llevaran, para tratar de rescatar con vida a mis sobrinos, que eran un montón de nietos que tenían ellos, quienes estaban totalmente asustados, con un trauma tremendo, y que creo fue lo que hizo que los muchachos tomaran la decisión de luchar, porque ellos no entendían por qué sacaban a mi papá a golpes.

No lo dejaron que se pusiera ni la ropa y aunque todos ellos lloraban pidiendo que no lo golpearan, mi mamá permitió que se lo llevaran. Incluso mamá le pegó a una mi hermana, quien le pegaba a los guardias para que no se lo llevaran. Pero mi madre dijo:

—Nosotros estamos bien, si lo matan a él o incluso a mí, no importa, pero hay que salvar a los niños.

Esa misma noche mi mamá arregló la salida de toda la familia con lo poquito que tuvieran a mano, no estaban mis hermanos sólo mis cuñadas, así fue como ellos se fueron al exilio.

En el pueblo siempre han querido a mi papá, y gracias a los mismos que lo fueron a sacar esa misma noche, les dijeron a los del ejército que si lo mataban, podía haber problemas en el pueblo, por eso fue que lo soltaron y ya fue sólo para llevarlo con ellos al exilio. Se fueron con una mano adelante y la otra atrás, pero salvando la vida.

Yo, para entonces, estaba en Guatemala y el suceso me hizo ver como salvaba a mis hijos. Nos fuimos para Nicaragua, no así mis hijos grandes, que estudiaban en la Universidad y estaban involucrados. Mi esposo trabajaba en la TGW, sacó por 17 años el programa Chapinlandia, pero al ver que yo tenía que huir, él también se fue.

Para ese tiempo él no tenía ningún problema político, pero sólo el hecho de acompañarnos fue suficiente. Creo que por ahí empezó el calvario de nosotros, porque ya estando en Nicaragua, en el año de 1982, en febrero él salió de Nicaragua para Guatemala, no soportaba estar lejos de los viejitos (sus padres), porque era hijo único. Estuvo unos pocos días, después, un 11 de marzo, él salió para México en compañía de mi hermana, pero al cruzar la frontera, no quiso pasar, le dio pena, no sé que movimiento vio, tuvo miedo y regresó, pero nunca más volvió a la capital. Lo agarraron y su cadáver apareció el 14 de marzo, tres días después en un hotel en Quetzaltenango, terriblemente torturado.

Fue así como yo quedo sola con mis hijos en Nicaragua y ni siquiera podía saber qué había pasado, hasta que me informo mi hermana. Así es como continua nuestro calvario, porque para ese entonces también había desaparecido mi sobrina

Estando en Nicaragua, me involucre bastante en el trabajo de solidaridad, trabajaba para entonces para la lucha salvadoreña, que me brinda su colaboración al estar yo en el exilio. Trabajé en el área de ayuda social, con los lisiados de guerra, durante bastantes años. Fue uno de los trabajos que me ayudaron a sobrevivir el día que supe que mi hijo se había marchado, para entonces no sabía lo qué le había pasado, pero sí sabía que había desaparecido. Fueron épocas muy difíciles, pero conté con el apoyo de muchísimos compañeros, amigos que me ayudaron a sobrevivir en Nicaragua.



Estando enferma y con mis hijos pequeños, sin mi compañero, pensé en que tenía que prepararlos para que se pudieran defender por si yo faltara. Empecé, entonces, a tocar puertas, y fue así como encontré, en Nicaragua, el apoyo del gobierno y pueblo cubano que becó a mis hijos y me curo a mí, me permitió ir a cuba a que me operaran, me hicieron un tratamiento y me quede trabajando, siempre con los lisiados. Creo que ese trabajo me ayudaba mucho a sobrevivir el calvario de no saber de mi hijo. Todos los días pensaba si estaría en una cárcel, si con la tortura se había vuelto loco. Yo pensaba que la forma en que yo ayudaba a los jóvenes lisiados de la guerra en el Salvador, también habría alguien que le tendería la mano a mi hijo.

Creo que no hubo un día que no le pidiera a Dios que nunca más hubiera una guerra, porque a mí me tocó que vivir las secuelas de la misma. Tratar con jóvenes de 15, 16 y 17 años, que se habían quedado ciegos por una bomba, sin sus miembros (sus brazos, piernas) con tiros en la columna, era muy doloroso. Yo pensaba que esa guerra terminara, y que nunca jamás existiera otra. Siempre pensé que mi trabajo, después, sería por la paz, porque no existiera la guerra, para que los jóvenes no vivieran las guerras crueles, inhumanas.

Cuando terminó la guerra en El Salvador, regresé con mis hijos (el retorno a mi tierra empezaba de cero) con la esperanza de saber de alguna manera, qué había pasado con mi hijo. Pero, para entonces, sabíamos que mi sobrina la habían fusilado, fue un golpe muy duro, mi sobrina fue mi hija.

El saber lo que le había pasado a mi sobrina, además que, ellos (los asesinos de mi hijo) fueron más que malos, no sabía, para entonces, lo que le habían hecho a mi hijo, yo le seguía buscando como desaparecido. ¡Estuve a punto de enloquecer! ¡Fue la peor época de mi vida! ¡No podía soportar lo sucedido!

Vi a mi hijo ¡tan entusiasmado! Llegaba a las 11 ó 12 de la noche, y se ponía a hacer los panfletos del Ejército Guerrillero de los Pobres -EGP-, en esa época no tenían dinero, por lo que ellos mismos los hacían. Mi hijo dibujaba el rostro del Ché con una estrella, tardaba dos minutos por hoja; lo miraba tan afanado, sin comer, sin café ¡sin nada!

¡Ay mijo!, si las cosas no resultaran como uno piensa, si las cosas fueran diferentes de lo que uno piensa -le decía.

¡Ay mamá! cómo puede pensar usted esto. No mamá ¡usted verá! cuando triunfe la revolución no habrá más niños sin escuela, no habrá más niños de edad escolar buscando trabajo, para poderse ganarse la vida. Los adultos tendrán lugares distintos a donde ir, donde ellos sí merezcan estar.

Guatemala va a cambiar, porque van a cambiar las estructuras. Va a ser algo diferente ¡muy diferente! a estas injusticias que usted ve.

Mire mamá, usted no se preocupe si yo caigo en esto, esta es la muerte que yo escogí, no es porque usted me haya dicho que entrara, que me metiera. No mamá ¡Nunca se sienta culpable! Nosotros nos metimos, es nuestra muerte, la que hemos buscado.



¡Esta es nuestra vida! Mamá usted podrá llorarnos en toda América, si usted quiere, nadie le puede evitar que lllore, pero usted mamá verá como todo va a cambiar - Me respondía él.

Me fui a acostar pero me quede pensando:

¿Qué he hecho yo para que mis muchachos piensen así? Si los agarraban los van a acabar a pura tortura.

Igual cuando llegaba Guisela, junto a Paty y Calin, procuraba tener panes, ya que siempre llegaban muertos de hambre; era momento de hacer sandwiches para los que se quedaban en la universidad. Yo mantenía bastante pan y frijol. Siempre estaba preocupada, en ocasiones le daba para un taxi, porque ¡capaz que por no pagar los fueran a agarrar!

Esta fue una época muy difícil que pasamos, disimulábamos ante el vecindario, poníamos música y, por otro lado, oyendo noticias. Un día que llegó mi hijo y se paró en la puerta, iba blanco como la pared, no necesitó decirme nada, sólo se paró y se atrancó en la pared.

-¡Agarraron a Beatriz!- Dijo y se puso a llorar. -¡Yo lo vi y no pude hacer nada!

-¿Ya lo sabe la Tonita? Le pregunté.

Le pregunté si también Paty. Y él me dijo

-No, sólo a Beatriz.

Beatriz tenía 16 años, pero en aquel momento yo sólo le pregunté por Paty.

Fue otro mal momento de mi vida, ya que en aquel momento agarraban a cualquier estudiante sólo por ser estudiante de la San Carlos, al rato llegó mi hermana. ¡No sé cuantas cosas movimos ese día! ya que todavía teníamos bastantes conectes y gente que nos podía apoyar; compañeros de estudio de mi esposo y así fue como ese día salimos en su búsqueda por todos lados, en hospitales, cárceles, etc.

Vale la pena que haga mención de una persona que, siendo del ejército, le debo la vida y la de Guisela, el mayor Carlos Bandefar, de origen mexicano, quien años atrás (cuando yo era muy joven) se había enamorado de mí, pero no lo acepté por mi rechazo al ejército; pero yo sí sabía que clase de gente era él. El mayor se formó en el ejército de Árbenz, era correcto, aplicaba la justicia; mi hermana ya le había ido a hablar y gracias a Dios y a él, se pudo recuperar a mi sobrina.

Ella no habló, ninguna persona fue detenida por su culpa, nosotros hubiéramos terminado si mi sobrina hubiera hablado.

Todo esto es ¡De verdad! difícil, todo lo que nos ha tocado pasar. Pero cuando supe lo de mi esposo ¡el saber que el ejército lo había dejado hecho pedazos! me dio mucho miedo. Me quedaba sola con mis hijos.

Eso fue suficiente como para saber que eso le esperaba a mi hijo. Pero lo que nosotros nunca esperamos, el dolor más grande nos lo iba a dar la misma organización a la que, con tanto cariño mi familia (mi hijo, mi sobrina, mis hijos) había pertenecido: el EGP, su dirigencia, no el pueblo. Eso nos dolía porque, de alguna manera, nos habíamos entregado (desde mi madre) a apoyar a la revolución, porque creíamos en un proyecto que iba a ser bueno para Guatemala.



Los dirigentes eran ajenos al pensamiento de los muchachos y de nosotros, ellos tenían otros: el poder económico y el político. Lo comprendemos ahora, 17 años después, ante la presión que nosotros empezamos a hacer después de la firma de la paz, puesto que si lo hubiéramos hecho antes, no hubiera sido posible... ya que posiblemente hubiéramos sido acusados que, nosotros éramos quienes no dejábamos que se diera la firma de la paz, al hacer estas denuncias.

Fue después de la firma de la paz, que mi hermana y yo decidimos hacer pública la desaparición de mi hijo y el asesinato de mi sobrina. Empezamos por hacerlo así, a presionar al EGP, a sus dirigentes, hasta obligarlos a responder:

¿Qué había pasado con los muchachos?

Aunque lo de mi sobrina ya lo habían aceptado, pero lo de mi hijo ¡rotundamente se negaban a aceptarlo!

Un 29 de septiembre de 1997 me confirman la desaparición y muerte, que ellos habían dado. Aunque, no tenían motivos más que el que mi hijo (al haberle dicho lo que le habían hecho a su hermanita, como él decía) los amenazó con que:

Sólo muerto dejaría impune lo que le habían hecho a Beatriz.

Ante esta amenaza, ellos deciden asesinarlo.

¡Jamás me imaginé que me esperaba semejante dolor! No había forma de pensar que yo misma había ido a dejar a mi hijo cuando, con engaños, ellos lo mandaron a Nicaragua, para — arreglar mal entendidos. Decían, sin imaginarme cómo él iba a responder a la injusticia que habían cometido.

Él conocía perfectamente a Beatriz ¡No podría creer nada de lo que le dijeran! justificando su muerte.

Pero, todavía, creo que la mayor injusticia que han cometido es: no darme los restos, que es lo único que me queda.

¡Que nos den los restos de nuestros hijos! Ellos tenían obligación de hacer el reconocimiento, que fue publicado en campo pagado, en los principales periódicos de este país, reconociendo la injusticia que habían cometido y poniéndolos como lo que eran: revolucionarios que habían muerto por sus ideales. Esa era una obligación de ellos, pero lo menos que podían y pueden hacer por nosotras es entregarnos a nuestros hijos.

Nadie se imagina ¡Cuánto los hemos presionado! que se han visto obligados a engañarnos nuevamente, a pedirnos que volvamos a las pláticas. A ofrecernos que sí nos los van a entregar. A ponernos condiciones, a negarse a decir donde están enterrados, a pesar que siguen vivos quienes lo hicieron (el ajusticiamiento).

Yo quisiera que mi testimonio sirva, para la solidaridad de las madres por nosotras. Para que no vean como un capricho, este sufrimiento que hemos llevado; ya que es una promesa que le hice a mis muchachos: solamente muerta dejaré de buscarlos. Pero mientras viva, y por lo que ellos fueron, por sus mismos pensamientos ¡No es justo que nosotras los dejemos olvidados!

Nosotros sabemos que están en Nicaragua, porque ellos mismos lo dijeron, pero no podemos ir y levantar piedra por piedra porque es un país muy grande. Les hemos pedido que nos den el lugar y nosotros vamos a encontrarlos.

Hemos aceptado todo lo que ellos nos han pedido: no busquen la prensa, no hagan esto, no hagan lo otro ¡Todo!

Pero, hasta ahora y aquí, 20 años después, seguimos con este mismo sufrimiento

Yo me siento feliz, en veces, de ver que mis hijos no son un problema social, los crié, los eduqué. Ahora ellos tienen su vida y estoy segura que sabrán cómo educar a sus hijos, pero a mí me falta mi Calin, y cumplir con la promesa que le hice: de encontrarlo.

Pienso que para la gente, 20 años es mucho tiempo, y sí ¡Es mucho tiempo! pero a mí me parece que hace una semana, mis hijos aún estaban vivos. Porque yo no los dejo que se mueran ¡Ellos están conmigo siempre! Y todo lo que he podido hacer en mi vida, siempre lo he hecho pensando en ellos, en lo que les hubiera gustado que se hiciera. Por esto, muchas veces hemos aceptado las condiciones, para que los muchachos no sea usados para cosas que fueran contra de sus ideales.

Pienso que para la gente, 20 años es mucho tiempo, y si es mucho tiempo, pero para mí, parecen una semana, mis hijos aún estaban vivos. Porque no los dejo que se mueran, ellos están conmigo.



**Nosotras no hemos cerrado los ojos, esto sigue  
caminando**

**ANTONIA LÓPEZ HERRERA**



**M**i nombre es Antonia López Herrera, nací un 10 de abril del 44, en San Antonio Huista, Huehuetenango. Soy madre soltera, con tres hijos, dos de los cuales están vivos y a mi hija que, lamentablemente, me la arrebataron.

Estando ellos pequeños, emigré a la ciudad, en búsqueda de darles lo mínimo: ropa, comida, calzado. Gracias a mis padres tengo casa, también, por la solidaridad de familia, nunca nos faltó el apoyo.

En la ciudad trabajé con una hija de los que, en ese momento, se les llamaba revolucionarios, la hija del señor Beteta, pero realmente el trato que ahí nos daban era deshumanizante. Comíamos si sobraba comida, si no, había que arreglárselas como fuera. A esta señora, Sandy, por cierto no la aguantaba nadie. Yo le aguanté un mes; me rogó que me quedara, pero no lo hice. Luego tuve la suerte de trabajar en otra casa con Héctor Cabrera Guzmán. Ellos, en ese entonces, eran catalogados como los comunistas de Guatemala. Un hermano de don Héctor fue asesinado. Ellos nos trataban como las colaboradoras de la casa, nos ayudaban a criar a nuestros hijos, la esposa de él era una persona muy culta, de raza negra, de Haití, trabajada en la Alianza Francesa.

Don Héctor le llamaba la atención que levara el periódico, oír las noticias, entonces, nos dio un radio para que oyéramos las noticias. Platicaba conmigo, él era catedrático en la facultad de humanidades, en la Universidad de San Carlos.

—Antonia, usted no está hecha para que trabaje en casa, usted tiene que trabajar en las fábricas, conocer a la gente de su clase trabajadora, tiene que hacer algo por ellos —así me decía.

Ahí empecé a creer en lo que él decía. Con ellos trabajé como un año, y fue así como entré a la fabrica de chicles Adams, de capital norteamericano, ahí trabaje casi alrededor de siete años. Tenía el turno de seis de la mañana a las tres de la tarde.

Al principio, luchamos por aumentar un centavo por hora el salario. En eso estamos cuando se da una injusticia en la fabrica. Un compañero de edad ya no rendía como un joven, pero él tenía la experiencia. Había sido fundador de la fábrica, pero a ellos no les importó, lo acusaron de un robo, por supuesto que don Oscar era inocente.

A sabiendas que tenía una gran responsabilidad con mis hijos, mantenerlos y darles lo que necesitaban, aún así, empezamos un movimiento para que el compañero fuera sacado de la cárcel, empezamos parando la fábrica y lo que más le dolió al patrón fue el tiempo en que pararon las máquinas.

Ahí fue donde empecé a conocer la solidaridad de los trabajadores, había un compañero ingeniero, que no era como nosotros, que teníamos sólo hasta 6to. grado, y nos aconsejó que buscáramos algún sindicato que nos ayudara. Buscamos al sindicato de los electricistas, y junto a una maestra, nos venimos pero al entrar al EGT, se leía el anuncio de los sindicatos blancos, planteamos lo que nos estaba pasando y no nos convenció; otro compañero, que tenía más conocimiento, nos dijo que fuéramos a la Central Nacional de Trabajadores y así fue como me empecé a vincular con la CNT.

Siempre los patronos buscan el hilo más delgado de los trabajadores. Por ello, a una compañera le hacen un ofrecimiento de salario y de mantenerle su plaza, a condición que denunciara al resto de sus compañeros. También a mí me llaman a la gerencia y me hacen el ofrecimiento, me garantizaban un aumento de sueldo, garantizándome la plaza y gratificación de un cheque. Cuando oigo el ofrecimiento, el cheque que me ofrecen, recordé las palabras de don Héctor. Sentí un coraje terrible, porque ellos siempre pasan sobre las personas.

—Prefiero irme a la calle, pero que jamás dejaré de ser trabajadora, quédese con su cheque y con su plaza —les contesté.

Los compañeros no sabían de esto, cuando vieron que a la una de la tarde yo pasaba con mis cosas, empezó la bola que me habían despedido. En la noche, en el cuarto que rentaba, parecía procesión, todos los compañeros estaban ahí, incluso me llegaron a decir que ellos paraban la fábrica para que me reinstalaran, pero yo conocía el caso de la compañera y los alerté. Era importante que no se dejaran sorprender por ella y que la aislaran. Lo fundamental era continuar la lucha por formar el sindicato. A los 20 días me invitaron, en un salón de la zona 7 formarían el sindicato. Habían alrededor de 200 compañeros. Insistieron en mi reinstalación, no acepté, ya tenía otro trabajo, además, veía aún más injusticia en el nuevo lugar.

Pasé a otra empresa donde realmente, como se dice, sale uno de las llamas para caer a las brasas, porque ahí la injusticia con los trabajadores era más palpable. En los libros aparecían que se les pagaba salario mínimo y a los pobres compañeros no llegaban a eso. Se me ocurrió hacer un sindicato. Emplazamos a la empresa y resulta que la licenciada que lleva el oficio, es la hermana del licenciado que años atrás me había inducido a esto, cuando ella ve quién era yo, hace señas con la cabeza: aquí anda la que estaba con nosotros.

Emplazamos la empresa un 11 de marzo, dos días después de celebrarse el Año Internacional de la Mujer. Fueron dos meses de una represión terrible. Don Antonio formó un grupo de choque con los trabajadores, los mismos que nos pegaban, él mantenía una constante denuncia con los trabajadores, diciendo que nosotros queríamos robar su fábrica, queríamos hacer de Guatemala otra Cuba, que los dirigentes queríamos andar en carros último modelo, etcétera. No pudimos formar el sindicato, ya que éramos sólo 17 los que nos pusimos de acuerdo, y un nueve de mayo despiden a todos los trabajadores, de esto es testigo Miguel Ángel Alvizures, quien se fajó adentro y afuera de la fábrica, junto a otros grupos.

Mientras tanto, mi hija Guisela, de 12 años, estudiaba la primaria en San Antonio Huista y nosotros iniciamos una lucha constante denuncia por la radio y mi hija, según dicen mis hermanas y mi mamá que cuando oía de las amenazas que sufríamos, se inquietaba, aunque comprendía a cabalidad las razones de mi lucha.

Esa situación propició que ella tomara conciencia sobre la situación del país. Para estas fechas, yo no sabía de las organizaciones clandestinas, ya que sobre todo me movía en actividades



sindicales. El EGP había llegado a mi pueblo, contactan a mis hermanos, ellos se incorporan y al incorporarse de lleno, uno daba casa, comida y todo lo que tuviera. En la casa de mi pueblo hacían la pantalla para que pasara desapercibida, ya que en vivía el responsable de la zona, que se dedicaba a reclutar a nuevos miembros. Por ello, vio fácil reclutar a mi hija de 12 años y a mis sobrinos.

Le quedaban aún tres años de estudios de la secundaria a mi hija. El EGP la disciplinaba, empezando a realizar trabajo en la escuela, yo no lo sabía. Al año y medio de estar organizada, me mandan un telegrama, por orientación del responsable, quien solicitaba un apoyo puntual para un enfermo. Ahí me echaron la soga al cuello. Empezaron a hablar del trabajo que podía hacer dentro de lo sindical para organizar a la gente y como ya tenía el coraje dentro de mí de que uno podía organizarse en un sindicato y cuando me dijeron que ya Guicela estaba organizada, dije: éstos que van a ser con mi hija si está chiquita; pero insistieron en que me organizara. Así, me puse a tirarle lazo a gente que yo conocía, además de buscar recursos para ellos. Llegado el momento que mi hija viene a la capital a estudiar, le dan algunas tareas para hacer.

En ese entonces ya habían matado a Robin García, ya se había formado el frente estudiantil Robin García de secundaria y de la universidad, así, ella viene con la tarea de participar en este movimiento. Entra a estudiar en la Escuela de Comercio. Si yo hubiera sabido lo que luego pasaría, nunca la hubiera sacado de mi pueblo; mientras estudiaba, yo realizaba otros trabajos, porque nos corrieron de la empresa, y ya le costaba a uno encontrar trabajo, porque dentro de ellos se comunicaban para que no nos dieran trabajo, porque lo tenían como revoltoso, sindicalista.

En ese entonces, conocí a un sacerdote de la zona 5. Unos despedidos pertenecían a su parroquia. Le contaron y él les animaba a seguir. Platicando con él nos pregunta que cuántos son los que se quedaron sin trabajo, y nosotros le decimos que 17; él nos ofrece formar una cooperativa en un salón de la parroquia, nos consigue las máquinas. Pasó el tiempo y la hicimos. Los del EGP me dijeron si podía hacer trabajos de logística, pantalones, camisas, cosas así y yo le decía al padre que había mucho trabajo, él no se daba cuenta, pero luego tuvimos la necesidad de decirle porque nos pareció que no era correcto que él fuera ajeno a lo que hacíamos.

Un 30 de junio, un año después de la muerte del padre Hermógenes López, iban a hacer un mitin los estudiantes en solidaridad con Nicaragua; reclamaban, además, a Denver Serrano un compañero sindicalista que estaba desaparecido.

Yo le pido a Guisela que tenga cuidado, ella no conocía muy bien la ciudad, apenas tenía seis meses de haber llegado, y la represión estaba al orden del día, estaba Lucas García de presidente. Estaba en la iglesia cuando mi sobrino me da la noticia que la habían capturado con otros compañeros, jovencitos igual que ella. No se puede relatar lo que se siente en ese momento, porque nosotros sabíamos cómo habían entregado a Robin García y a Leonel Caballeros.

El padre termina la misa y le cuento. Salimos a buscarla a la policía, ellos sarcásticamente nos decían: —Para qué la buscan, ha de ser una prostituta, se ha de andar drogando, aquí no se ha agarrado ninguno—.

Cuando paso por una puerta, veo a un Mayor que nos conocía, entro a suplicar para que haga algo por mi hija, y él dice que si él ve algo va intervenir, por lo que vamos con mi hermana para que ella nos ayude a convencer al Mayor, ya que ella lo conocía mejor.

Pasamos toda esa noche buscándola, al otro día mi hermana regresa a la policía y yo me voy a la universidad, cuando llego, me encuentro que hay bastantes estudiantes en una facultad, preparándose para ver qué hacer por ellos, en ese momento sentí orgullo por mi hija, pero por dentro me pregunté, cuántos más de estos jóvenes van a caer.

El padre me dijo que fuéramos a la iglesia para saber si le daban razón. Cuando llegamos, observamos algunos movimientos raros en las cercanías de la iglesia. Existía cierta preocupación, por la muerte del padre Hermógenes, y el padre tenía una foto grande del padre Hermógenes dentro de la iglesia, en este momento ya ha sucedido lo de la embajada de España, y otras cosas, por lo que nos preocupamos.

Al entrar, un muchacho del coro se acerca y le dice al padre que el teléfono ha estado sonando y vino la judicial a buscarlo. Pero otro muchacho se acerca y me dice: Antonia, aquí le dejaron esto, que era de la Central de Trabajadores, una carta de exhibición personal, firmada por la licenciada Yolanda Urizar en donde pedía que se me autorizara una revisión personal, en donde constaba que mi hija era menor de edad y que era por represión sindical. Pero en eso, entró una llamada, era Marta ni hermana que me decía que fuera al Segundo Cuerpo, porque ahí me entregarían a Guisela.

Llegamos al Segundo Cuerpo, me indican que sólo yo puedo entrar; al entrar, yo sentía que los pies me pesaban, camino por un pasillo y solo se veían muchas caras que se asomaban a las rejas gritando su nombre, al fondo estaba una oficina y en un rincón con una mochila, con un pan y un jugo que mi hermana le había mandado, estaba mi hija. Cuando la veo el corazón casi se me sale, ella apenas se incorpora y trata de levantarse, me acerco y la abrazo. Ella sólo me abraza, tenía la cara inflamada, una mirada fija de cólera, de odio. Y uno de los guardias me dice: —Pase a la otra oficina a que le levanten un acta, por esta vez se la lleva—.

Paso a otra oficina donde otro policía me dice: —Llévese a su hija, pero llévesela de aquí, porque aquí todos los establecimientos estudiantiles son nidos de guerrilleros, y si esta vez se la entregamos es por orden de mi general, pero si la volvemos a agarrar en la calle haciendo destrozos, ni la busque porque no la va a encontrar—.

Cuando salimos pregunté por los otros dos compañeros. Al recuperarse empezamos a dar vueltas con ella. Pero quiso ir a la universidad para contar lo sucedido. Damos con los otros dos jovencitos de secundaria, que habían sido cruelmente torturados, les habían quemado sus partes con cigarro, a ella no la habían violado en esa ocasión, porque con Marta nos habíamos movido. A raíz de esto, quedó con un tic nervioso en el ojo, le daba miedo la oscuridad. Un mes no fuí a trabajar, el padre me mantuvo, para que yo estuviera con ella.





Si ella hubiera hablado, acaban todo el pueblo, ya que ella sabía muy bien cómo estaba la organización, quiénes eran, dónde estaban, pero ella se aferró en que no sabía nada, que estudiando andaba, que había un mitin, no diciendo nada.

A partir de ahí nuestra vida no fue igual. Ésta situación nos hermanó, mis amigos me decían que había que sacar a Guisela del país, ya que ella era muy inteligente, pero ella se opuso con firmeza a la idea, porque, primero, estaban sus compromisos con la organización.

Entonces, a ella le pusieron quien la cuidara, fue su compañero de vida, un muchacho bien entregado, como todos en ese entonces, su nombre legal es Edgar Estuardo García Ramos, y le decían Augusto, de apodo Manotas.

Yo insistía en que cambiara un poco su forma de vestir, para que pasara desapercibida pero ella me decía: —No mamá, no se preocupe, a mí ya no fácil me van a agarrar viva, a mí me van a ametrallar, por lo que sé, por lo que ví, por todo lo que me hicieron, pero usted tenga la certeza que lo que estoy haciendo, en parte usted me lo enseñó, y en parte porque sé que el pueblo merece lo mejor de nosotros, todo esto lo vamos a componer, ya va a ver porque así va a ser —.

En ese momento de lucha, todos los muchachos que se incorporaron, lo hicieron sin ningún interés de nada, más que de cambiar el país, ellos tenían un proyecto de vida, pasaban muchas penas económicas, de nada se quejaban, era un tiempo bastante difícil.

Un día me plantea que ella se va a ir de mi lado, que la van a ubicar en una casa, que va a tener tareas distintas y que formará parte de la estructura militar del EGP; muchos dirán, cómo ustedes como padres, no les dijeron que no, aunque uno lo hubiera dicho, el compromiso ya lo tenían y uno no podía quedarse con los brazos cruzados cuando escuchaban que mataban a alguien, no, era una situación terrible, así es como ella se va directamente con la organización.

La mandan a sacar un curso de entrenamiento militar, regresó a los ocho meses como toda una combatiente del EGP; y siempre con Augusto, su compañero, el único amor de su vida. Cuando ellos me plantean que él, por respeto al padre, a mí, se quiere unir a Guisela, pero que no hay condiciones para un casamiento; en una mesa en la iglesia, el padre le dice que está bien la unión libre, pero el padre le exige que siempre la cuidara, la respetara, todo lo que un buen sacerdote puede decir.

Así es como ella pasa a formar parte directamente de los comandos de la ciudad, pero, a todo esto, uno ya no vive ni duerme, ni nada, la vida se nos convirtió en un calvario, ya que no se sabe dónde están, si regresarán.

Cuando la situación se puso bastante difícil, en septiembre del 81 tal vez, a todos ellos los sacan para el frente, por seguridad, porque han caído demasiados, cuando ella llega y me dice que se irá al frente, por un lado sentí angustia que se iba, pero por el otro, me sentía tranquila que se fuera.

Y se va junto con mi sobrino Calín a Chimaltenango. Al tiempo de eso no sé nada de ella, en eso se da la represión en mi pueblo, cuando se va mi familia a México, dejándolo todo. A mí me tocó que estar saliendo a México para buscar en dónde podían quedar mejor y seguros.

Yo seguía trabajando en la logística, haciendo uniformes, ellos al darse cuenta que ya estaba organizada y se dan cuenta de las máquinas de la cooperativa, dicen que las máquinas pasarán a la organización, hablo con el padre y se las damos. Un poco también para liberar al padre de esa responsabilidad.

Un año después, un 23 de diciembre, Guisela llama a la casa, yo no estaba, andaba en México, viendo a mi familia, pero pienso que llama porque ya era casi 24, pero me dicen que ha llamado de un hospital, por lo que entonces, me preocupo. Decido llamar a la mamá del compañero que se los llevó a la montaña, y quedamos de juntarnos en el mercado del Guarda, pero, cual sería mi asombro, cuando veo a una señora con una canasta y a una joven que va detrás de ella, era Guisela, le digo su nombre y ella empieza a decir mamá, mamá, y sólo eso dijo y se me hecha a llorar, veo que doña Marina está llorando y le pregunto por qué está tan delgada, pálida, decaída y me contesta doña Marina que ha caído su hijo, —Manotas— y que precisamente un día antes le han hecho su misa de nueve días, además, perdieron el niño que estaban esperando, no encontré palabras para calmar a mi hija.

Doña Marina me dijo que ella estaba delgada porque había perdido al niño en la montaña, y no había lugar dónde la pudieran atender, y el 23 de diciembre le hicieron un legrado en el hospital, fue cuando ella llamó, pero que ahora se estaba recuperando.

Yo le dije en qué lugar podría encontrarme y le dejé todo el dinero que llevaba conmigo y compré su medicina. En la tarde fui con la hermana del padre y le conté, ella se puso muy triste y nos ofreció su ayuda.

Yo vi demasiado deprimida a mi hija y esto me preocupó, le dije que tenía que salir, y si quería, yo hablaría con su responsable, para que la dejen descansar, pero ella no muy quería, de todos modos conseguí una cita.

Me mandaron una cita con el comandante Camilo. Le planteé los temores que tenía y me daba la razón, ella estaba mala, pero que si me la quería llevar que me la llevara, la mandan a llamar y ella estaba en esa casa, yo no sabía que estaba ahí. Él le dice que se va conmigo a México, con tareas, pero ella le dice al comandante que no, que su deber está aquí, que se va a quedar.

Así llega el 22 de febrero, a ella la agarran nuevamente y yo no tenía gente, el padre ya no estaba, Marta, mi hermana, ya no estaba, ya se habían ido y la orientación de la organización era que uno no hiciera nada, que cuando alguien caía, caía. Me dijeron que me tenía que cambiar de casa. Cuando le dije a la señora con la que vivía, me puse mal, no podía dormir, y ella me dijo que con lo poco que conoció a Guisela, primero la matan que decir dónde está usted y que no me fuera, que me quedara ahí con ella.

La organización se da cuenta de lo mal que estoy y me manda a México a realizar trabajo de denuncia contra las atrocidades de los militares, en particular de Ríos Montt; estas denuncias las hago en las fábricas, en las universidades, hasta en los mercados, hablo de lo malo que está pasando en Guatemala.



Estando en una casa, con Miguel Angel Alvizures, llega un compañero y me dice: — Compañera le traigo una buena noticia, vengo enviado por el comandante Camilo, Guisela escapó y aquí está la carta y las fotos. Dice el comandante que se tranquilice y lo único que queda es ver la forma en que ustedes se encuentren.

Lloré por no haber estado cuando ella me buscó, buscó a la hermanita del padre, ya que se escapa con la hija de Marilú, con Aída, y como no podían estar en la casa del colaborador de Guicela, ella busca a la hermana del padre, ella vio que estaba todo normal y entró en la casa, cuando doña Rebeca la vio, casi le da un infarto, porque sabía que ella estaba desaparecida, esto fue en mayo, entonces ya ella le contó que estaba con la otra compañera, y que se vinieran, las tuvo un mes.

Cuando llegaron con ella, estaban enfermas y miedosas. Guicela se pone a escribir el documento que ella les envió a los del EGP, por lo cual le costó la vida. Cuando terminó dijo: con esto, la organización se va a sanar, ya que se van a dar cuenta de lo que está pasando, quiénes son los que están infiltrados, grabó cuatro casetes.

Cuando Camilo lo leyó, se le rodaron las lágrimas, y dijo: —a estas niñas hay que sacarlas ahora mismo del país, para que las traten, para que se curen—. Ella me envía una carta donde me pide que no me preocupe, que saldrá del país para curarse y todavía Miguel Angel me dijo que me tranquilizara y que ahora solo era cuestión de esperar, y yo le hablé a mi responsable y le dije que sabía que mi Guisela se había escapado, pero ella se molestó y me dijo que ellos ya lo sabían y que no me lo pensaban decir, yo me molesté y le reclamé que por qué no me iba a decir si ella era mi hija, fue ahí donde yo envíe varias cartas para saber dónde estaba Guisela, que yo me costearía los gastos pero lo que quería es saber dónde la tenían, pero ellos jamás me respondieron.

Al tiempo me encuentro con Miguel Angel, se sorprende que no me haya comunicado con Guisela, me comenta que hará un viaje a Nicaragua y que tratará de averiguar algo. Cuando regresó me cuenta que personas de la dirección de Nicaragua le aseguraron que Guisela había estado allá, pero por algunos actos de indisciplina las habían separado, dándoles luego una tarea a realizar, en estas estaban cuando habían desertado 5, situación que yo no creí en ningún momento.

La dirección nacional me cita un 29 de julio a un campo despoblado, voy con mi hijo de 16 años que también estaba incorporado, esperamos un rato y llega Lola, que luego de presentarse me notifica que, realmente Guisela estuvo en Nicaragua, pero que se le juzgó y se le encontró culpable de entregar recursos de la organización y se le fusiló. Yo no entendí en ese momento, pero tomé aliento y me le pare, y le dije que eso nunca se los iba a perdonar, que lo que habían cometido con mi hija era una injusticia y que iba llegar el día en que se los cobraría y que desde ese momento no iba a descansar hasta llegar al fondo de este problema. Y en este momento mi hijo no tiene nada que ver con ustedes, atajo de asesinos, y desde ese momento lo saqué, sino, también lo hubieran asesinado. Así empecé a ser mis denuncias, frente a las embajadas, en la embajada de Nicaragua, de Cuba y de México, desde una posición revolucionaria.

Esperé pacientemente no aceptando, porque no he aceptado y porque nunca lo voy a hacer, lo que pasó con mi hija, pero esperando el momento de actuar, y cuando se dio ese momento de actuar aquí en Guatemala, tomé el suficiente valor para venir y plantearle a mi hermana que denunciáramos tanto la muerte de mi hija como la desaparición en ese entonces de mi sobrino Calin.

Así fue que volví a tocar las puertas de FAMDEGUA, con Miguel Angel Alvizurez que generosamente acepto el caso, y fue así como sale a luz el caso, pero necesitábamos de una mayor protección jurídica que no había en FAMDEGUA, planteando el caso en CALDH. Y ahí en CALDH, Frank que ya me conocía, también tomó el caso, que aun permanece.

Se hizo presión a los del EGP y en ese entonces aun estaba vivo Rolando Morán, obligándoseles a que ellos sacaran el comunicado donde reconocen de la muerte de Guisela y de Calin como una muerte injusta por problemas internos, pero la lucha no ha llegado hasta aquí, nosotros no hemos cerrado los ojos, esto sigue caminando, esto sigue para adelante, algunos ya murieron pero otros, los que dijeron que ellas merecían morir, están vivos y nosotros seguiremos luchando.

Mientras la gente del EGP, los que quedan, nos sigan negando los restos, seguiremos buscando, así de fácil, nosotros ya no tenemos nada que perder, por que no ambicionamos nada, en esta vida se nos acabo todo, pero ellos ambicionaron poder.

Este testimonio debe de servir a mujeres que están sufriendo y no se animan a decirlo, por su condición de mujer, pero nosotras tenemos una gran obligación de hablar.



**Cuando se vive en carne propia las injusticias...  
¡hay que luchar!**

**HELEN MACK**



## Mis motivaciones

Lo que me motivó para luchar contra la impunidad fue el asesinato de mi hermana. En ese tiempo trabajaba en un proyecto de educación, ya que se alfabetiza y no existe un programa de seguimiento, entonces vuelven a ser analfabetos funcionales. En esto estaba cuando se dio el asesinato de mi hermana.

## Mis primeros acercamientos

No estaba involucrada en el tema de derechos humanos, ni de justicia; mi profesión es Administradora de Empresas. Sin embargo, Myrna sí estaba vinculada a la Iglesia y, obviamente, mis primeros acercamientos fueron a la ODHAG; donde en ese entonces Ronal Ochaeta era el director y, por supuesto, Monseñor Gerardi el Coordinador General. Empecé a apoyarme ahí porque me fueron orientando y guiando. De Monseñor Gerardi no solo recibía apoyo legal, sino también moral y espiritual. Creo que si alguien había sufrido mucho, era Monseñor Gerardi, y es ahí donde me involucro en el tema de los Derechos Humanos.

Bien se sabe la historia de Myrna, a quien mataron el 11 de septiembre de 1990; la acción la realizó un comando del Estado Mayor Presidencial. Esto lo supimos porque 15 ó 20 días antes un testigo nos informó que la casa estaba siendo vigilada. El hecho ocurre en todo un contexto político donde el tema de la CPR, y el reclamo de las Comunidades de Población en Resistencia generaban mucha tensión, y Myrna trabajaba muy de cerca con el Obispo del Quiché, Monseñor Julio Cabrera.

Yo no tenía conocimiento de cómo se hacía estas gestiones; la ODHAG fue quien se dirigió a los tribunales a averiguar cómo se llevaba el juicio. A partir de ahí es cuando empecé a involucrarme. En la ODHAG fue que me motivaron y enseñaron todo el tema de justicia y de derechos humanos, con Monseñor Gerardi y el equipo que recién se formaba, estaba Ronal Ochaeta, Daniel Saxon, quien era un abogado norteamericano, estaba Raquel, la secretaria, Claudia Gonz\*lez... era el grupo inicial. Los guardo siempre en el corazón, ya que cuando uno no tiene o no sabe nada se siente muy solo, sobre todo cuando se entra en un ámbito nuevo; pero con ayuda vas descubriendo un mundo, que para muchos guatemaltecos que le dimos la cara o la espalda a la realidad era un shock.

Existen dos Guatemala distintas: una profunda que la mayoría de los guatemaltecos que estamos en el área urbana la pasamos desapercibida; además, debemos recordar los antecedentes históricos que hay sobre los que se involucran en los temas de justicia social: inmediatamente era calificado como enemigo interno y enemigo del Estado, por el simple hecho de no estar de acuerdo con el pensamiento de la doctrina de la seguridad nacional, un pensamiento anticomunista histórico y neurótico. En ese tiempo cualquier cosa era motivo de sospecha y son las consecuencias que estamos viviendo ahora en una Guatemala tan desgarrada con un tejido social tan roto; por lo que el apoyo de Monseñor Gerardi y de la ODHAG, fue clave y fundamental hasta en este tiempo.

## **El premio de los guatemaltecos**

Empecé a tener autonomía cuando en 1992 me dieron el premio Nóbel Alternativo por la lucha contra la impunidad. Yo sentía que solamente era una portadora circunstancial de dicho premio ya que había mucha gente en contra de la impunidad que era desconocida, que no tuvieron la oportunidad que tuve; por eso es que yo nunca hago gala de mi premio, porque siento que se lo merecen muchos guatemaltecos.

En ese momento me reuní con Ronalthe en Italia para ir a ver al Papa. Le llevamos un poco de la tierra de las CPR y algunas artesanías para explicarle la situación de Guatemala y la necesidad de entrar en el proceso de los Acuerdos de Paz, además estuvimos con el superior de los Jesuitas. También Monseñor Gerardi me llevó a Ginebra para que fuera entendiendo el mundo de los derechos humanos y la justicia y, sobre todo, para no verlo de una forma tan micro sino ver la necesidad de trabajar por todos los guatemaltecos. Ése es el sentido del premio que recibí: no sólo hay compromiso por un caso específico sino por toda Guatemala, el cual me tomé muy en serio. Cuando se vive en carne propia las injusticias, cuando un sistema te va negando las posibilidades hay que luchar. Todas estas enseñanzas provienen de Gerardi y de la ODHA; no puedo dejar de darles ese reconocimiento.

## **Desenmascarando la impunidad**

Los logros en materia de justicia han sido palpables. Evidenciamos al Estado Mayor Presidencial como un órgano de inteligencia operativa y violadores de los derechos humanos. Las pruebas se las dimos al relator, que en aquel momento era Cristian Tumuchac, y que recomendara su desaparición.

Evidenciamos toda la estructura de la impunidad, logrando así la primera condena en materia de derechos humanos. Además, fue el primer caso que puso sobre la mesa la autoría intelectual; se logró debatir sobre la justicia militar; se derogó el artículo donde se traslada la justicia militar al campo civil; y la separación de funciones y la independencia judicial. En el papel que jugaba el código anterior, un acusador particular ahora es un querellante adhesivo, y sin ese rol los casos en el Ministerio Público no avanzarían.

Los logros han sido satisfactorios, con una inspiración muy concreta y en donde la Iglesia, específicamente la ODHAG, no puede quedar separada. Es por eso que creo que hay un vínculo muy fuerte y muy estrecho entre la ODHAG y la Fundación Myrna Mack, casi nacieron juntas.

## **Pérdida de valores**

Por otro lado, creo que la globalización ha traído desvalorización. Lo que hay alrededor del mundo es una pérdida de valores; y las mujeres hemos demostrado que somos quienes más capacidad



tenemos de recuperarlos, de reflexionar y de comprometerse a que esos valores sean efectivos. El ambiente es difícil porque hay un bombardeo publicitario y una presión social que no permite que esos valores sean resaltados. De ahí la importancia de no perder el norte que hay todo un mundo que espera mucho de nosotros, como seres humanos que podemos reconstruir toda una sociedad y en especial aquí en Guatemala. Esa lucha demostró el papel de las mujeres.

## **Valió la pena**

Estos últimos doce años han sido años muy fuertes, de mucho desgaste personal. Yo he entregado todo sin otro interés más que el de que haya justicia en Guatemala. A pesar del fuerte y doloroso desgaste, valió la pena; porque cuando se mira hacia atrás se observan los logros. He entregado todo sin escatimar ningún esfuerzo de mi vida familiar, personal y laboral, y eso me da satisfacción, por un lado, frustración, por otro, cuando las cosas van muy lentas, ya que después de 36 años de conflicto tendríamos que estar en otra situación. Por eso hago un llamado a los jóvenes, quienes tienen la capacidad de recuperarlos.

Nosotros estamos casi en nuestro ocaso, y aún así podemos hacer mucho; hay legado suficiente para que la juventud retome y así podamos salir adelante.

Después de 12 años de lucha, se llega a un gran cansancio. Eso no quiere decir que esté arrepentida, porque todavía, si Dios me da más fuerza, seguiré luchando desinteresadamente, porque yo quiero a Guatemala.





**“El tesoro más grande que tengo en la vida es la  
capacidad de soñar...”**

**RIGOBERTA MENCHÚ TUM, Premio Nobel de la Paz**



*"En los momentos más difíciles, en las situaciones más duras y complejas he sido capaz de soñar con un futuro más hermoso"*

Rigoberta Menchú Tum

Rigoberta Menchú Tum es la sexta de nueve hijos de Don Vicente Menchú, líder de la comunidad, y de doña Juana Tum, comadrona y curandera tradicional. Rigoberta nació un 9 de enero de 1959, en la comunidad de Chimel, municipio de Usulután, de El Quiché. Chimel fue arrasada junto con más de 400 comunidades guatemaltecas.

Rigoberta constituye uno de los ejemplos más significativos, en la vida política de Guatemala. Su familia, al igual que muchas familias campesinas, fue víctima de la represión del estado guatemalteco.

El 31 de enero 1980, Vicente Menchú y otros activistas (entre ellos campesinos, indígenas, y estudiantes) ocuparon pacíficamente la Embajada de España en la Ciudad de Guatemala, donde creían que la presencia de oficiales españoles, de alto rango, los protegería. A pesar de las súplicas del embajador español, los soldados guatemaltecos lanzaron varias granadas al edificio, provocando un incendio que mató a 39 personas, incluyendo al padre de Rigoberta.

Tres meses después, el 19 de abril de 1980, secuestraron a la madre de Rigoberta, quien también fue muerta cruelmente. Ella quedó para contarlo, para recuperar en palabra y vida, lo que el fuego quemó.

A lo largo de muchos años, ha dado su testimonio ¡Pero no sólo el de la familia Menchú! sino el de miles de víctimas de la Política de Tierra Arrasada, acción practicada en los años ochenta. En ese andar, tuvo el tiempo de reunir su voz, en algunas páginas y publicar en 1983, *Me llamé Rigoberta Menchú* y así me nació la conciencia, libro testimonial que ha sido traducido a más de doce idiomas.

La líder guatemalteca es conocida internacionalmente, por su lucha a favor de los Derechos Humanos, la Paz y los derechos específicos de los Pueblos Indígenas.

En 1992 recibió el Premio Nóbel de la Paz y se convirtió en la primera indígena, y en la persona más joven, en recibir esta distinción.

Para Rigoberta, el Premio Nóbel es un estímulo en las luchas de los pueblos indígenas, y es también un reconocimiento simbólico a las víctimas de la represión, del racismo y de la pobreza en el continente americano. Así como un homenaje a las mujeres indígenas.

Con los recursos financieros que recibió de este reconocimiento, ella estableció la Fundación Vicente Menchú, en 1993. En el año 1995, cambia el nombre de la fundación por el de Rigoberta Menchú Tum, con sede central en Guatemala, y oficinas en la ciudad de México.

Por su labor ha recibido numerosos reconocimientos internacionales. En 1993 se desempeñó como Embajadora de Buena Voluntad de las Naciones Unidas, para el Año Internacional de los Pueblos Indígenas. Recibió el Premio de la UNESCO "Educación para la Paz", en 1990; ha sido condecorada en múltiples ocasiones, por diferentes personalidades del mundo. Así mismo, recibió el premio Príncipe de Asturias el 23 de octubre de 1998. Y se ha hecho acreedora a numerosos doctorados Honoris Causa, de distintas universidades del mundo

Vive junto a su esposo Angel Canil y su hijo Mash Nahl (Espiritu del agua).



**“Gracias a los golpes, me he fortalecido”**

**NINETH MONTENEGRO**



Participé en política desde que era adolescente. Cuando estudiaba en el Instituto Normal Central para Señoritas Belén, fui parte de la Junta Directiva de la Coordinadora de Estudiantes de Educación Media.

Me gradué de Maestra de Educación Primaria en el año de 1978, y después, de Licenciada en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Estudiando la carrera de Derecho, me proyecté en el movimiento estudiantil. Participé en teatro estudiantil, ganando una Chabela de Oro con mis compañeros de teatro. Estando ahí, conocí a Fernando García con quien me casé posteriormente.

Durante la dictadura del General Oscar Mejía Víctores, miles de guatemaltecos fueron víctimas del terrorismo de Estado y blanco de la práctica de la desaparición forzada, entre ellos, Edgar Fernando García, mi esposo. Este hecho ocurrió un día sábado a las 10:00 horas en el Mercado del Guarda, cuando miembros del BROE (Brigadas de Operaciones Especiales de la Policía Nacional) hacían un registro en las calles. Detuvieron a mi esposo, lo capturaron en forma violenta, le dispararon a las piernas y lo lanzaron a la palangana de un picop con rumbo ignorado.

Este hecho ocurre, simplemente porque no había un gobierno beligerante, no elegido democráticamente y opuesto a la organización social. Fernando era dirigente estudiantil y sindical, esto en aquella época, era motivo para suponer que las personas eran enemigas del Estado.

Alguien que haya sido sustraído de su medio natural, y que no aparezca ni vivo ni muerto, y que no haya rastros del mismo, genera un vacío familiar profundo, por la incertidumbre de no saber nada. Este hecho, a la larga, va causando ansiedad, desgaste emocional y profundo, frustración.

Algunas personas culpan a la víctima de su ausencia por haber contraído un compromiso con la población y haberse olvidado del compromiso individual con la familia. Otros prefieren olvidar, porque aún hoy día, el panorama es incierto, no está vivo, pero tampoco hay evidencia de su muerte. Muchas veces los hijos o hijas, prefieren no contar su historia para evitar ser blanco de rechazo social, pero el callar les causa sentimientos de culpa.

Es así que para poder exigir el apareamiento de nuestros seres queridos, varias personas que habían vivido la misma experiencia y yo, conformamos el Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) que en sus orígenes, estaba integrado por mujeres. Al principio éramos 25. A medida que el movimiento creció, llegó a convertirse en la primera organización en la historia del país, que se lanzó a las calles a enfrentar las armas de la dictadura militar.

Un día, varios compañeros que estuvieron durante muchos años en el exilio empezaron a venir de México y Costa Rica. Me buscaron y me propusieron la idea de formar un partido político, que estuviera integrado por personas de izquierda y de centro, con ideas progresistas. Es así como fundamos en 1994, el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG).

Quizá el logro más importante de la lucha colectiva que se libró, fue haber puesto en el tapete de la discusión pública, una realidad nacional, que otros no se atrevieron a denunciar. El

haber evidenciado las prácticas inhumanas utilizadas por las dictaduras militares, y con ello propiciar un ambiente a futuro de mayor tolerancia, respeto a las ideas diversas y búsqueda del Estado de Derecho, fue un verdadero logro.

Las escenas de muerte, tanquetas en las calles, restricciones para hablar, noticias diarias de secuestros, ametrallamientos... afirman mi decisión y compromiso de no permitir un paso atrás. Considero entonces, que es bueno tener memoria de lo que pasó para poder enlazarnos con el presente en forma realista, y comprender, que lo que hoy tenemos, no es lo mejor, pero es producto del esfuerzo de toda una nación por procurar la democracia.

Hubo momentos de conflicto personal, de profundos vacíos, pero siempre tuve y tengo la convicción de que lo que nos ocurrió a otras mujeres y a mí, debe ser el acicate para obligar a la existencia de un país diferente, que produzca un ambiente donde nuestras hijas ya no sean viudas de la guerra, sino más bien, seres humanos con el deseo y derecho de decidir qué hacer con sus vidas.

Ha habido un cambio total, antes y después, antes de que estos hechos ocurrieran, no estaba tan profundamente sensibilizada con el entorno social, y quizá no me hubiera atrevido a darle el cambio total a mi vida. Gracias a los golpes, me he fortalecido. Quizá si no los hubiera sufrido no sentiría la fuerza interior que tengo.



**No deseo que esta violencia vuelva a repetirse**

**MARÍA ESTELA PÉREZ**



Nací el 9 de marzo de 1969, mi familia es campesina. Eramos cinco hermanos, actualmente somos cuatro. Tres de mis hermanos son varones, y dos mujeres, hablo de esto porque tiene que ver mucho con lo que pasó.

Fui educada por una familia trabajadora y de escasos recursos. Como a los seis años aprendí a tejer, porque ahí se acostumbra la artesanía y también la agricultura. A los siete años ingresé a la escuela. Mi papá tuvo en la mente el facilitarnos el estudio a los menores: mi hermano y yo.

En los siguientes tres años, sufrimos una crisis familiar muy fuerte. A mi hermana le empezaron a salir unas ronchas en el cuerpo; mis papás se iban a Parramos, que queda como a dos horas de donde vivimos, ya que ahí tenían un lugar para cultivar. Esta tierra se la dejaron mis abuelos, quienes tenían una finca, que al morir la dividieron, quedándoles a mis papás una parte. Entonces mis papas se iban lunes y regresaban sábado, por lo que nos quedábamos solas mi hermana y yo; a veces nos íbamos con alguna tía. Cuando a mi hermana le salieron esas ronchas, nos la llevamos al Centro de Salud, le inyectaron penicilina, sin haberle hecho la prueba de alergia, y aún así se alivió.

Como a los 8 años, al salir de la escuela ella se enfermó otra vez, se le fue encogiendo y secando la piel, y empezamos a visitar a algunos médicos, pero nadie decía qué era lo que tenía. Esto creó la necesidad de aportar más en la familia; durante los siguientes 3 años íbamos medio día a la escuela y el resto tejíamos. Recuerdo que Q. 1.50 pagaban por un tejido, lo que nos ayudaba a tener algo para el fin de semana. Pero yo no quería ir más a estudiar, para ayudar así con mi trabajo, ya que mi hermano dejó de estudiar para ayudar, pero mi papá dijo que no.

Después de dos meses les dije que prefería ayudarlos a cultivar y así fue. En este momento, mi papá se queda en casa con mi mamá, para ayudarle con mi hermana, porque había que cargarla en ocasiones y yo la hubiera aguantado. En las siembras nos fue bien y teníamos bastante dinero, pero casi todo lo usábamos para comprar medicina, pagar doctores, y el internado donde llevamos a mi hermana.

Por este trabajo yo me hice muy amiga de la gente del campo, la cual es muy comprometida; entre ellos estaba Julio Velázquez, un catequista, que era el guardián del primo de mi papá, es aquí donde yo viví más mi niñez y mi adolescencia, en el campo con ellos. Recuerdo que platicábamos bastante y nos apoyábamos.

Pero en 1979, cuando inició la violencia estuve con ellos en un par de reuniones, donde se hacían algunas reflexiones de la situación social que se estaba viviendo, y de la importancia de organizarse. Fui aprendiendo porque me di cuenta de la diferencia entre nosotros, ya que por estar cerca de La Antigua, era diferente nuestra situación económica y el estilo de vida también. En estas reflexiones se hacían dibujos y nos explicaban, así que fui entendiendo poco a poco, y empecé a identificarme con mis propias experiencias. Yo fui responsable, desde pequeña, de entregar el producto de la siembra en la Terminal, sobre todo a los salvadoreños que la compraban, pero me enojaba que ellos fueran los que ponían los precios, en un momento yo quise imponerme y no fue posible, me quede con mucho del producto.



Después, empezó la violencia y nos llegó el rumor de lo que estaba sucediendo en Párramos, por el año 80 se empezaron a quemar casas, a perseguir a la gente, y supimos también del listado que tenía el ejército de las personas que no estaban involucradas con ellos, los estaban buscando, Julio Velázquez estaba en esa lista. Cuando llegaba el ejército nos escapábamos mi hermano y yo, nos habíamos puesto de acuerdo para saber a dónde ir.

Esto complicó más nuestra situación económica, ya que no podíamos sembrar fácilmente. Se perdió el frijol, también la zanahoria.

A don Julio lo asesinaron, a él y a otras personas. Entonces pensamos mejor arrendar terrenos, cercanos. Un día que fuimos a estos terreno encontramos las casas quemadas, y al dueño de las mismas carbonizado. Otras personas huyeron del lugar, ver todo esto me daba mucha cólera.

En varias ocasiones tuve que escapar, logrando protegerme, pero no toda la gente volvía a la aldea. La represión fue selectiva, en las noches no se podía salir, pasaba gente extraña. El ejército llegó varias veces al cementerio, ahí acampaban; en Párramos acabaron con todos, por todo esto la gente no se quiso unir.

Mi hermana murió en 1982 y me dolió muchísimo. No sabía qué había pasado con algunos amigos, desde que salieron huyendo; por lo que me daba mucha nostalgia pensar en eso. Tenía cólera y me preguntaba por qué el ejército hacía eso, pero siempre pensaba que algún día tenía que hacer algo para encontrarme con ellos.

A los 18 años, me uní al grupo juvenil de la Iglesia, pero este grupo no era sólo para organizar actividades religiosas, platicábamos de cuestiones sociales y culturales; buscando fondos para realizar algunos proyectos para la aldea. Pero yo quería hacer algo más. Les decía que trabajáramos mucho para recuperar nuestra cultura. El grupo juvenil me ayudó a conocer a otras personas, y al tiempo me nombraron parte de la directiva. Una vez me invitaron a La Antigua a un retiro vocacional. Asistieron distintas órdenes religiosas las cuales explicaban su carisma, lo que realizaban y daban toda la información para poder ingresar a ellas.

Empecé a buscar una comunidad que trabajara en Chimaltenango. Fueron varios los encuentros, y la gente que llegaba me orientaba. En la casa nadie me apoyó, por que era la única hija que quedaba, aunque siempre tuve buena relación con mis padres, pero esto de las órdenes religiosas no lo aceptaron.

Al ingresar estuve trabajando en la zona 18, donde estaba la casa de formación de las que inician, el aspirantado. Cuando estuve ahí trabajé con los jóvenes y, aunque soy indígena, pude integrarme rápidamente. Lo que me gustaba era la oportunidad de participar en varias pláticas donde se analizaba al realidad nacional, además me podía expresar libremente. Salía a visitar a la gente y me gustaban las actividades que se realizaban en la noche, ahí también podía hablar de mi propia experiencia. Después me trasladaron a la zona 2, lo cual no me gustó. Pero después nos fuimos a hacer pastoral en la zona 3, en el basurero, donde me encontré con personas de El Quiché, de Quetzaltenango. Ahí estuve participando en un grupo de mujeres.



Logré irme a Santa Apolonia, lo cual era mi sueño, llegar a Chimaltenango. Ahí trabajé con las mujeres viudas del conflicto, me sentí muy identificada ¡Me reencontré! ya que yo también había perdido muchos amigos. Un año estuve ahí y conocí muchos testimonios.

Ésto hizo renacer en mí el coraje que sentía, entonces visité casi todas las aldeas, por estar en el proyecto de artesanía (al cual pertenecían las viudas) además apoyé otro proyecto para la mujer, consiguiendo algunos fondos. Mi idea iba mucho más allá de lo que se hacía en ese momento.

Tuve mucha cercanía con un grupo de jóvenes de una aldea que se llama Santa María, con quienes me sentía muy identificada. Hablábamos de lo que pasaba, de la historia de la comunidad. Ahí empecé a ser catequista, y aunque encontré limitaciones dentro de la congregación, a veces me saltaba las reglas. Ahí fue cuando supe lo del REMHI. Llegó una invitación a varias personas, Pensé que era algo bueno ya que se podían documentar y dar a conocer todos los testimonios.

Tenía a mi cargo la formación de los catequistas y la comunidad, quienes no sabían mucho de lo que estaba pasando. Así que traté de convencerles, una forma de motivar a la gente era que participaran, pero con mucha precaución. Dentro de la comunidad religiosa me pidieron que me encargara solamente de este proyecto y dejara los otros. Esto me ayudo a entregarme más de lleno a este trabajo. Además, se hicieron algunas reflexiones, dándonos cuenta que para las mujeres era más difícil, porque se hacían para atrás.

Cuando inicié era un trabajo sólo a nivel del municipio, pero luego se me propuso el trabajo a nivel departamental, donde encontré dificultad en algunas comunidades, donde cuestionaban el trabajo del REMHI. Argumentaban que, si este era un trabajo de la Iglesia, por qué no había gente de la diócesis involucrada, pero muchos sacerdotes no querían meterse en esto. Pero en Párramos, Comalapa y San Martín encontramos mucha información.

El asesinato de Monseñor Gerardi fue muy indignante para mí, y para todos los compañeros que colaborábamos en el REMHI. Algunas personas nos acusaban de la muerte de Monseñor Gerardi, entre ellas algunos sacerdotes, que nos decían que por haber averiguado tantas cosas, a Monseñor lo habían matado. Y en otros casos de sacerdotes veíamos que la muerte de Monseñor no significaba nada, era una muerte más fruto de la guerra.

En 1998 impulsé algunos proyectos de la parroquia. El padre me ayudaba y realizamos un taller para dar a conocer sobre la vida de monseñor; ¡Tuvo tanto éxito! que después hicimos otros más. También trabajé con mujeres, dando talleres de autoestima. Hice mucha amistad con ellas.

En 1999 hicimos, junto al padre, un plan inicial de tres años para la divulgación de la oficina en Chimaltenango, para así ayudar a las personas más de cerca. Los Daneses nos ayudaron económicamente, y así se dio inicio a una serie más de talleres. Fue muy importante la formación de esta oficina, ya que mucha gente llegaba a pedir información, incluso estudiantes, además logramos acompañar algunos casos. Lo importante para nosotros era dar a conocer el trabajo del REMHI.

Después dimos talleres fuera de Chimaltenango y llegamos a Párramos y a Yepocapa. Ahí me reecontré con algunos amigos que yo creía desaparecidos, amigos que tanto yo había buscado, encontré a tres en Párramos ¡Fue muy emocionante! Ya no los conocía, ya tenían sus hijos, su esposa. Esto sucedió en la presentación, cuando los vi pensé que ¡Ellos eran! Ese día fue tan esperado, y haberlo logrado me lleno de mucha satisfacción, ellos ahí eran catequistas. Luego de esto nos empezamos a visitar y a comunicar más seguido.

Hemos acompañado varias exhumaciones y algunos casos son muy serios, pero hay veces que no tenemos suficientes recursos.

La agresión que recibí el año pasado, me hizo revivir todo este conflicto, el ver el rostro de los que me atacaron hizo brotar toda esta cólera, que siempre he sentido contra la violencia, la injusticia. Me hizo ver que todos estos testimonios, que conozco, hace ver como que el REMHI soy yo, pero no debe ser así. Creo que el REMHI debe ser de la gente y por eso estoy por dejar la oficina de Chimaltenango, estoy muy satisfecha por el trabajo que he hecho, y no deseo que esta violencia vuelva a repetirse,



**Desde los caminos de San Juan Comalapa**

**ROSALINA TUYUC**



Rosalina Tuyuc es una de las figuras más paradigmáticas de la lucha por los derechos humanos. Su destacada participación como líder de la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala, CONAVIGUA, fue crucial en los difíciles años de la represión.

Originaria de San Juan Comalapa, Chimaltenango, Rosalina es enfermera y presidió la Juventud Obrera Católica Femenina, en su comunidad. Además, tuvo una destacada participación en la mesa coordinadora del encuentro continental “500 años de resistencia indígena, negra y popular”, realizado en Quetzaltenango.

También formó parte del equipo de Apoyo del Comité del Premio Nóbel de la Paz a Rigoberta Menchú. Ha pertenecido a diferentes movimientos de lucha social entre los que destacan la Unidad de Acción Sindical y Popular, UASP, la Coordinadora del Pueblo Maya, COPMAGUA, entre otros.

Fue electa Presidenta y relatora de la Comisión de Damnificados por la Violencia, en el Diálogo Nacional, convocado por la Comisión Nacional de Reconciliación. Asimismo, formó parte del Comité Organizado de la Asamblea de la Sociedad Civil.

En 1996 es electa diputada por el Frente Democrático Nueva Guatemala, donde asume el cargo de Jefa del bloque. Llegando a desempeñar la tercera vicepresidencia del Congreso de la República. Además, preside varias comisiones parlamentarias.

Su padre fue víctima de la represión en 1982, hecho que marcó para siempre su vida y consolidó su vocación de lucha ciudadana. Rosalina, al igual que otras mujeres destacadas, ha recibido múltiples reconocimientos, destacando su nombramiento como Líder del Año, y el reconocimiento por su lucha en la defensa de los Derechos Humanos CARE Internacional, así como el premio del Centavo de Oro, y declarada Hija Distinguida del Departamento de Chimaltenango.

Fundó y fue miembro de la Instancia Política Maya NUKUJ AJPOP (Ensayo de Gobierno). Fue miembro de la Junta Directiva del Foro de Mujeres de Partidos Políticos de Guatemala, y formó parte del Consejo Editorial del periódico “El Regional” y de la Revista “Noticias de Guatemala”.



**Tenemos el valor de hablar porque es la verdad**

**LAS MUJERES DE LA COMUNIDAD DE TULULCHE**



Los antecedentes de este caso provienen de la represión ocurrida en el año 1982, por las fuerzas armadas del país y las Patrullas de Autodefensa Civil, comandadas por comisionados militares, al masacrar a la comunidad de Tululché, Chiché, El Quiché.

La masacre se realizó en tres fases: abril, junio y noviembre de 1982, utilizando la táctica ya conocida: llegar de madrugada a la comunidad, sacar a las personas de sus viviendas, separar a hombres, mujeres y niños, para posteriormente asesinarlos a golpes, con piedras, con las cachas de los fusiles; enterrándolos en fosas comunes hechas por los propios familiares de las víctimas, de manera obligada. A las mujeres las violaban y a los niños los golpeaban, casi exterminaron a la mayoría de la población, y dejaron viudas a la mayoría de las mujeres sobrevivientes.

El proceso de investigación de la masacre se inició en 1992, realizándose las exhumaciones respectivas, y recabándose toda la información necesaria, para llevar a juicio a dos ex comisionados militares, principales responsables de estos hechos. Pero uno de ellos (Juan Alesio Samayoa) logró salir hacia Estados Unidos, protegido por el mismo Ejército, ya que fue conducido (directamente) del hospital militar de la capital guatemalteca, en avión, hacia el extranjero; deteniéndose únicamente al otro, Cándido Noriega Estrada.

Cándido Noriega Estrada, ex comisionado militar, quien dirigió la violencia hacia Tululché. Fue enjuiciado tres veces, y en los dos primeros debates (1997 y 1999), fue absuelto de los 155 delitos que la fiscalía le imputó. Pero en el tercero (el 12 de noviembre de 1999) fue sentenciado a 220 años de prisión, pero purgará únicamente 30, conforme al Código Procesal Penal. El 15 de febrero del 2000 se confirmó la sentencia condenatoria.

Al encartado se le atribuyen delitos de: asesinatos, desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales, violaciones, incendios, robo agravado, torturas y lesiones.

Al describir en estas paginas la vida de las compañeras de Tululché, queremos expresarles nuestra admiración por su valentía; y, agradecerles por su confianza, para compartir con nosotros, sus testimonios de vida y de lucha.

Su lucha inicia al sobrevivir y salir adelante, con aquellos hijos o nietos que tuvieron la suerte de no haber muerto, en aquellos terribles hechos sucedidos en 1982. Cuando la mayoría de hombres de Tululche, fueron torturados y asesinados; y la comunidad violada, masacrada, quemada, y fragmentada.

Y luego, su lucha recoge su importante y significativo aporte, al juicio contra Cándido Noriega Estrada, al testificar, unidas, 34 valientes mujeres. Quienes, al contar lo vivido, señalan al principal responsable, contribuyendo así a su condena, y a la lucha por la justicia en nuestro país.

Nuestro homenaje para esas 34 valientes mujeres:

Elena Aj	Natalia Morales
Jacinta Mejía	Josefa Guarcas Mejía
Candelaria Suart	Josefa Tzoc Tzoc
Micaela Ticum Pastor	Micaela Salazar
María Chitic Gonzales	Candelaria Pérez Gonzales
Patrocinia Salazar	María Tzoc Pérez
Micaela Nimaja Tol	Jacinta Tzoc
Manuela Saquic Tol	Elena Pancoj
Isabel Lux Quino	Tomasa Suart
Petronila López Chivalam	Juana Suart
Tomasa Tzoc Perez	Tomasa Suart Chican
Tomasa Tol Aguilar	María Ajanel
Sebastiana Lucas Chitic	Dolores Ticum
	Dolores Nish Nish

A continuación presentamos algunos testimonios, recogidos en la Comunidad de Tululche, que representan lo vivido por las 34 mujeres y por toda la comunidad.

Soy Elena Aj y antes de la represión vivíamos tranquilos, en paz. Con la familia, trabajábamos, teníamos nuestros animales, pero cuando entró la violencia, me secuestraron a mi esposo y nunca supe nada de él. Tengo 64 años y siete hijos, en la actualidad.

Antes del tiempo de la violencia, vivían bien y tranquilos, pero cuando empezó la violencia (que fue muy dura) afectó a todas las familias, matando a su esposo y a su yerno; los sacaron de la casa y los torturaron, mataron a varios. El yerno dejó seis hijos, a mi hija también la quisieron matar, ¡Y quedó mal! muriendo poco después. Quedándome con los seis nietos.

Fue una situación muy dura la que se vivió. Cuando empezó la violencia nos escondimos, y ahí no nos encontraron, pero cuando nos dijeron que todo se estaba calmando, regresamos a la casa y ¡No era así! no había terminado nada, y es cuando don Cándido, viene con toda esa gente, a sacar a mi esposo y a mi familia.





Mi nombre es Jacinta, antes me daba cuenta que, en medio de la pobreza existía tranquilidad, teníamos nuestras siembras, nuestros animales. Y cuando empezó el tiempo de la violencia ¡Sufrimos mucho el dolor! quemaron a mi papá dentro de la cocina, mataron también a mi hija. El dolor que llevo ahora, adentro ¡No lo puedo olvidar! y cada día lo experimento, lo siento y lo sufro.

El que comandaba a los militares era el Cándido, quienes entraban en la casa y se robaban el maíz, el frijol, nuestros pollos. El maíz y el frijol ¡lo machucaban todo! y nos dejaban sin nada. Por lo que huimos un poco, sin tener nada que comer, y ellos se quedaron en la casa.

Lo que también me duele, es que no se le pudo dar una sepultura digna a mi papá, y sólo fueron partes las que pudimos rescatar. Ahora que se hicieron las exhumaciones, reviví todo aquello, porque lo toqué todavía ¡Los huesos de él! los restos de él.

También me duele mucho ¡Cómo se portaron esa gente! con nuestras cosas, porque en nuestras escudillas, nuestros trastos, delante de nosotros, hacían sus necesidades, y con nuestra ropa, con eso se limpiaban. Ellos intentaron quemar la casa pero ésta no se quemó, también teníamos un molino y éste sí lo quemaron. Mataron entonces a mi papá, dos de mis hermanos y a una mi hija.

Era mucha gente vestida de militar, la que nos hizo todo esto. Por esto, de la salud aún no me encuentro bien, estoy viviendo las consecuencias todavía. Vivo con mi hijo, mi esposo no lo mataron pero murió después, porque le afectó todo lo de la violencia. Además de lo que quemaron, se robaron quince mil quetzales de mi papá, y dos vacas; mataron algunos pollos y comieron ahí en la casa.

Mi nombre es Candelaria y vivíamos (antes de la guerra) contentas en nuestras casas, y no nos faltaba nada, ¡Pobres pero comíamos! Mi esposo era trabajador y nos daba para el mercado, y lo que podía, nos daba el alimento para la semana, pero secuestraron a mi esposo y un hijo.

Experimentamos el dolor y lo que era el trabajo del hombre, ya que teníamos que ver cómo sembrábamos para comer, y yo quedé con un hijo de nueve años, por lo que la tuve que hacer de papá y de mamá. Y ahí le enseñé a mi hijo a trabajar la tierra, agarramos el azadón y el machete, junto con mi hijo ¡sufrimos mucho! Juntos rodando de un lado para otro, el que hizo todo esto fue el Cándido, que hizo que sacaran a los hombres de sus casas y los torturaran.

Soy Tomasa y cuando empezó el tiempo de la violencia, no vivíamos sin que nos faltara nada. Éramos personas pobres pero vivíamos tranquilos, pero después, cuando empezó la violencia ¡Ya no había tranquilidad! vivíamos con miedo. Mi esposo no murió en la violencia, había muerto antes por enfermedad, pero si mataron a mis hijos; y realmente vimos cómo quemaron todo el cultivo, quemaron toda la montaña, por lo que no teníamos que comer.

Pasamos hambre por mucho tiempo, pues nadie podía hacer nada, todo estaba quemado, no se podía trabajar, teníamos miedo para salir.

Nuestros otros hijos tenían que trabajar duro para dar el pan de cada día. Sufrí con mis compañeras, que les habían matado a sus esposos, pues yo ya había experimentado no tener esposo, pues ya había muerto él, y sé ¡Todo lo que cuesta quedarse solo!

*¿Cómo se sienten ahora, después de contar lo vivido en el juicio y que se haya condenado a Candido Noriega?*

Nosotras tenemos el valor de hablar porque es la verdad, lo vivimos en carne propia. Cuando se dio el juicio nos sentimos alegres, porque ¡Nos habían creído al decir la verdad! ¡Vale la pena los viajes! ¡Nuestra palabra! y ¡No ha sido en valde nuestro trabajo!.

Y así tuvimos ánimo como mujeres para poder hablar y reunir a 34 mujeres para que nos uniéramos.

¡Nos sentimos en paz! ¡Más seguras! ya que ese señor venía a quemar la montaña, y a disparar a cualquier momento, y ahora nos sentimos más en paz. Ahora que ya se dio el juicio, vivimos más en paz, ya nadie quema la montaña, nadie viene a disparar.



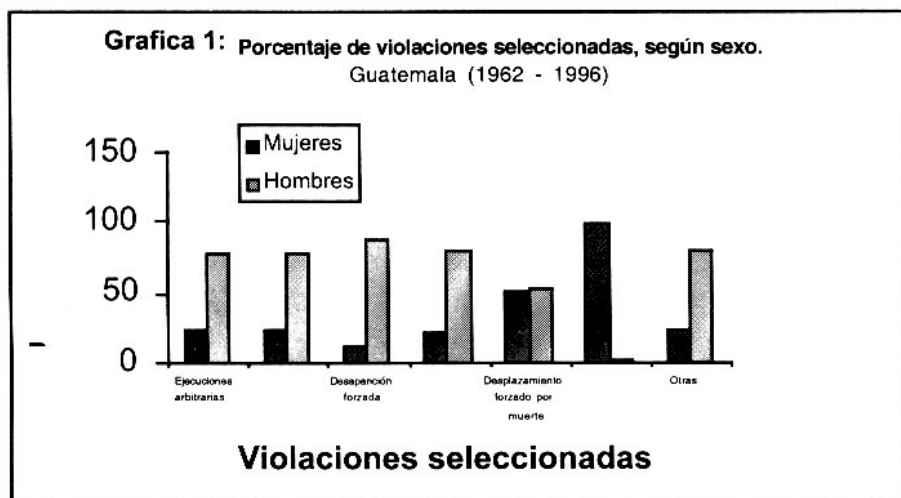
## ANEXO

### **VIOLACIONES A LOS DERECHOS HUMANOS CONTRA MUJERES DURANTE EL CONFLICTO ARMADO EN GUATEMALA DE 1962 A 1996 SEGÚN LA COMISIÓN DEL ESCLARECIMIENTO HISTORICO**

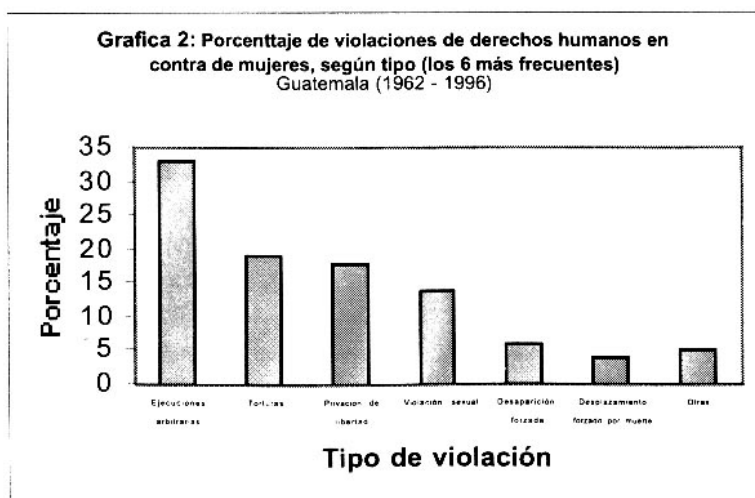
Una de las principales dificultades que hubo de afrontar la CEH fue el silencio que guardan las mujeres respecto a la violación de la que fueron víctimas. Este silencio, que en la mayoría de los casos se ha prolongado durante años, también ha alcanzado a los familiares más cercanos de las víctimas.

Es significativo tener presente que, históricamente, la violación sexual se ha considerado un “mal menor inevitable” dentro de las guerras, hasta el extremo de equiparar esta grave violación con el saqueo de bienes, presentando ambos hechos exclusivamente bajo la interpretación de “botín de guerra”. Por otra parte, las violaciones sexuales contra mujeres adquieren un carácter colectivo y son causa de humillación para los pueblos, por lo que tienden a ocultarse. Ha sido sobre todo a través de la lucha de los movimientos de mujeres que la violencia específica de género ha ido visualizándose y perfilándose como una violación de los derechos humanos de las mujeres.

Según los testimonios recibidos por la CEH el porcentaje de mujeres víctimas equivale a un tercio del de hombres: (25% frente a un 75% del total de víctimas de violaciones de derechos con sexo conocido). Estos porcentajes se presentan relativamente constantes en ejecuciones arbitrarias (23% de mujeres frente a un 77% de hombres) y torturas (23% frente a un 77%). En el caso de privación de libertad (21% frente a un 78%) el porcentaje de hombres víctimas sube y el de mujeres baja. En la desaparición forzada, el porcentaje de hombres sube aún más (12 % frente a un 88%). Como se puede apreciar en la Gráfica 1 la violencia de género se refleja de modo específico en la violación sexual, en la que el porcentaje de víctimas mujeres alcanza el 99% de los casos registrados. En el caso de muertes por desplazamiento, las mujeres víctimas superan la mitad del total de víctimas (51% frente a un 49%)

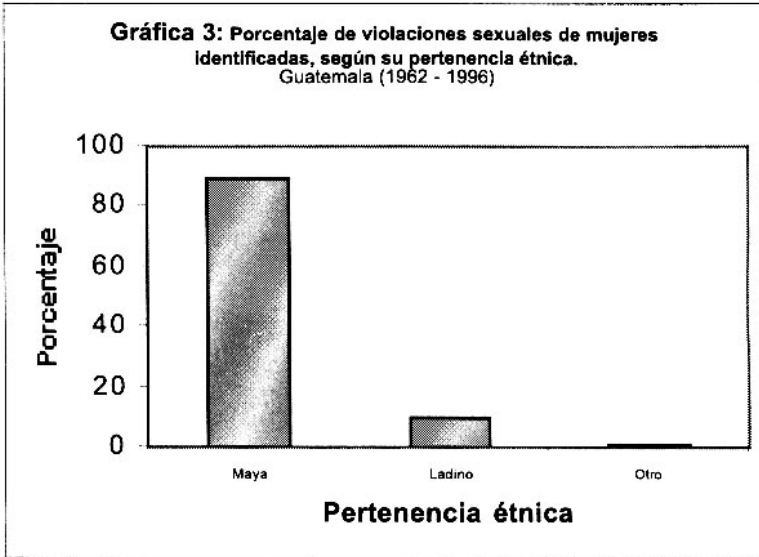


Las dificultades para la presentación de testimonios sobre las violaciones de derechos contra las mujeres, las CEH registra 9,411 mujeres víctimas con identificación de sexo. De estos casos, el 33% de violaciones de derechos se refiere a ejecuciones arbitrarias, ya sea individuales o en masacres, el 19% corresponde a torturas, el 18% a privación de libertad, el 14% a violación sexual, el 6% a desaparición forzada, el 04% a muertes por desplazamiento y otro 6% a otras violaciones (Gráfica 2).

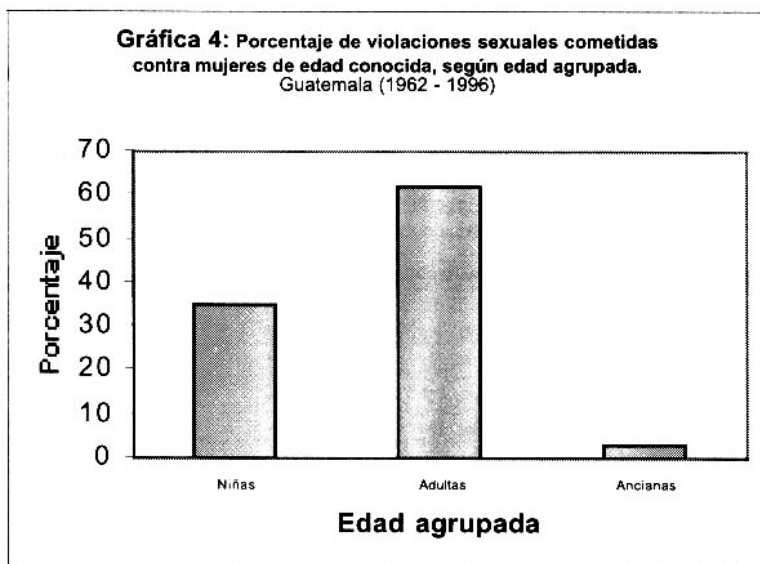




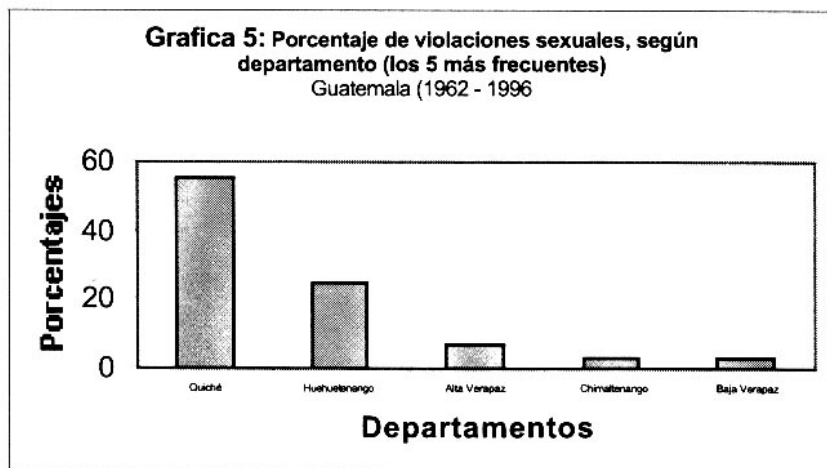
En cuanto a la pertenencia étnica, el 88.7% de las víctimas de violación sexual identificadas que registra la CEH (con información de grupo étnico) son mayas, el 10.3% son ladinas y el 1% pertenece a otros grupos. Los grupos étnicos más afectados son: k'iche', q'anjobál, mam, q'eqchi', ixil, chuj y kaqchiquek'el (Gráfica 3).



En relación a la edad de las víctimas identificadas (con información de edad y sexo) registradas por la CEH, dos tercios (el 62%) fueron mujeres adultas (entre 18 y 60 años), un tercio (el 35%) fueron niñas (entre 0 y 17 años) y el 3% ancianas. El porcentaje de menores de edad es bastante significativo y muestra cómo esta forma de violencia marcó la vida o trajo la muerte a muchas niñas. De los testimonios se desprende que muchas mujeres que sufrieron violación sexual y ejecución arbitraria estaban embarazadas (Gráfica 4).

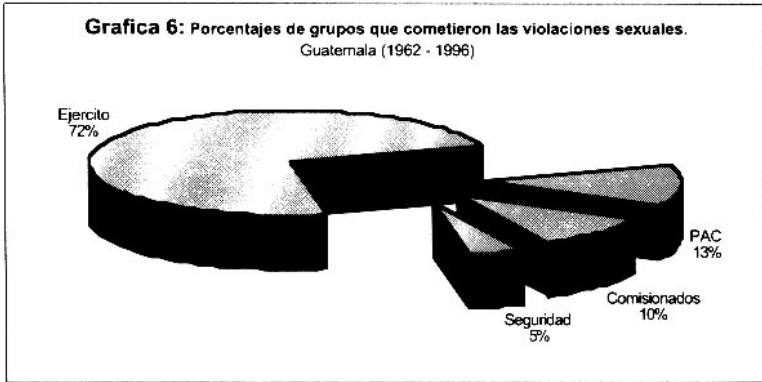


La mayoría de violaciones sexuales se concentra durante los años 1980 - 1983. se inician hacia el segundo semestre de 1980 alcanzando el pico más alto durante el primer semestre de 1982, descendiendo significativamente, pero manteniéndose como práctica, durante los años 1983 - 1984. Ello coincide con la política de tierra arrasada, y por lo tanto, corresponden a los departamentos de Quiché (55% de las violaciones registradas), Huehuetenango (25%), Alta Verapaz (7%), Chimaltenango (3%) y Baja Verapaz (3%) (Gráfica 5).





De acuerdo a los datos recibidos por la CEH, los autores materiales de la violencia sexual fueron: miembros del Ejército, responsables de participar en el 89% del total de las violaciones sexuales registradas; miembros de las PAC, en el 15.5% de las violaciones reportadas; comisionados militares, en el 11.9% y otras fuerzas de seguridad en el 5.7%. (Gráfica 6).



La impresión de *Memorias vivas de una luz...* se realizó en los talleres de Magna Terra editores, en abril de 2002. El tiro, sobre bond 80 gramos, es de 1000 ejemplares.





ODHAG